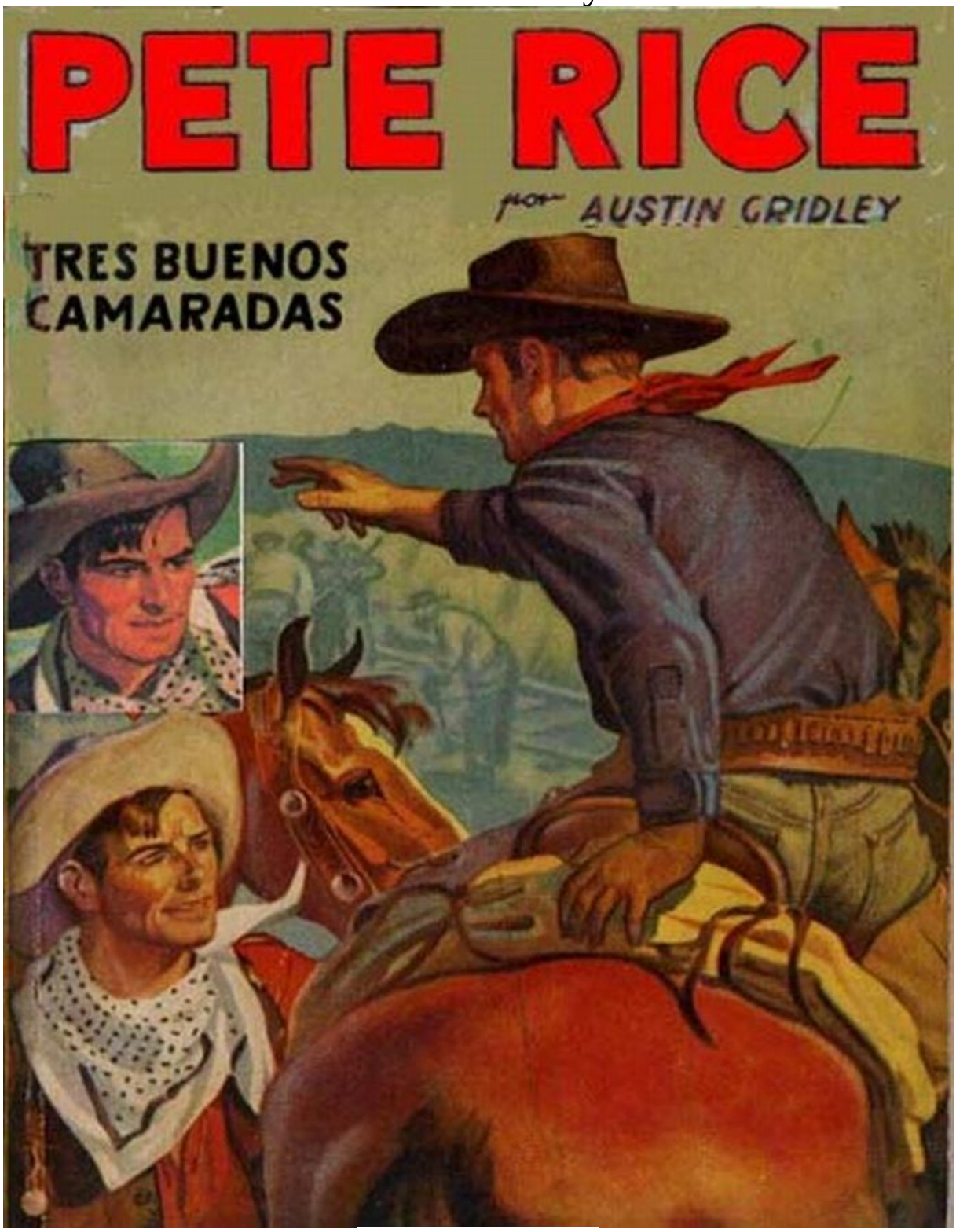
Tres buenos camaradas
Austin Gridley



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

CAPÍTULO I
PETE RICE EN FUNCIONES

El potro mesteño estaba agotado. Su jinete iba moribundo. Él lo sabía. Unas horas antes una bala había perforado su espalda, alojándosele cerca del corazón.

Consiguió volverse sobre la silla y lanzó una larga mirada a sus perseguidores.

Los bandidos estaban cada vez más cerca. Sus sombreros, de picuda copa y alas adornadas con borlas, asomaban ya por una eminencia del camino, tras el jinete que huía.

Brillaban en sus diestras manos los largos cañones de los Colts. Se oían sus gritos de amenazas en mejicano.

Muchas millas llevaba el fugitivo corriendo a tan agotador galope, con la muerte a punto de detener su carrera. Cubría el polvo del camino sus espesas cejas y sus viriles mostachos.

Su rostro curtido por el sol, arrugado como una manzana seca, tenía la palidez del yeso. La sangre se había secado en sus ropas.

La estrella prendida en su chaqueta proclamaba su cargo. Rimrock Morley era el comisario sheriff de Buffalo Ford. Había corrido innumerables veces por las sendas en defensa de la ley, pero aquella era su última cabalgada.

No le asustaba su fin. Había visto morir a muchos hombres. Docenas de malhechores habían caído frente a sus llameantes pistolas de seis tiros.

La vida era dura; la muerte significaba el descanso.

Pero el viejo sheriff corría devorando su rabia por verse obligado a huir. ¡Él, Rimrock Morley, que en medio siglo de peligros y luchas constantes no le había temido a ningún hombre!

Los bandidos que le comían el terreno eran la hez de la frontera. Rimrock había descubierto el secreto que estaba enriqueciendo a su jefe.

Y esto era lo que le obligaba a huir.

Habría preferido hacer frente a aquellos mestizos, pero era su deber llegar a la Quebrada del Buitre. Tenía que revelar todo lo que sabía a Pete Rice, el sheriff. Comparado con el apergaminado Rimrock Morley, Pistol Pete Rice -con tal nombre se le conocía- era un jovenzuelo.

Y, sin embargo, no había representante de la ley en todo Arizona a quien respetase tanto el curtido veterano. ¡Pistol Pete Rice era el único capaz de llevar a buen término cuanto se propusiese! Y Rimrock Morley lo sabía.

¡Bang! ¡Ka-zung-g-g!

Una bala pasó silbando por encima de Rimrock Morley. El anciano apretó sus escasos dientes y reunió las pocas fuerzas que le quedaban en un supremo esfuerzo de voluntad.

Otra vez los perseguidores le tenían a tiro. La última vez que esto sucedió, el comisario de Buffalo Ford recibió en su cuerpo el plomo que pronto pondría fin a su carrera.

No importaba que fuese a morir. El problema era resistir hasta llegar a la Quebrada del Buitre, y contárselo todo a Pistol Pete.

Le daba pena clavar las espuelas a su voluntarioso caballo, pero no había otro remedio que exigirle un nuevo esfuerzo. Si el valiente animal no caía en la lucha, tendría después su recompensa.

Rimrock sabía que Pistol Pete le haría su pensionista, asegurándole una vida llena de verdes hierbas y de rubios granos.

Otra bala rasgó la ensangrentada camisa de Rimrock. Este giró de nuevo sobre la silla para mirar a sus perseguidores.

Pero se sentía débil ya. El dolor del movimiento le dejó sin sentido.

Cuando lo recobró, se encontró medio fuera de la silla y tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para enderezarse sobre ella.

Un nuevo proyectil le arrancó parte de la oreja izquierda. Tan grande era el dolor que sentía junto al corazón, que apenas sintió el pinchazo de aquella nueva herida.

La mano derecha le colgaba casi inerte. Sin embargo, pudo ponerla sobre la culata de su 45 y sacarlo del grasiento cuero, reluciente por su uso.

Los cansados músculos de su brazo se rebelaron contra el esfuerzo de levantar el arma, y tuvo que disparar apoyándola en la cadera.

¡Br-rang-g!

La bala arrancó unos terrones del camino. El bandido, de rostro virolazo, que abría la marcha, salió lanzado por la espantada de su caballo.

El malhechor se puso rápidamente en pie, vomitando juramentos, y sacó su pistola. Por encima de Rimrock Morley pasó una granizada de plomo.

¡Spang-g-g!

Una vez más flameó, en respuesta, el 45 del sheriff. El candente plomo alcanzó al maldiciente pistolero bajo la cadena de plata que unía los ojales de su chaqueta de terciopelo verde. Rimrock hizo una mueca de satisfacción.

¡Al estómago del bandido le costaría mucho trabajo digerir aquella píldora!

El miserable cayó a tierra, levantando una nube de polvo.

Rimrock estaba seguro de que la herida era mortal, aunque el bandido, vivo y con conocimiento luchaba por ponerse en pie.

Pero se le doblaron las rodillas, clavó las uñas en el polvo, y empezó a gritar plañideramente pidiendo socorro.

Sus compañeros pasaron por su lado sin volver siquiera la cabeza. El polvo de la carretera empezó a empaparse de sangre.

Hacia el Este, recortando su siniestra figura sobre un cielo sin nubes, una sombra negra se cernió graciosamente sobre los silenciosos pinares.

Trazó, de pronto, unos círculos, descendió luego como una flecha, y fue a posarse graznando junto al cuerpo que se retorcía en el camino.

Rimrock cerró los ojos. Aquello era un final horrible... para cualquier hombre. El buitre esperaba allí... esperaría, esperaría.

Otros hermanos acudirían pronto agitando voraces las repulsivas cabezas.

Un espasmo de dolor sacudió a Rimrock Morley. Rodeó con el antebrazo el cuerno de la silla, procurando sostenerse, y miró otra vez hacia adelante.

Detrás de él sonaban gritos soeces de triunfo. Pero la esperanza brillaba ya en los ojos febriles de Rimrock.

Allá lejos se erguían las corraladas de adobe de las afueras de la Quebrada del Buitre. Si la suerte le acompañaba unos momentos más, Rimrock Morley se encontraría a salvo en manos de Pistol Pete Rice.

El comisario de Buffalo Ford podría, al fin, comunicar su descubrimiento.

Después ya podría morir con las botas puestas... no le importaba nada.

Su entumecido índice trató de curvarse alrededor del gatillo de su 45. No apuntaba a nadie entonces. Estaba cerca de la Quebrada, y Pete Rice oiría sus disparos, si no había salido al campo con alguna misión.

El sheriff de la Quebrada del Buitre estaba sentado en un rincón de la buhardilla de su residencia oficial, revisando sosegadamente un montón de «boletines de captura», y apartando

los de los hombres que ya habían pagado su deuda a la Ley reposando en el cementerio de Boot Hill.

Sonrió al ver el exacto parecido de un ladrón de caballos, que había apresado en las Montañas del Rincón, después de una semana de caza.

Pistol Pete Rice necesitó manejar bien los puños para hacerle entrar en razones.

Pete Rice nunca había encontrado hombre que pudiera resistírsele en lucha mano a mano. Cada pulgada de su poderoso armazón era como un hueso de buey cubierto de cuero curtido.

A cada movimiento se le señalaban vigorosamente los músculos bajo la piel de entonaciones cobrizas. El sheriff era larguirucho y cuelli-largo, pero

tenía la agilidad y la fuerza de la pantera. Era aquel un día de descanso. Pete masticaba plácidamente su goma, mientras por la ventana de la buhardilla penetraba una brisa que jugueteaba con el rebelde mechón de cabellos que le caía sobre la frente.

Sus largas mandíbulas quizá fuesen un poco agresivas, pero ninguna conformación más apropiada para un cargo tan peligroso como el suyo.

Las balas, los cuchillos y los puñetazos no se habían abstenido de dejar algunas huellas sobre su rostro. Distaba mucho de ser guapo, pero tenía una expresión hondamente humana que inspiraba inmediata simpatía.

No podía llamársele petimetre, pero tenía aspecto de acicalado.

Llevaba siempre prendida una insignia en forma de estrella en el lado izquierdo de su americana. ¡Era el sheriff!

En un rincón de la buhardilla había un robusto cofre de roble reforzado con enmohecidos herrajes. Contenía varios bien aceitados Colts de seis tiros y muchas cajas de municiones.

A su lado se veían tres rollos de mantas destinados a Pete y sus dos comisarios. El de Pete contenía sólo un Navajo y un poncho de piel de conejo, confeccionado por su madre.

Con este menguado equipaje, el sheriff había dormido más de una vez a campo raso en medio de las más violentas tempestades.

Colgaban de las paredes gran número de lazos, especialmente preparados con cuerda impermeable. Tenía cada uno sesenta y cinco pies de largo.

La vida de Pete Rice dependía a menudo de un simple lanzamiento de aquellos artilugios. Por eso los fabricaba con cuerda impermeable, y no con maguey, que se vuelve rígido con la humedad.

Y como la cuerda impermeable no resiste mucho tiempo un trabajo fuerte, Pete tenía a mano varios lazos de repuesto.

Continuó ojeando el paquete de boletines, y se detuvo en el retrato de un malhechor a quien había malherido hacía pocos meses.

«Tienes cara de bueno», dijo, dirigiéndose a la imagen impresa, «pero no llevas más que veneno en la sangre. Sentí tenerte que agujerear, pero. . . »

¡Bang! ¡Bang! ¡Bang!

La distancia amortiguaba el tronar de las pistolas, pero Pistol Pete Rice se puso en pie de un salto.

Quizá se tratase de algún muchacho que disparase en la llanura a los conejos para alimento de la familia. O posiblemente sería algún cowboy borracho que se sentía en vena de hacer el héroe.

Pero cuando la pistola ladraba en la Quebrada del Buitre... por lo general, le había caído faena a Pistol Pete Rice. Corrió a la pequeña ventana, y se asomó oteando a lo lejos. Al final de la calle principal un jinete trataba de entrar en la población a todo galope. Parecía luchar con todas sus fuerzas para mantenerse en la silla. Llevaba el rostro hundido entre las crines del caballo.

Detrás del agotado jinete, varios hombres de picudos sombreros espoleaban cruelmente sus cabalgaduras.

Mirando por encima de los tejados de la calle principal, Pete pudo ver una multitud que corría hacia los jinetes. Las pistolas empezarían a rugir antes de un minuto.

Y podrían resultar heridos los que menos lo mereciesen. Los perseguidores serían probablemente vigilantes, y el fugitivo a quien daban caza, un asesino.

Pete perdería un tiempo precioso en bajar las largas escaleras, en atravesar después la barbería para salir a la calle, y en abrirse paso por entre la excitada multitud. Nadie como él sabía el valor de los minutos en un caso de apuro.

¿Por qué no correr sobre los tejados? Aquello ahorraría tiempo. Y se encontraría en mejor posición para manejar el lazo, en caso necesario.

Los demás tejados eran todos un poco más bajos que el del edificio de la barbería. Habría que saltar los estrechos callejones que los separaban, pero aquello no representaba una gran dificultad para Pistol Pete Rice.

Descolgó un lazo de la pared. Dos segundos después tenía apoyada una escalera de mano bajo el tragaluz. Rompió el cristal y saltó por el hueco.

Con la cuerda enrollada en la mano, trepó al tejado del edificio del restaurante, próximo al de la barbería. Luego corrió de tejado en tejado, con la agilidad de una ardilla.

Se marcó como destino la azotea del «Palace Theatre», porque tenía un falso frontispicio que le ofrecería la protección que necesitaba... no para sí, sino para el jinete que se proponía rescatar.

Llegado allí, deshizo unas lazadas de la enrollada cuerda.

El jinete estaba entonces a unas cien yardas del edificio del teatro. Pete ya pudo ver el brillo de una estrella en su chaqueta, sus lacios mostachos, y su pelo blanco.

-¡Rimrock Morley! -exclamó, mientras hacia girar el lazo en espera de que el apurado jinete se encontrase algo más cerca.

-¡Rimrock!

El grito despertó los adormecidos sentidos del viejo comisario de Buffalo Ford, que miró hacia arriba angustiosamente.

-¡Tente firme, muchacho! -le volvió a gritar Pete-. ¡Soy Pete! ¡Pete Rice!

Un estremecimiento sacudió el dolorido cuerpo del veterano comisario.

Murmuró algo, se enderezó y se agarró con renovadas energías al cuerno de su silla.

Los audaces perseguidores habían aflojado el paso a la vista de Pistol Pete Rice.

La amenazadora figura del temido sheriff sobre el tejado del Palace, era motivo suficiente para que cualquier malhechor se detuviese a reflexionar.

El caballo de Rimrock avanzaba trompicando. Pete calculó la distancia. El lazo describió sobre su cabeza un círculo final.

¡Suiich!

La larga cuerda se desenroscó como una culebra.

El lazo cayó graciosamente sobre los hombros del ensangrentado jinete.

Pete tensó la cuerda, y el tirón hizo que el tambaleante caballo se aproximase a las paredes del teatro. El sheriff empezó a halar la cuerda.

El viejo Rimrock abandonó la silla.

Los malhechores utilizaban otra vez sus rebenques. Y sus pistolas volvían a vomitar plomo y llamas. Estaban todavía un poco distantes para hacer daño.

Sonaron unos disparos en la calle, cerca del «Palace Theatre». Pete sonrió mientras continuaba izando al maltrecho Rimrock.

No podía abarcar muy bien aquella parte de la calle, pero apostaría a que ya se encontrarían allí sus dos comisarios Teeny Butler e Hicks «Miserias».

Rimrock llegó, al fin, al tejado. El comisario de Buffalo Ford se encontraba sin sentido, pero su agitado alentar dio al sheriff un débil destello de esperanza.

Tendió al fiel servidor de la ley tras la armazón del falso frontispicio.

Era una lástima no poder llevarle inmediatamente al doctor, pero los malhechores estaban muy próximos. Una granizada de plomo perforó la madera, por encima de la cabeza de Pete.

Los bandidos parecían desesperados. Pete se preguntó un momento cuál sería el motivo de tanta audacia. En seguida encontró la respuesta.

Era al viejo Rimrock al que trataban de cazar con sus balas. Debían tener poderosas razones para sentirse decididos a hacerle enmudecer para siempre.

¡Z-z-zz¡

Un abejorro de plomo zumbó junto a la oreja de Pete. Los pistoleros que había abajo eran, indudablemente, buenos tiradores.

Otro malhechor apuntó su arma hacia el tejado.

¡Bang¡

Llameó el negro ojo de un 45, allá en la calle. La bala dio al bandido bajo el redondo herrete del que colgaba su bolsa de tabaco.

Pete vio que había sido Teeny Butler, uno de sus comisarios, quien había disparado sobre el malhechor. Este se dobló sobre la silla, agarrándose al cuello de su montura.

El caballo coceó espantado. El jinete salió despedido, yendo a estrellarse sobre la carretera. Se retorció ligeramente. Después quedó completamente inmóvil.

CAPÍTULO II
EL TRIUNFO DE LA MUERTE

Otra granizada de plomo perforó los tablones del falso frontispicio. Pete se decidió a arriesgar su propia vida para trasladar el cuerpo de Rimrock Morley a un sitio más abrigado.

Después volvió, empuñando su 45.

Llegó a tiempo de ver cómo un segundo bandido se desplomaba de su silla, derribado por una bala de la pistola de Teeny Butler.

No le cabía duda de que fue Teeny, pues llevaba un gran látigo de piel de toro en la mano.

Teeny era más temible con un látigo que la mayoría de los hombres con una pistola. Pero entonces se trataba de combatir con asesinos, y era plomo lo que se necesitaba para hacerlos enmudecer.

Además, estaban fuera del alcance de un látigo. Teeny se había visto, pues, obligado a utilizar su 45.

Un rifle lanzó su voz de trueno frente al edificio del teatro. Un tercer bandido cayó de su silla para quedar inmóvil en la polvorienta carretera.

Los restantes malhechores se apresuraron a volver grupas, huyendo hacia el Norte. Les sobraba con lo que habían visto del arrojo y puntería de los ayudantes de Pistol Pete.

Su desesperación les había llevado a exponerse demasiado y los esperaba más de un mal rato para escapar... si es que lo lograban.

Pete Rice, que lo observaba todo desde el tejado, era un excelente juez en cuestiones hípicas.

Las cabalgaduras de los bandidos estaban prácticamente agotadas. Hicks «Miserias» y Teeny Butler, que lo apreciaron de igual modo, ya sabrían lo que hacer.

Sería cuestión de pocos minutos reunir una pequeña partida y lanzarse en persecución de los fugitivos.

Pero la suerte se puso de parte de los bandidos. Un potro pinto apareció al galope en el recodo del camino que conducía a la Quebrada. Llevaba a lomos un muchachito.

Disparar sobre los fugitivos era exponerse a herir al muchacho, que tan intempestivamente se presentaba en escena. Había oído las detonaciones, y arriesgaba su inocente vida para averiguar de qué se trataba.

Pete se asomó al borde del tejado.

-¡No disparéis! -gritó-. ¡Podríais matar a ese tunante! Cesó el fuego. Pero un hombrecillo -Pete reconoció en él a Hicks «Miserias», uno de sus comisarios- había desatado un caballo de un poste, y ya corría tras los fugitivos. Llevaba unas boleadoras -dispositivo compuesto de dos pesos unidos a una tira de cuero- y trataba evidentemente de apoderarse de uno de los criminales vivo, por lo menos.

Hicks «Miserias» era barbero al mismo tiempo que comisario, y las boleadoras le habían sido regaladas por un cliente, un gaucho argentino que había venido a Arizona a un acoso de ganado.

Hizo girar las boleadoras sobre su cabeza, y las dejó partir disparadas. La tira de cuero, que unía los dos pesos, se enroscó alrededor de las patas traseras de uno de los caballos.

El animal cayó dando tumbos. Su jinete quedó revolcándose sobre el polvo de la carretera.

Hicks «Miserias» saltó de su silla y desarmó al bandido herido. Segundos después se presentaba en el lugar de la escena varios ciudadanos.

Unos se hicieron cargo del prisionero; otros se unieron a «Miserias» y a Teeny Butler para intentar coger a los demás que huían.

Seguro de que sus servicios personales no serían ya necesarios, Pete volvió junto al desvanecido Rimrock Morley.

Le levantó suavemente del suelo y le llevó hasta la cúpula, en la cual se abría una abertura para airear la galería del teatro.

Por una estrecha escalerilla, y con toda clase de precauciones, el sheriff descendió con su carga hasta la sala. La gente penetraba ya por la puerta principal.

-¿Está mal herido? -preguntó alguien.

-¡Buena faena, Pete! -gritó otro.

-Nunca vi manejar mejor el lazo -dijo un tercero-. Y eso que me he dedicado toda mi vida a la ganadería...

-Espera -le interrumpió Pete. No tenía tiempo de escuchar elogios-. Lo primero que hay que hacer es buscar un doctor. Si el sierra-huesos joven no se encuentra en el Arizona Hotel, traeos al doctor Buckley. Decidle que tenemos un caso grave en mi oficina. Abridme paso, muchachos.

Al fin logró salir a la calle con el desvanecido Rimrock, y se encaminó hacia su oficina seguido de la mayor parte del público.

Penetró en la barbería de «Miserias». El despacho oficial de Pete estaba situado en la trastienda. Sostuvo a Rimrock con el brazo izquierdo mientras una barrida de su mano derecha arrojaba al suelo lápices, papeles y otros objetos de la desvencijada mesa de pino que le servía de escritorio.

Después tendió a Rimrock suavemente sobre ella.

Parecía que la mitad de los habitantes de la Quebrada del Buitre se hubiesen reunido a su alrededor brindándole sus consejos.

El sheriff de la Quebrada llevaba su carga con la mínima ostentación oficial, y todos le trataban como camarada y amigo. Nadie le temía... nadie que fuese honrado y cumplidor de la ley, claro está.

En la imposibilidad de deshacerse de todos ellos, Pete procuró emplearlos en algún trabajo. A uno le envió al pozo del corral a buscar un caldero de agua fresca, a otro a la barbería a pedir un par de toallas limpias, y él se dedicó a bañar la frente del desventurado comisario.

-Y ahora, muchachos -terminó diciendo a los que le ayudaban-, tened la bondad de salir de aquí. Hay que dejar que este pobre respire aire puro. ¡Eh, hombre! -añadió dirigiéndose a un individuo de mediana edad, que estaba fumando un pitillo en un rincón de la habitación-, ¿quiere usted dejar esa silla para que el doctor tenga donde sentarse cuando venga?

El individuo abandonó su asiento un poco amoscado. Al volverse se vio que tenía un lado de la cabeza con los cabellos rapados al cero.

-¡Maldita sea! -se lamentó-, creí tener derecho a quedarme aquí. «Miserias» me estaba cortando el pelo al empezar ci tiroteo, y cuando «Miserias» ve la ocasión de ejercer como comisario, se le olvida que es también barbero.

La mayor parte de la gente salió de la habitación al mismo tiempo que entraba un anciano con una caja de instrumental en la mano.

Pete levantó la cabeza y vio que se trataba del doctor Buckley que, al mismo tiempo que sus deberes profesionales, desempeñaba el cargo de coronel del distrito de Trinchera.

-Bienvenido. Espero que podrá usted hacer algo por este pobre Rimrock, doctor. ¿Hay alguna esperanza?

Pete miró al médico, suplicante. El doctor Buckley tomó el pulso del herido y movió la cabeza tristemente.

-Está próximo a emprender el gran viaje, Pete -murmuró-. Jamás vi un hombre tan lleno de plomo y vivo todavía. Volvió a examinar al herido, y otra vez movió la cabeza desalentado. Este individuo tiene que tener una constitución de acero y granito, para haber podido resistir un minuto más después de alojar en su cuerpo tantas balas.

-Así era, en efecto, Rimrock -comentó Pete-. Granito y acero. Pero con un corazón tan blando, que no podía enganchar un gusano en un anzuelo sin sentir remordimientos. ¿Cree usted que volverá en sí?

-Quizá sí... y quizá no. ¿Hay por aquí un poco de aguardiente?

Por toda contestación, Pete corrió al salón de la barbería, y cogió de uno de los estantes una botella que llevaba la etiqueta de «Bay Rum». Sabía que la botella no contenía «bay rum», sino un excelente whisky de Kentucky.

El nunca bebía tal licor, pero su comisario Teeny Butler no era precisamente un abstemio.

Cuando volvió al lado del doctor Buckley, pudo ver que Rimrock estaba agonizando.

-Adiós, compañero -dijo Pete-, nunca conocí hombre mejor...

-¡Linchemos al coyote! -gritó alguien en la calle-. ¡Traed una cuerda!

Se unieron a esta voz otros gritos, cada vez más fuertes.

-¡Linchémosle! ¡Lynch! ¡Lynch!

Pete cruzó en dos zancadas la barbería y salió a la calle. Una gran multitud se estaba congregando un poco más allá del Arizona Hotel.

Pete desató su magnífico alazán y saltó a la silla sin utilizar los estribos. La gente surgía de todas partes, corriendo hacia la parte norte de la población.

-¡Vamos, Sonny! -apremió Pete a su caballo-. ¡Adelántales!

Y Sonny les adelantó. Partió como una flecha sin necesidad del contacto de las espuelas. Pete le refrenó al borde de la rugiente multitud.

Desde el lomo de Sonny podía ver a la víctima de las iras del populacho.

Era el bandido que Hicks Miserias, el comisario, había desmontado con las bolas. Era muy joven, posiblemente no tendría veinte años.

En sus negros ojos leyó Pete el terror más espantoso. Era un mestizo, con todos los estigmas de la debilidad de dos sangres.

-¡Hay un hermoso árbol frente a la casa del doctor Buckley! -sugirió una voz.

Pete se volvió instantáneamente sobre su caballo.

-¿Quién ha sido el valiente que ha dicho eso?

Al parecer no había sido nadie. Por lo menos, ninguno de los presentes lo confesó. Algunos hombres miraron al sheriff, y después bajaron la cabeza como ovejas.

-Sólo tratábamos de asustarle, sheriff -dijo un joven vaquero.

-Pues me parece que ya lo habéis logrado, y ya es bastante -replicó Pete, desmontando y abriéndose paso por entre la multitud, hasta llegar al joven mestizo. El malhechor cayó inmediatamente de rodillas.

-¡Sheriff! -suplicó con voz débil-. ¡No les deje que me cuelguen! No soy más que un muchacho. ¡Piedad!

Pete descubrió entre la multitud a un joven. Era Curly Fenton, que le había ayudado con frecuencia a perseguir a los transgresores de la Ley.

-¿Has intervenido tú en esto, Curly? -le preguntó, severo.

-¡De ningún modo, patrón! Yo y Sam nos proponíamos defender al mestizo cuando llegase el momento oportuno.

-Está bien. -Pete se volvió hacia Sam Hollis, dueño del «Almacén de Comestibles de la Quebrada»-. Os hago responsables de este desgraciado a ti y a Curly -le dijo-. No me puedo detener. Tengo que salir en persecución de los otros bandidos. Este muchacho nos será necesario. Le haremos hablar para saber lo que tramaban. Cuidad de que llegue al calabozo sano y salvo.

-¡Necesito vuestra ayuda, ciudadanos! -gritó, dirigiéndose a la multitud-. ¡Prometedme que respetaréis la vida de este hombre!

-¡Tienes nuestra palabra, Pete! -gritaron unas docenas de gargantas.

-Gracias. Vuestra palabra me basta. Ya hay demasiados malhechores por estos lugares sin necesidad de que las gentes honradas delincan también.

-¡Hasta ahora, muchachos!

Saltó de nuevo a la silla, y Sonny partió disparado. Pero no había hecho más que doblar el recodo del camino, cuando Pete vio venir hacia él a la partida que había salido en persecución de los fugitivos.

Cuando el grupo estuvo más cerca, Pete descubrió a Hicks « Miserias» -todavía con su blanca chaqueta de barbero- y a un gigantesco individuo que montaba un corpulento semental, a la cabeza de la columna.

La montaña de hombre, vestida con los arreos de vaquero, era Teeny Butler.

Teeny, nacido en Texas y bautizado William Alamo Butler, pesaba muy cerca de trescientas libras, pero no parecía desproporcionado, gracias a su gran estatura -seis pies y pico sobre sus altas botas de cowboy.

-¿Tuvisteis suerte, Teeny? -le gritó Pete.

Teeny señaló con la mano a un caballo que llevaba atravesados sobre el lomo dos cuerpos ensangrentados. Después picó espuelas y se acercó al galope.

-¿Suerte? -dijo cuando estuvo al lado de Pete-. ¡Muchísima, patrón! No podrán decir lo mismo los bandidos. «Miserias» cazó a uno. ¡Ese gusanillo tiene una puntería que no se merece!

Pete iba ya a preguntar quién había cazado al segundo, cuando se fijó en un surco rojizo que partía de la sien e iba a perderse en la revuelta pelambrera de Teeny.

-Según veo -observó-, por poco se quedan trescientas libras de comisario en el camino. Mejor será que te adelantes y busques a un doctor.

Teeny Butler soltó una risotada.

-Tienes buen humor a veces, Pete. Recibes un balazo sin pestañear y te echas a temblar en cuanto los demás pescamos un rasguño. No necesito ver a ningún sierra-huesos. Si acaso me adelantaré para echar un vistazo al individuo que distribuye la bebida en el «Descanso del Vaquero». Creo que un latigazo de whisky no me sentará mal.

-¡Siempre con tu whisky! -sonrió Pete-. All right, adelántate y échate al gañote tu ración de veneno.

-Puedes estar tranquilo, patrón -replicó Teeny-. Todos saben que yo nunca echo más de un trago de una sola vez. Moderación en todo es mi lema.

Teeny espoleó a su caballo y desapareció camino adelante. El resto de la partida estaba ya lo suficientemente cerca para que Pete pudiese ver un largo peine de barbero alojado en la oreja derecha de Hicks «Miserias».

-¿Recobró el conocimiento Rimrock Morley, patrón? -preguntó «Miserias».

-No. Le dejé expirando, y probablemente habrá muerto a estas horas.

El barberillo comisario puso un gesto de pesar. Pete hizo girar a su alazán para cabalgar a su lado.

-Hay algo extraño en todo esto -dijo Hicks a Pete, bajando la voz-. Yo derribé de un tiro a uno de los coyotes. No quise matarle. Pensé que podríamos enterarnos por él de cosas interesantes...

-¿Pero no vienen muertos los dos? -preguntó Pete, asombrado.

-¡Muertos como mi abuela, patrón! Yo me limité a atravesarle un hombro. Pero el otro individuo se volvió sobre su silla... y no para disparar contra nosotros. ¡Tres balazos seguidos le metió en el cuerpo a su compañero! Indudablemente querría cerrarle la boca para evitar una confesión de moribundo. Después Teeny disparó a su vez sobre el agresor, y le dejó tendido.

Pete sonrió para sí. Teeny no había mencionado aquel hecho. El corpulento tejano era un excelente tirador que podía apagar una vela a diez pasos.

-Mejor será que ayudes a esos a meter a ese desgraciado en el calabozo -dijo Pete, señalando al grupo de gente que conducía al joven mestizo hacia la prisión.

-Como quieras, patrón -contestó «Miserias», espoleando a su caballo para ir a cumplir la orden.

Pete se dirigió a su despacho oficial. Le latió el corazón esperanzado cuando atravesó la barbería y vio a Rimrock que se agitaba sobre la mesa de pino.

-¿Hay alguna esperanza, doctor? -preguntó Pete a Buckley.

El doctor sonrió tristemente, poniendo la botella de bay rum bajo la mesa.

-¡Ninguna! Morirá dentro de unos segundos. El alcohol le ha reanimado y parecía querer hablar en este momento. Quizá pueda hacernos alguna declaración.

Rimrock Morley volvió a agitarse. Entreabrió los mortecinos ojos. Se movieron sus labios.

Pete se inclinó sobre él. Todo lo que pudo oír fue un gemido gutural.

Después Rimrock guardó silencio. Parecía estar luchando por recuperar el dominio de su aparato vocal. Levantó un poco la mano y tiró de la manga del sheriff.

Pete Rice sintió que le ahogaba la emoción. Pero tenía un deber que cumplir. Era preciso no perder una palabra, si el moribundo llegaba a hablar. Ellas podían aclarar el misterio de por qué los bandidos se habían arriesgado tanto con el sólo fin de cerrar los labios de Rimrock Morley para siempre.

El moribundo empezó a gemir de nuevo. Aunque las palabras eran apenas inteligibles -el doctor no pudo comprender ninguna-, el fino oído de Pete Rice logró desentrañar los guturales sonidos.

-¡Pete! Vine a decirte esto... Mucho contrabando, Pete.-En la vieja... línea... S. P...

Rimrock calló. Aparentemente no conseguía articular más palabras.

-La vieja línea S. P. -le apremió Pete-. ¿Qué tienes que decirme de la línea S. P., Rimrock? Haz un esfuerzo...

-Está más allá de... -los labios de Rimrock trataron de formar nuevas palabras, pero no salió el menor sonido de su garganta.

Todo fue inútil; el moribundo renunció al vano esfuerzo, y buscó la mano de Pete Rice.

Los grises ojos del joven sheriff se empañaron de lágrimas. Apretó firmemente la mano del viejo comisario.

-¡Valor, Rimrock! -murmuró-. ¡Valor, camarada! Yo te vengaré. ¡Te lo prometo solemnemente!

Rimrock se estremeció. Murió sonriendo, acariciando la mano del sheriff a quien tanto admiraba. Murió como había vivido; sin miedo; ¡como todo un hombre!

CAPÍTULO III
UN CONVENIO ORIGINAL

Pete Rice era una extraña mezcla de dureza y blandura. En las sendas era acero. Fuera de ellas -en la casa de su madre, o puesto a aliviar el dolor de algún perro o caballo enfermos- era todo sangre y sentimientos humanitarios.

Sus grises ojos se empañaron de lágrimas al presenciar la muerte de Rimrock Morley.

Pero el sheriff no podía consentir que sus emociones estorbasen su deber.

Tres minutos después de que una manta cubriese el destrozado cuerpo del viejo comisario de Buffalo Ford, Pistol Pete Rice volvía a ser el implacable cazador de hombres de siempre.

Cuidó de que el cadáver de Rimrock fuese llevado respetuosamente al cementerio de la Quebrada. En su depósito se encontraban ya los rígidos cuerpos de los malhechores que habían causado su muerte. Nadie había entrado a verles. Más tarde Pete haría que les fuesen registradas las ropas en busca de posibles hallazgos que explicasen lo que les había impulsado a sellar los labios de Rimrock Morley. En vida habían levantado sus manos contra la sociedad. En muerte reposarían en unas tumbas innominadas del cementerio de Boot Hill.

Pete se dirigió al calabozo de la población para interrogar al mestizo preso.

Había desaparecido la tristeza de los ojos del sheriff, que en aquel momento brillaban como duros pedernales.

Teeny Butler ya se encontraba en la prisión. Teeny parecía un búfalo, pero tenía la astucia de un zorro.

Sólo él conocía ciertos procedimientos, que se disponía a emplear para provocar la confesión del bandido y hacerle decir lo que se ocultaba tras la muerte de Morley.

Hicks «Miserias» había vuelto a su sillón de barbero. La mano que acababa de empuñar un 45 sostenía ya unas tijeras. «Miserias» estaba terminando el corte de pelo que había empezado antes de que el tiroteo le llamase a la calle.

Trabajaba a toda prisa. No quería perder un detalle de lo que aún tenía que hacer como comisario.

Mientras se dirigía a la prisión, Pete Rice daba vueltas y más vueltas a sus pensamientos. Su cerebro era tan rápido en sus concepciones, como su dedo en apretar el gatillo.

Su tarea personal era vengar la muerte de su amigo Rimrock Morley; su misión oficial descubrir lo que se ocultaba de su muerte.

El trabajo que Pete Rice tenía que hacer no era nada agradable. Era hombre que daba, hasta a los malhechores que no querían rendírsele, la ocasión de salvarse defendiéndose, y le repugnaba tener que atemorizar a un muchacho para arrancarle una confesión.

El joven mestizo se echó a temblar cuando vio a través de los barrotes de su celda la mirada de acero del sheriff de la Quebrada del Buitre.

-¿Cómo te llamas? -le preguntó Pete.

El malhechor se humedeció los labios y guiñó los ojos señalando a Teeny Butler.

-Ya le he dicho a ese que no me atrevo a decir mi nombre --contestó-. Mis compañeros me matarían si no cierro bien la boca.

-¡No te preocupes de tus compañeros! -replicó Pete-. Es con nosotros con quienes tienes que entenderte ahora. ¿Cómo te llamas? -repitió.

El preso era un jovencillo, cobarde y vicioso, pero no carecía de perspicacia.

Había estado otras veces en la cárcel; sabía distinguir los carceleros de corazón duro de los que querían disimular su bondad a fuerza de amenazas.

Aquel sheriff, Pete Rice, tenía fama de dar siempre a sus prisioneros una oportunidad de salvación. El conocimiento de esta circunstancia le hizo engallarse desafiador.

-¡No lo diré! -contestó.

-¿Que no lo dirás? -la mandíbula del sheriff avanzó agresiva.

Pero sabía que no era capaz de aplastar a aquella ratita rebelde. De su cargo de sheriff era aquello lo único que le repugnaba.

Hizo una seña a Teeny y se dirigió al despacho de la prisión. Teeny se le reunió allí unos momentos después.

-Ese gusano sabe cosas que nos conviene conocer, Teeny -dijo Pete a su ayudante-. Tienes que discurrir algo para hacerle hablar.

-Eres demasiado blando de corazón para entendértelas con esos individuos -contestó Teeny-. Y lo malo del caso es que ellos no te agradecen tanta bondad.

-Tienes razón. El hombre que trata de domesticar a una culebra no debe mostrarse bondadoso con el reptil, porque se le revolverá. -Pete dirigió una mirada a la puerta medio abierta-. Bien, aquí está «Miserias». Quizás a él se le ocurra alguna idea en este asunto.

Y a Hicks «Miserias» se le ocurrió. El barberillo comisario había terminado el corte de pelo de su cliente, y se había quitado la blanca blusa distintiva de las de su oficio.

En mangas de camisa y calzones parecía más flaco que nunca. Pesaba ciento veinte libras y daba la impresión de un gallo inglés.

-¿Conque la sabandija no quiere hablar? -gritó-. ¿Y tú y Teeny os consideráis demasiado fuertes para él? ¡Bien, pues déjamelo a mí, patrón!

Algo más esperanzado, Pete Rice volvió a la celda, seguido de sus dos comisarios. Miserias» era aún menos corpulento que el prisionero.

Pero el prisionero estaba herido.

El comisario barbero había recibido en la pila el nombre de Lawrence Michael Hicks y nunca le había asustado la lucha.

Pero Pete nunca le había visto en papel de matón. El nervioso irlandés de ojos azules, que se portaba tan fieramente en la pelea, temblaba de angustia a la vista del menor sufrimiento.

Pero entonces el menudo rostro de «Miserias» se aplastó retador contra los barrotes de la celda.

-¡O hablas ahora mismo -le dijo al mestizo-, o tú y yo nos vamos a romper los huesos! Voy a entrar en tu celda. Nos encerraremos por dentro. Tú no eres muy robusto, pero pesas más que yo. ¡La cosa será igualada! Si me vences..., reconoceré que has ganado el derecho a seguir con la boca cerrada. ¡Prepárate!

Mas el malhechor no sentía la menor afición por el boxeo.

-¡Ah, pero yo estoy herido! -arguyó-. Tengo un balazo en el hombro.

-¡Enséñamelo! -le gritó Hicks «Miserias>-. ¡Quítate la camisa!

El mestizo lo hizo así, brillándole de triunfo los ojos. Tenía un insignificante roce de bala en el hombro derecho.

-¿Y a esto lo llamas tú una herida? -rió «Miserias»-. Bien, pues ya verás cómo quedas después del match que vamos a celebrar.

«Miserias» se quitó la camisa. En su brazo derecho, un poco más arriba del nervudo bícep, apareció una herida de terrible aspecto, aunque no grave.

Los grises ojos de Pete se abrieron sorprendidos. No se había enterado de que «Miserias» hubiese resultado herido durante la persecución de los criminales.

-No es más que un arañazo, patrón -le tranquilizó «Miserias»-. Yo mismo me lo curé... en la barbería. Ahora abre la puerta de la celda. Pete. Esa rata y yo estamos en iguales condiciones. No intervengáis en la lucha. ¡Si no puedo arrancarle el alma al miserable que disparó sobre un hombre honrado, abandonaré mi cargo de comisario, y pasaré rapando barbas el resto de mi vida!

-¡Hablaré, hablaré! -dijo el mestizo con repentina decisión. La astucia brillaba en sus ojos-. ¿Entienden ustedes el español? -preguntó en su lengua nativa.

Pistol Pete afirmó con un gesto. Sabía hablar el inglés con perfecta dicción, pero a menudo lo alteraba con los modismos locales, mientras que conservaba puros sus conocimientos del español.

Lo hablaba con perfecto acento desde que lo aprendió en la niñez. En más de una ocasión le había servido para salir de un mal apuro.

Sus comisarios lo dominaban tan bien como él, y contaban con un léxico que les envidiaría el más auténtico peón.

-Hablaré entonces en español -dijo el preso-. Siempre me explicaré mejor en mi propio idioma. Me llamo Juan González. Mi profesión es la de zapatero. ¿Ven ustedes? aún se me nota el callo de la lezna en el dedo pulgar.

-Pero debes haber cambiado de oficio -observó Pete, severo.

-¡Es cierto!- Cometí una gran equivocación y ahora lo lamento.

Pete sacó del bolsillo una pastilla de goma y empezó a trabajar con las mandíbulas. Aquel joven malhechor era muy perspicaz y trataba de conquistar sus simpatías.

El mestizo hablaba paseándose por la celda.

-Ahora -continuó-, no deseo otra cosa que volver a mi honrado banco de zapatero. Se me llena el corazón de alegría creyendo escuchar la voz de mi patrón, que me riñe por no haber clavado unas suelas a su gusto. ¡Cuánto deseo verme al otro lado de la frontera!

Pete Rice sonrió con burlón cinismo.-¡Pronto, en efecto, te vas a ver al otro lado de la frontera -le dijo con torvo gesto-, pero no de la frontera a que tú te refieres! Eres culpable de asesinato. Y tienes la suficiente edad para saber la pena que en Arizona aplicamos a los asesinos.

-¡Ah! Pero es que sólo a cambio de mi libertad le daré a usted los datos necesarios para descubrir a una temible banda de malhechores. Una vez que me encuentre en tierra mejicana, le diré a usted lo que significa la muerte del comisario de Buffalo Ford. Le diré el nombre del jefe... un nombre que le sorprenderá a usted mucho. Le diré quien es su lugarteniente, y dónde está situada la madriguera. Le diré cómo roban el ganado de las praderas de Buffalo Ford. Todo lo que sepa se lo diré; ¡pero antes tiene usted que llevarme a Méjico sano y salvo!

Brillaron los grises ojos de Pete Rice. ¡Ya tenía por lo menos una clave! El asesinato de Rimrock había tenido por objeto ocultar un delito de cuatrería.

Aunque salía una diligencia para Buffalo Ford dos veces a la semana, Pete Rice hacía mucho tiempo que no había estado en aquella población, y hacía meses que Warren, su sheriff, no había comunicado con él.

Sin embargo, Pete había oído que se realizaban muchos robos de ganado en los alrededores de Buffalo Ford... robos en gran escala.

Pero había creído que los malhechores estarían ya presos y condenados.

Los maliciosos ojos del mestizo brillaron esperanzados.

-Lo diré todo... si me lleva usted a Méjico -repitió.

Pete quedó pensativo. González tenía que pagar su deuda a la Ley y al orden.

Sin embargo, el muchacho le había dado una idea... Manejándole hábilmente, podría facilitarle la rápida captura de una gran banda de terroristas.

-No puedo libertarte -dijo Pete en español-. No tomamos tan ligeramente los asesinatos en Arizona. Pero intentaré que se te trate con benevolencia... no porque lo merezcas, sino porque tus compañeros merecen la muerte y tú puedes ayudarme a que reciban su castigo. Suplicaré al tribunal que se te perdone la vida, y posiblemente te condenarán sólo a cadena perpetua. Volverás a tu banco de zapatero... pero en la prisión de Florenze.

González vomitó un torrente de juramentos sobre el sheriff.

Se curvó su boca en señal de desprecio y brillaron amenazadores sus ojos.

-¡Basta ya! -le gritó «Miserias» en español. No podía tolerar que se insultase a su patrón con nombres tan viles.

El mestizo se enderezó como si hubiese recibido un latigazo en las espaldas desnudas. Era evidente que las palabras de «Miserias» no habían ocasionado este cambio de actitud en el preso. Algo habían visto sus ojos en otra parte. Un grito ahogado se escapó de su garganta. Se cogió a los barrotes, los soltó instantáneamente y retrocedió con las manos levantadas, como si quisiera protegerse de algo.

Pete Rice se volvió bruscamente.

El cañón de una pistola asomaba por el negro boquete de una ventana que daba a la prisión. El 45 de Pete se encontró instantáneamente en sus manos.

Pero una llamarada rojiza surgió en el mismo momento de la ventana.

¡Ba-ram!

¡Bang!

La pistola de Pete lanzó una rociada de plomo hacia el negro boquete, en lo alto del muro. Los 45 de sus comisarios rugieron también.

Pero el sheriff comprendió que el misterioso agresor debía haber tomado sus precauciones antes de disparar.

Un grito de terror vino a añadirse al estruendo de los disparos. Juan González retrocedió, tambaleándose. Se llevó instintivamente la mano a la cintura, pero sus dedos tropezaron sólo con la pistolera vacía.

-¡Debe de haber sido Leach! -gritó-. Él...

Se le doblaron las rodillas. Durante un instante permaneció en pie, balanceándose ligeramente, como un borracho apostado en una esquina que desafía a los transeúntes.

Pete Rice dio un salto, introdujo su brazo entre los barrotes de la celda y rodeó con él el cuerpo del desgraciado mestizo.

Le evitó así la caída, pero el peso muerto de aquel cuerpo le reveló bien a las claras que Juan González ya no necesitaba su ayuda. El sheriff contempló el rostro del malhechor a través del humo de la pólvora. Había perdido su expresión maliciosa.

El dedo pulgar de Juan González ya no se encallecería más manejando la lezna. El bandido había sido herido de muerte para sellarle la boca.

-¡A los caballos! -gritó Teeny Butler, corriendo hacia la puerta con una rapidez sorprendente en un hombre de su tamaño. Hicks «Miserias» le siguió, pisándole los talones.

Pete Rice depositó suavemente el cadáver en el suelo, y corrió tras sus comisarios, brillándole otra vez como pedernales los grises ojos.

CAPÍTULO IV
LA PERSECUCIÓN

Cuando llegó a la calle, los ojos de pedernal de Pistol Pete brillaban más duros y fríos que nunca. ¡Sonny, su magnífico alazán, no estaba atado al poste de costumbre delante de la barbería!

El que disparó contra González debía saber algo de aquello. Pete nunca malgastó su tiempo en investigaciones inútiles. Corrió a la baranda del almacén de comestibles. Había allí atado un caballo blanco. Pertenecía a Sam Hollis, propietario del almacén.

Hicks «Miserias» había vuelto a entrar en la prisión para buscar una nueva provisión de municiones con que llenar sus cartucheras.

Teeny Butler estaba apretando el cincho de su garañón.

Se oyeron unas voces en la puerta del almacén. Sam Hollis, el propietario, apareció con los brazos atados. Alguien le había aflojado las cuerdas que sujetaron sus tobillos, y las llevaba arrastrando mientras corría hacia Pete, sin dejar de gritar.

-¡Fueron tres, Pete! Me ataron y me amordazaron. Después entraron en el almacén, y subieron a la buhardilla. ¡Debían ser los mismos que mataron al pobre Rimrock!

-Huyeron en unos caballos que habían dejado frente al Arizona Hotel -añadió alguien de la multitud-. Eran caballos frescos. ¡Se dirigieron hacia el Norte... hacia Buffalo Ford!

-O. K.-dijo Pete, sombrío-. Me llevo tu potro, Sam. ¡En marcha, muchachos!

Teeny y < Miserias» estaban ya dispuestos, y atravesaron la calle principal a todo galope, a pocos pasos de su patrón.

El caballo de Teeny Butler era notable por su resistencia y llevaba su carga de trescientas libras como un pony indio hubiera llevado una criatura.

El ruano de Hicks «Miserias» parecía como hecho de encargo para su jinete.

Los bandidos habían desaparecido en la llanura antes de que los tres representantes de la Ley se pusieran en camino. Pete creía que él y sus hombres podrían anular aquella distancia en una hora o en menos.

Las cabalgaduras que habían robado los malhechores serían, probablemente, caballos ordinarios, que mostrarían su fatiga antes de cubrir diez millas.

Los caballos del país eran buenos para un trote continuo y elástico, pero, obligados a mayor velocidad, se agotaban rápidamente.

Pete se dio cuenta, sin embargo, de que cuando él y sus comisarios tuviesen a tiro a sus enemigos, ya éstos se encontrarían en un terreno abrupto, cubierto de espesos bosques y densas malezas.

A lo largo del camino había numerosos peñascos y desfiladeros, donde podrían ocultarse perfectamente.

Pete esperaba una emboscada. Los bandidos no tenían otra opción que aquello o rendirse. Una vez que oyesen el ruido de los cascos de los caballos de sus perseguidores, tendrían que abandonar el camino para buscar algún punto ventajoso y esperarles.

Los malhechores eran hombres osados y valientes. Lo habían probado penetrando en la población para cerrar de un balazo la boca de González.

No podían compararse con el cobarde mestizo.

Debían obrar bajo el influjo de un jefe poderoso a quien temían.

Mientras galopaba, Pete Rice iba pensando en que tenía un atisbo de lo que se trataba. Juan González había hablado de una cuadrilla de cuatreros.

El territorio de Buffalo Ford seguía, pues, expuesto a sus correrías.

Las causas del asesinato de Rimrock Morley estaban, pues, suficientemente claras. El viejo comisario de Buffalo Ford había muerto por la misma causa que costó la vida a Juan González... porque sabía demasiado.

La tarea del sheriff de la Quebrada consistía no sólo en apoderarse de los verdaderos asesinos, sino también del hombre cuyo astuto cerebro había planeado aquellos asesinatos.

Pistol Pete Rice nunca despreció por poco peligroso a un «fuera de la ley».

Tal actitud había salvado su vida muchas veces. Se imaginaba a sí mismo en la situación de los fugitivos, y se preguntaba qué habría hecho él en las mismas circunstancias.

El más estúpido de los malhechores, puesto en apuro, era capaz de discurrir algo inesperado que le librase de las garras de sus perseguidores.

Toda precaución era poca en hombres desesperados.

Los bandidos que perseguía en aquel momento habían demostrado su astucia y su osadía. El mestizo sacrificado le había ofrecido una muestra de su calibre mental. González era marrullero, perspicaz y vivo de imaginación.

Leach «Boca-torcida» tendría indudablemente esas mismas cualidades acrecentadas por una mayor experiencia y un mayor valor personal.

El sheriff creyó conveniente imaginarse qué haría él en la situación de «Boca-torcida».

Era seguro que no abandonaría el camino de la diligencia para meterse por un terreno desconocido, expuesto a dar en un cañón sin salida.

Elegiría más bien un sitio apropiado, a unas diez millas de la Quebrada, y allí intentaría una emboscada. Oculto en aquel lugar, un solo hombre podría hacer frente a otros muchos que avanzasen por la carretera.

Los caballos fueron devorando milla tras milla de un camino lleno de vueltas y revueltas. Teeny Butler y Hicks «Miserias» corrían sin cambiar apenas una palabra.

Sabían lo que se esperaba de ellos. El menor gesto de su patrón sería como una orden, y era preciso que no les pasase inadvertido.

La carretera avanzaba, retorciéndose como una culebra, a través de un terreno cubierto de malezas y mezquites. Se iniciaba después una gran cuesta, y llegó hasta ellos el aroma de los cedros y los pinos.

Los caballos no alteraron su paso, pues las pendientes no eran muy pronunciadas. Cuando un caballo no está muy fatigado, descansa en las cuestas arriba los músculos que trabajaron en las cuestas abajo, y puede seguir corriendo tan veloz como si caminase en línea recta y sobre un terreno llano.

Los tres jinetes coronaron el primer tramo de la pendiente, cubierto de pinos y abetos. Allá abajo unos tiemblos bordeaban un arroyo que cruzaba la carretera.

Los ojos del sheriff estaban constantemente fijos en la lejanía. Pete lanzó de pronto una exclamación de contento y refrenó su caballo. Sus hombres le imitaron.

Una milla más allá, empequeñecidos por la distancia, tres jinetes remontaban una loma. Pete vio una nubecilla de humo, y oyó la apagada detonación de un disparo. Los bandidos habían descubierto a sus perseguidores.

Pete sonrió. ¿Tendrían aquellos infelices la absurda idea de hacerles retroceder, asustándoles?

-Me parece que vamos a tener jaleo -dijo Pete a sus comisarios.

-¡Tanto mejor, patrón! -contestó Teeny, sacando su 45 de la desgastada pistolera.

-¡Pardiez! -exclamó «Miserias»-. ¡A esos nos los comemos en un segundo! Voy a dar un rodeo para cortarles la retirada por el otro lado, y...

-¡Nada de eso! -le interrumpió Pete Rice-. Sería demasiado peligroso. No metas la cabeza en la boca del león, «Miserias». Si lo haces y tienes la suerte de escapar, ello sólo significaría que el león buscaba un bocado más grande. ¡Tómalo con calma, muchacho!

Pero él se sentía tan entusiasmado con la inminente batalla como «Miserias».

Reconocía que le atraía la emoción de la lucha. Lamentaba tener que arrancar alguna vida humana.

Pero aquellos bandidos fugitivos eran hombres sin conciencia. Matarlos o capturarlos significaba la salvación de muchas vidas de hombres honrados.

El trío partió cuesta abajo al galope. Pete abría marcha sobre su caballo blanco. Al cruzar el arroyo, los fugitivos habían desaparecido sobre un desmonte de la carretera.

El sheriff se preguntaba cuándo sobrevendría el ataque. Seguramente los malhechores no les harían frente hasta que se viesen obligados.

Pete encontró la respuesta cuando se disponía a atravesar una hondonada con sus hombres. ¡Bang! ¡ Jui-ii! Una bala rozó la silla de Pete Rice. Este saltó inmediatamente a tierra, condujo a su caballo a un sitio más a cubierto, y se echó de bruces bajo un grupo de chaparros. El escudo de los árboles no podía ser más débil.

Oyó junto a él el zumbido de una bala. Rodó hacia la derecha y otro moscardón de plomo le zumbó junto a la mano.

Teeny Butler y Hicks «Miserias» habían saltado también de sus cabalgaduras.

El corpachón de Teeny se aplastaba contra el terreno. «Miserias» estaba unos pies más adelante, arrastrándose al amparo de unos juníperos.

El barberillo comisario llevaba sus boleadoras en la mano izquierda.

Estaba claro lo que se proponía hacer: quería aproximarse lo suficiente a uno de los bandidos, lanzarle el artilugio y capturarle para hacerle hablar después.

Partió una detonación del desmonte, y Hicks se apresuró a aplastarse contra el suelo. Cuando volvió a levantar la cabeza, Pete vio que manaba sangre del rostro de su comisario.

Pero «Miserias» se apresuró a tranquilizar a su patrón, sonriendo.

-No ha sido nada. Un pequeño arañazo.

-Ten más cuidado, compañero -le ordenó Pete-. Ponte más a cubierto.

-Marcha hacia la derecha. Y tú Teeny, hacia la izquierda. Recuerda, «Miserias», que no debes fiarte mucho de esas boleadoras. Los individuos que están ahí arriba no tienen nada de mancos.

Los ladridos de las pistolas llenaban de ecos la tranquilidad de la montaña.

Pete se deslizó hasta unos espesos matorrales..., y fue suerte que lo hiciera, pues el fuego de los malhechores se concentraba entonces en los chaparros.

El sheriff miró a su derecha. Sus ojos brillaron de satisfacción al ver que Teeny se arrastraba hasta un sitio desde donde podría dominar a sus enemigos.

Teeny se había desprendido de su látigo. Era un arma valiosa en sus manos, pero completamente inútil a aquella distancia. El rostro del corpulento comisario estaba como congestionado con la excitación.

Le brillaban felinos los ojos. Se pasaba la lengua por los labios; pequeño gesto que indicaba que se encontraba preparado para lo que viniese.

Entre el sheriff y su comisario se cambió una mirada como sólo puede cruzarse entre hombres que comparten un peligro...y que se comprenden.

Los dos comisarios de Pete darían sus vidas por él, si fuera necesario. El sheriff haría otro tanto por ellos.

Pero el deber de Pete era evitarles todo peligro posible.

El sheriff siguió arrastrándose hasta un mezquite. Creyó encontrarse a cubierto, pero una bala le lanzó un puñado de arena a la cara.

De lo alto del desmonte salió un grito de triunfo. Los bandidos creían tenerle bien a tiro.

¡Ka-zung-g-g!

Una rociada de plomo pasó a una pulgada de la oreja de Pete. Tuvo que cambiar de posición apresuradamente. Se acogió al cobijo de una roca.

No era lo bastante grande para protegerle por completo.

Pero era mejor que el mezquite. Se agazapó tras el peñasco y miró hacia arriba.

Los bandidos se escudaban con los troncos de unos pinos. Pete determinó su posición por los fogonazos y el humo de los disparos.

Cada uno de los malhechores iba armado de dos pistolas. El estruendo de las detonaciones hubiera puesto pavor en el ánimo más esforzado.

Pero los nervios de Pete eran de acero. Tuvo también la satisfacción de ver que sus hombres ocupaban posiciones tan seguras como las de los bandidos.

Tanto Tenny como <Miserias> habían logrado escudarse detrás de unos árboles. Pete ocupaba un lugar intermedio, para proteger a sus hombres con el fuego de sus pistolas en caso de una carga por parte de los bandidos.

Teeny disparaba con la fría tranquilidad del que apunta a un blanco inanimado. «Miserias» tampoco cesaba un momento de apretar el gatillo.

Los tres camaradas concentraban su fuego sobre los fogonazos que surgían de entre los árboles.

Se oyó un grito de dolor. El grito partió de allá arriba, y un hombre se destacó de detrás de un árbol. Su brazo derecho le colgaba inerte.

Enloquecido por el dolor, olvidó toda precaución. Rugía como un león herido, sin dejar de accionar con la mano izquierda su 45.

Se le había caído el descomunal sombrero de la cabeza. Se lanzó furioso sobre Pete Rice, disparando mientras avanzaba. Una bala perforó de través la pistolera vacía de Pete.

Se jugaba la vida de uno de los dos. Pete oprimió el gatillo. El bandido se desplomó como un fardo.

El fuego de los de arriba cesó repentinamente. Los comisarios dejaron de disparar también. No había que derrochar municiones; sólo les quedaban los cartuchos indispensables para contrarrestar un ataque.

Anochecía. Los malhechores seguían invisibles entre las sombras de los árboles. Sólo los fogonazos de sus pistolas podrían revelar su posición. .

A la mejor luz de la parte en que se encontraban, Pete pudo aún distinguir a sus comisarios. Estaban sentados en el suelo y Teeny humedecía el papel de un cigarrillo que acababa de liar. Pete Rice rió para sí. Eran verdaderos veteranos sus comisarios. Se portaban como jabatos cuando hablaban las pistolas, pero sabían descansar en cuanto cesaba el jaleo.

No volvieron a disparar desde el talud.. ¿Habrían huido los bandidos?

¿Habrían muerto todos? ¿Estarían rodeando el terreno para sorprenderles por detrás?

Pete se hizo estas preguntas y trató de contestárselas. Escalar aquella altura equivalía a un suicidio, y exponer a <Miserias> y Teeny a que les matasen.

Hay ocasiones en que la vida de un hombre depende de la paciencia, y aquella era una de ellas.

Diez, quince, veinte minutos de silencio. La oscuridad era cada vez más densa. Pero ninguno de los tres compañeros se atrevió a abandonar su refugio. Aquello podía ser lo que los bandidos estaban esperando.

Pete yacía completamente tendido detrás del peñasco. Extendió el brazo levantando el sombrero y disparó.

Este truco del sombrero era muy viejo, y Pete lo sabía. Unos malhechores experimentados no se dejarían engañar por él.

O quizá sí. Había tantas probabilidades en pro como en contra.

Ningún disparo respondió a su estratagema. Pasaron diez minutos más. Pete se decidió, al fin, a salir de su refugio y disparó su pistola al aire, arrojándose seguidamente al suelo.

Los bandidos continuaron sin dar señales de vida. Pete llamó en voz baja a sus comisarios. Y celebraron una breve conferencia.

-Me parece que todos han escurrido el bulto -opinó Pete-. Todos menos uno. Se quedará allí... hasta que lo entierren. No podemos perder más tiempo. Vamos a subir... con toda clase de precauciones. Resguardaos cuanto podáis. ¡Adelante, muchachos!

Empezaron a arrastrarse cuesta arriba. Crujía bajo ellos la hojarasca, pero seguía sin aparecer el menor síntoma de ataque por parte de los bandidos.

La razón quedó aclarada unos minutos más tarde.

Un malhechor -el que Pete se había visto obligado a derribar- yacía en el mismo sitio en que se había desplomado.

Un segundo individuo -también mejicano, o mestizo, a juzgar por sus ropas- estaba igualmente tendido detrás de un peñasco.

Pete no necesitó mucha luz para cerciorarse de que estaba muerto.

Se agazapó detrás de la peña, rascó un fósforo y examinó el rostro del cadáver. Le habían volado la tapa del cráneo con una bala, disparada desde tan cerca, que el fogonazo había chamuscado los cabellos.

Pete se apresuró a apagar el fósforo.

-Me imagino lo que ha sucedido -dijo a sus compañeros-. Este desgraciado recibió una de nuestras balas en la pierna. La herida le puso fuera de combate. El otro bandido no pudo llevarle hasta su caballo y protegerle al mismo tiempo. Y decidió cerrarle la boca metiéndole un balazo en la cabeza.

-Los dos cadáveres son de mejicanos -observó Teeny Butlet-. Esto significa que el que escapó era Leach «Boca-torcida».

-¿No nos lanzamos en su persecución, patrón? -preguntó Hicks «Miserias» con avidez.

-Ya lo creo que nos lanzaremos -contestó Pete-. Pero no habría probabilidad de descubrir sus huellas esta noche. Regresaremos al pueblo para arreglar unos cuantos detalles. Quiero ver a mi madre también. Después saldremos para Buffalo Ford. No sé por qué me parece que en Ford tendremos trabajo para muchos días.

CAPÍTULO V
LA OTRA CARA DE PETE RICE

Eran cerca de las nueve de la noche cuando Pete Rice y sus comisarios llegaban a la Quebrada del Buitre. Sam Hollis, propietario del almacén de comestibles, había encontrado a «Sonny», el alazán de Rice.

EL caballo había sido espantado por los bandidos al huir, en la creencia de que Pete se detendría a buscarle antes de emprender la persecución.

Pero Pete Rice no se había entretenido en tal cosa. Y su rápida intervención había costado a los bandidos dos vidas.

Fueron registrados los cadáveres de los malhechores depositados en el cementerio de Boot Hill.

Los bolsillos sólo dieron de sí unas cuantas bagatelas y una pequeña cantidad de dinero..., pero nada que sirviese para identificar a los hombres, ni al jefe que les mandaba.

Pete Rice parecía muy preocupado cuando penetró con sus comisarios en su pequeño despacho, situado en la trastienda de la barbería de Hicks «Miserias». El asunto se presentaba muy oscuro.

Sólo tenía una clave; sabía que un individuo llamado Leach «Boca-torcida» estaba complicado en aquellos crímenes. Pero alguien debía ocultarse tras Leach..., alguien que planeaba los delitos, de los que Leach era sólo un mero ejecutor.

Pete entró en su despacho. «Miserias» se puso a limpiar la barbería. Era lo más probable que estuviese algunos días ausente, en Buffalo Ford.

Era un buen barbero... pero mejor comisario todavía. Cuando la ley le llamaba, los habitantes de Quebrada del Buitre tenían que afeitarse solos... y hasta cortarse el pelo, si era preciso.

Pete limpió y aceitó sus pistolas y rellenó sus cartucheras. Después examinó un rifle Winchester, hasta entonces abandonado en un rincón.

Cuando partiesen para Buffalo Ford, a primeras horas de la madrugada, el rifle colgaría del arzón de su silla con la culata hacia arriba y el cañón hacia abajo.

Pete no sabía lo que ocurriría en Buffalo Ford y quería estar preparado para cualquier contingencia.

-Mejor será que os toméis unas horas de sueño -dijo a sus comisarios-. ¿A qué hora creéis que debemos salir para Ford?

-Desde este minuto hasta el amanecer, a cualquiera, patrón -contestó Teeny Butler prontamente-. Pero si es que vamos a dormir esta noche, me tendré que poner el gorro.

Teeny penetró en el salón de la barbería, cogió de un estante una botella de Bay Rum y se echó en un vaso una terrorífica ración de whisky, que apuró de un trago.

Este <gorro de dormir> habría derribado a cualquier hombre, pero Teeny se quedó como si tal cosa. Acostumbraba beber licor, pero nunca se emborrachaba.

Cuando se lanzaba al campo con su patrón y su compañero, tenía siempre la vista clara y el cerebro despejado.

Se convino en que partirían para Buffalo Ford a las cuatro de la madrugada.

Teeny y < Miserias» dormirían en el despacho oficial del sheriff. A las tres y media uno de ellos ensillaría los caballos y se cuidaría de que todo estuviese dispuesto.

Acostados ya sus comisarios, Pete atravesó apresuradamente la calle principal. Su preocupación había desaparecido por el momento.

Había un suave resplandor en sus ojos grises. El sheriff Pistol Pete Rice iba a ver a su madre.

El reloj de ocho días cuerda, que había comprado recientemente para la anciana, daba las nueve cuando Pete avanzó por el florido sendero que conducía a una humilde casita en las afueras de la Quebrada.

Miró disimuladamente por la ventana de la cocina. Su madre estaba allí.

Acababa de fregar una taza y un platillo. Adoraba al hijo que había sabido conquistar el respeto de la Quebrada y de todo el distrito de Trinchera.

Pete abrió silenciosamente la puerta.

-¡Hello, mamá! -saludó a la anciana-. Parece que está usted muy atareada esta noche.

-¡Pete! -exclamó su madre. Una mirada de ternura cruzó por sus ojos grises ya un poco apagados-. ¿Dónde has estado? Oí que hubo tiroteo en la calle principal.

Pete cruzó la estancia y besó a la anciana.

-No tuvo importancia -dijo indiferente-. Supongo que tendrá usted preparada la cena.

-Yo tomé a las siete una taza de té y un bizcocho -dijo la señora Rice-. Te estuve esperando. Todo está preparado. No falta más que calentarlo. La cena estará en la mesa dentro de un instante.

-Entonces, déjeme usted terminar ese trabajo, mamá -suplicó Pete, y arrebatándole unas cucharillas de la mano, se puso a limpiarlas-. Parece que empieza a hacer calor, ¿verdad?

-¡Pero el tiroteo... ! -insistió su madre-. No sabes lo que me ha preocupado.

Pete dejó su labor y rodeó con sus brazos los hombros de la anciana.

-No se preocupe, mamá. No recibí ni un arañazo.

Pero los cansados ojos de la madre se habían ya fijado en el agujero que mostraba el cuero de su pistolera.

-Ese agujero no estaba ahí cuando saliste esta mañana de casa, Pete.

Pete enrojeció. Se había propuesto dejar la pistolera en la veranda de la casa antes de entrar... y se le había olvidado.

-¡Oh, eso no significa nada! Puedo traer diez agujeros como ése y no haber recibido ni un arañazo. Trató de desviar la conversación-. ¿Quedaron algunos bizcochos?

-Unos diez. Cocí una docena y sólo tomé dos con la taza de té. Se están calentando en el horno.

Pete sacó los bizcochos y los puso en un plato sobre la mesa. Acercó una silla para su madre. Le sirvió una taza de café, y procuró distraerla con su conversación durante la tardía cena.

Pero su madre siempre volvía al asunto del tiroteo en la calle principal.

Pete nunca le había mentido, pero quería ahorrarle todas las preocupaciones posibles.

-¡Oh!, aquellos desgraciados no eran capaces de atinar una pared a dos pasos -rió-, no se atormente más. Ya sabe usted que sé cuidarme de mí mismo. Y apuesto que a usted le agrada más ver a su hijo cumpliendo con su deber que escarbando el jardín, ¿no es cierto?

-Estoy muy orgullosa de ti, hijo mío -confesó la señora Rice-. Nadie sabe como tú conservar el orden en la Quebrada. ¿Vas a pasar aquí la noche, Pete?

Pete fijó la vista en su plato.

-Bien... sí... y no. Tengo algo que hacer en Buffalo Ford. Partiré antes del amanecer. Tengo que ayudar al sheriff Warren en algo que ocurre allí. Es mi obligación. Estaré de regreso tan pronto como termine mi trabajo. Trató de cambiar de nuevo la conversación-. ¿Cómo marcha el nuevo reloj, madre?

-Muy bien, hijo mío. Mañana tengo que darle cuerda. Se la doy todos los sábados.

Pete recordaba esto. Ayudó a su madre a secar los platos. Nada más extraño que ver a un sheriff, con dos pistolas al cinto, ocupado en tan domésticas tareas.

Y es que Pete tenía dos amores... la Ley y su madre. Sus horas más felices eran las que pasaba en las sendas o ayudando a la anciana.

Mientras su madre abría la alacena para guardar el jamón y las viandas sobrantes, Pete se aproximó al flamante reloj <ocho días cuerda> y deslizó tres o cuatro monedas de oro en el espacio que quedaba bajo el péndulo.

Su madre las encontraría cuando él ya estuviese muy lejos. Tenía que dar cuerda al reloj a la mañana siguiente.

Algunos hombres de la Quebrada se divertían en la taberna «El Descanso del Vaquero» o en las salas de juego, o recorriendo los establos dando y recibiendo bromas.

Pete Rice se divertía también, a su manera..., sorprendiendo a su madre con inesperados regalos, ayudando bajo cuerda a algún desgraciado y hasta rehabilitando a algún malhechor, cuando su delito era pequeño y debido más a la ignorancia que a la maldad.

Esta era la otra cara de Pistol Pete Rice, sheriff de la Quebrada del Buitre y del distrito de Trinchera.

CAPÍTULO VI
BUFFALO FORD

Empezaba la tarde cuando Pete Rice, Teeny Butler e Hicks «Miserias» estaban en el poblado vaquero de Buffalo Ford. Habían viajado lentamente, como precaución contra cualquier emboscada.

Buffalo Ford se parecía mucho a la Quebrada, y debía su prosperidad a unos centenares de millas de terrenos de pasto tan ricos como los del Sudoeste.

Pete y sus comisarios detuvieron sus cabalgaduras frente a la oficina del sheriff. Era un edificio de dos pisos, que albergaba, además, la bomba de incendios, y un pequeño calabozo para los delincuentes de poca importancia.

La verdadera prisión estaba en otra calle, a espaldas de un edificio con balcón de madera, reliquia de la dominación española.

El sheriff Warren les saludó desde la ventana, mientras ellos ataban sus caballos en un sitio donde no pudieran estorbar los movimientos de la brigada de incendios.

Después penetraron los tres en el despacho.

La acogedora sonrisa del sheriff Warren se desvaneció al ver la sombría expresión del rostro de Pistol Pete Rice.

El veterano sheriff no osó hacer ninguna pregunta, adivinando lo sucedido.

-¡Mataron a Rimrock! -murmuró, dejándose caer en su silla.

-¿Cómo lo sabe usted, Warren? -preguntó Pete.

-Lo sospeché. Lo he estado temiendo hace mucho tiempo. Sabía que tenía que pasar. Hay por aquí una banda de cuatreros que es peor que una plaga para nuestros rebaños.

-Pero ¿por qué escogieron a Rimrock?-preguntó Pete-. No me explico cómo le perdonaron a usted Warren.

-Hará unos tres días que Rimrock me dijo que creía haber echado el lazo al secreto de los robos de ganado. Los cuatreros debieron sospechar lo que él sabía. Yo no le volví a ver desde entonces. ¡Y ahora está muerto! ¡Apuesto a que necesitaron toda una banda para acabar con él!

-Seis, que nosotros sepamos -contestó Pete, y empezó a explicar lo sucedido.

El veterano sheriff clavó las uñas en el borde de la mesa y la sacudió violentamente.

-Si yo no fuese una ruina de hombre -rugió-, habría podido ayudar más a Rimrock. Pero ni siquiera puedo empuñar mi 45. Mis viejas heridas me atormentan de tal modo, que no puedo montar ni el potro más manso. Tengo que recorrer las sendas en un calesín.

Continuó golpeando la mesa con sus puños cerrados, sin dejar de maldecir su inutilidad que le tenía reducido a la impotencia.

-¡Oh, si no fuese por mis viejas heridas! -gritaba-. ¡Ya les habría mandado a los infiernos con la piel tan agujereada, que ni el mismo demonio encontraría donde clavarles los cuernos!

Pistol Pete Rice permaneció silencioso. Él había ido a Buffalo Ford con aquella misma intención. Pero tenía las mismas probabilidades de terminar como Rimrock Morley o de quedar inutilizado por las balas, como Warren.

El pensamiento le atormentó hasta que se le ocurrió que, precisamente porque los representantes de la ley estaban expuestos a tales peligros, era por lo que el resto de los ciudadanos podían vivir tranquilos esperando que la muerte se acercase plácidamente a sus lechos.

-¡Bien! ¡Bien! ¿A qué viene todo este ruido?

La pregunta había partido de un recién llegado, desconocido para Pete. El individuo había penetrado por la puerta trasera.

Tenía la actitud familiar del que se encuentra como en su casa.

Era alto. Su rostro era más bien enjuto. Su cuerpo tenía la dura flexibilidad de los que observan cuidadosamente las leyes de la higiene.

Representaba mediana edad, y todo indicaba en él una constitución robusta.

Sus salientes pómulos y sus espesas cejas daban virilidad a un rostro que, de otro modo, habría sido demasiado hermoso con la rectitud de su nariz y la firme perfección de sus mandíbulas.

El desconocido iba vestido con un traje gris, que revelaba la habilidad de su sastre.

Pete se dio cuenta de que se las había con un hombre importante, con un personaje de Buffalo Ford.

-Hola, George- saludó Warren, sombrío, al recién llegado-. Aquí te presento a Pete Rice, de la Quebrada del Buitre. Estos dos muchachos son sus dos comisarios. Pete, éste es George Duval, una especie de potentado de estos lugares. Supongo que habrás oído hablar de Pete Rice, George.

-¡Ya lo creo que he oído! -exclamó George Duval, estrechando la mano del joven sheriff. Pat Garret, Bat Masterson, Wild Bill Hichok y Pistol Pete Rice son una misma persona. No se sabe cuál de ellos es más famoso. Es un honor para mí conocerle, sheriff. Es un privilegio estrechar la mano del que ha despachado tantos criminales para Boot Hill.

Pete estrechó una mano larga y delgada, mano perfecta de pistolero o de jugador. No se sintió complacido ni halagado por las palabras de Duval.

Tan desmesurados elogios no podían ser sinceros, pensó.

-¡George, han matado a Rimrock! --dijo el sheriff Warren, quejumbroso.

-¿Cómo? ¡Rimrock muerto! ¡Es increíble! No hace aún tres días que él y yo bromeábamos juntos. Esos cuatreros echaron su hambriento lazo a mis mejores reses, y no me dejaron una pezuña como señal. Rimrock andaba diciendo que tendría a la mayor parte de la banda de cuatreros en el calabozo antes de otra luna llena, y yo confiaba en sus palabras.

Duval movía la cabeza lentamente, y mordisqueó la punta de un costoso cigarro.

-¡Rimrock desaparecido! -continuó-. Es casi como decir que el río Bonanza se ha secado, o que nuestras montañas han desaparecido. Siento esta pérdida profundamente, señores. Pete Rice, si ha venido usted a cazar a los asesinos, cuente conmigo. Si consigue borrarles de este territorio, tendrá usted una buena recompensa.

-George creó un premio a principios de esta temporada -explicó el sheriff Warren-. Lo encabezó con quinientos dólares, y los fondos se elevan ya a cinco mil. Rimrock ya estaba haciendo cálculos acerca de cómo iba a gastar ese dinero.

El asunto era interesante, pero carecía de importancia. Lo que Pete necesitaba saber eran los detalles que se conocían de los misteriosos cuatreros.

-No sabemos gran cosa -confesó el sheriff de Buffalo Ford-. Los malhechores aparecen y desaparecen como fantasmas. Y esto viene ocurriendo hace meses. -Y no dejan más rastros que sus depredaciones. Sloane del S. Bench ha tenido que vender sus propiedades en pública subasta. No es negocio tener que pagar vaqueros e impuestos para criar un ganado que los cuatreros se han de llevar.

-¿Cuántas cabezas has perdido tú, George?

-Muy cerca del centenar -contestó Duval.

-Pero eso es debido a que mi rebaño no es muy considerable. Randall se declarará pronto en quiebra. Forbes, en cambio, no ha perdido mucho. Solamente unos cuantos animales descarriados. Pero se ve obligado a tenerlos en cercados, y los animales están tan flacos por falta de hierba, que no los podrá vender ni para piel.

-Los de las ganaderías de las «Dos Flechas» y del «Doble Diamante Barrado» han tenido más suerte, ¿verdad? -preguntó Warren.

-Sí -contestó Duval. Pero debe ser porque Bart Evans y Dan Woods han sido pistoleros. Los bandidos parecen tratarlos con cierta consideración.

-Bien -dijo Pete Rice-, ya me hago cargo de las circunstancias. Pero creo que no descubriremos nada si continuamos aquí. ¿Quiere usted darse una vuelta por las praderas conmigo y mis hombres, Warren? Me propongo detenerme en algunos ranchos y cambiar impresiones. Me encantaría que usted viniera también con nosotros, Duval. Conoce usted mejor que nadie la situación.

El viejo sheriff de Buffalo Ford se animó de pronto.

-Iré, Pete. Pero ya sabes cómo estoy. No me hagas correr mucho. Tendré que ir en el calesín. Es lo bastante grande para que os acomodéis todos en él.

-No está mal la idea -decidió Pete.

El sheriff de la Quebrada y George Duval fueron los primeros en abandonar el despacho. Teeny y «Miserias» no habían llegado aún a la puerta cuando empezó el jaleo.

Bang!¡Bang!

Por el balcón del segundo piso del restaurante < La Estrellas>, situado al otro lado de la calle, ladraba una pistola. Un hombre, oculto el rostro bajo el ancho sombrero, oprimió por dos veces el gatillo de su Colt de largo cañón.

El balcón correspondía al comedor, y a esa hora de la mañana las mesas estaban vacías.

Una bala cortó el aire y terminó su trayectoria con un «clank» metálico, en la estrella que pendía de la americana de Pete Rice.

El impacto fue terrible. Las rodillas de Pete flaquearon. Y Pete se dobló como si hubiera recibido un puñetazo en el corazón.

Pero la conmoción sólo retrasó una fracción de segundo la aparición de la pistola en su mano.

George Duval lanzó un grito de dolor. Llovía plomo también del tejado de los establos, unas puertas más abajo del restaurante.

Antes de que Pete se volviera contra el hombre que le había disparado, pudo ya ver el rápido movimiento de Duval para sacar sus armas.

¡Bang!

El 45 de Pete escupió una llamarada rojiza. La bala dio de lleno en el pecho del pistolero apostado en el balcón. El bandido cayó hacia adelante. Petardeó otro proyectil. El dedo del bandido no había hecho más que rozar el gatillo al caer, en un espasmo de dolor. El plomo hizo añicos el cristal de la ventana del despacho, a espaldas de Pete; un pedazo de vidrio se le clavó en la mejilla.

Pero Pete ya no tenía motivos para volver a disparar. El bandido se dobló sobre la barandilla del balcón, y cayó, como un fardo, a la calle.

¡Bang!¡Bang! ¡Bang!

Tres detonaciones seguidas salieron del magnífico 45 de Duval. El hombre que estaba sobre el tejado del establo lanzó un aullido de rabia y dolor.

Moribundo y enloquecido avanzó tambaleándose hasta el borde del tejado.

Había perdido una pistola, pero empuñaba la otra mientras se agarraba al hierro de la veleta para sostenerse. La vida le abandonó antes de que lograra disparar. Quedaron sus brazos colgando de los travesaños de la veleta, como un espantapájaros en una plantación de fríjoles mejicana.

Pete Rice se dio cuenta de que debía la vida, no sólo a su estrella de sheriff, sino a que su agresor había perdido la serenidad al ver que no había terminado con su enemigo.

El barrio mejicano estaba a espaldas de los edificios desde donde habían disparado los malhechores.

De haber triunfado se habrían perdido de vista en pocos segundos.

No tenían más que haberse refugiado en el caserío de adobes, donde ninguno de los habitantes se hubiera atrevido a traicionarlos.

-¡Está usted herido, Duval! -dijo Pete al ver una mancha roja en la manga izquierda de George-. ¿Es algo grave?

-Sólo un rasguño -contestó Duval-. Ni siquiera me impide mover el brazo. Tiene usted una puntería admirable, Rice. Hizo usted con un solo disparo lo que a mí me costó tres. Y es que hay gran distancia entre un amateur y un profesional. Bien, ahora ya puede usted darse

cuenta de lo que sucede en Buffalo Ford. Le digo a usted, Pete Rice, que estos cuatreros son unos demonios.

-Sí, unos demonios -asintió Pete, moviendo la cabeza-. Y el lugar para los demonios es el infierno. Quizá no tardemos en mandarlos allí.

CAPÍTULO VII
EL PATRÓN DE FIDDLEBACK

La gente que se había ido congregando en la calle terminado el tiroteo, corría ya en busca de refugio otra vez. Los ciudadanos prometían que iba a empezar otro jaleo y ya habían olido bastante pólvora por aquel día.

Al otro extremo de la calle acababa de aparecer un jinete a todo galope.

Pero no parecía venir en son de guerra. Llegado al grupo detuvo bruscamente su bronco.

Era un hombre delgado, de unos cincuenta años, moreno como una silla barnizada, y ágil como un lobo. Pete adivinó en seguida que había pasado su vida en el campo.

Le gustó el aspecto del individuo.

-¡Hank Brown, el capataz de Fiddleback! -gritó el sheriff Warren-. ¿Qué te trae por aquí?

-Cosas muy graves --contestó Hank Brown, lacónicamente.

Saltó de la silla. Sus callosas manos se crisparon convulsivamente. Parecía congestionarle el rostro la ira. Le llevó un minuto el serenarse y romper a hablar.

-¡Mataron a Jack Flynn! -acertó a exclamar al fin.

Una expresión de desesperanza nubló los ojos del viejo sheriff.

-¿Se sabe quién fue? -preguntó Pete, apretando las mandíbulas.

-Ojalá lo supiéramos -Hank Brown sacó un pañuelo y se enjugó la sudorosa frente-. Anoche -explicó- encerramos en la corralada cuarenta cabezas para conducirlas al embarcadero hoy por la mañana. Quedó guardándolas Jack Flynn, con una escopeta de dos cañones. Jack era un buen peón, y no había cuidado de que se durmiese estando de guardia. Y ahora ¿qué? -El ranchero contestó a su propia pregunta-. ¡Ahora Jack está muerto! Le estrangularon con una de esas fajas de seda roja que gastan los extranjeros. Y el ganado ha desaparecido.

»Comprobamos que lo habían sacado por la puerta del corral, pero las huellas desaparecían de repente. No se encontró ni la señal del casco de un caballo, excepto del que montaba el pobre Jack... ¡Ahora, Warren, es necesario que hagamos algo, o todo se lo llevará la trampa!

El viejo sheriff llamó a uno de sus comisarios.

-Que preparen mi caballo y mi calesín -le ordenó-. Salimos inmediatamente para el rancho Fiddleback. ¿Vendrás con nosotros, Pete? -preguntó, dirigiéndose al joven sheriff.

-¡Que trate alguien de detenernos a mí y a mis comisarios! -fue la respuesta de Pete.

Fue un verdadero consejo de guerra el que se celebró en la veranda de la casa ranchera de Fiddleback. EL trío de representantes de la Ley de la Quebrada del Buitre se encontraba presente, y también el viejo Warren, George Duval, el propietario de Fiddleback y su capataz, Hank Brown.

El viaje en calesín había sido muy fatigoso para Pete, acostumbrado a mayor velocidad. Se proponía pedir prestadas algunas caballerías para regresar a Buffalo Ford. A pesar de la tragedia que había asombrado al ranchero, J. R. Cuthbert, dueño de Fiddleback, se mostró como un hombre amable y perfecto anfitrión.

Era inglés. La niebla de Londres había afectado sus pulmones, y esa era la causa de que se encontrase en Arizona.

Era hombre de gran inteligencia y educación, que había sabido reunir un excelente equipo de vaqueros a los que confiaba todo el trabajo de la ganadería, excepto la contabilidad.

Era de constitución más bien débil. No pasaría mucho de los cuarenta años, pero tenía los cabellos completamente blancos, lo que aumentaba la distinción de su persona.

Estaba meticulosamente afeitado, y tenía la piel tan bronceada como cualquiera del grupo, debido a que tomaba diariamente un baño de sol.

Las enfermizas rosetas que, en otro tiempo, mostraban sus mejillas, habían desaparecido con el aire puro y el clima seco.

Mientras permaneciese en el Sudoeste, la enfermedad que atacó a sus pulmones, no volvería a atormentarle.

Cuthbert tenía el buen gusto de no afectar aires camperos vistiendo a usanza de los peones de su ganadería. Llevaba un traje de sastrería, y únicamente, los pantalones se ocultaban en sus altas botas.

Los sombreros Stetson, de <diez galones> que llevaban los vaqueros protegen del sol y de la lluvia, pero tienen el inconveniente de recoger el agua. Cuthbert no tuvo nunca la humorada de ponérselos.

El cocinero chino del rancho había sacado una mesa a la veranda y se disponía a llenar las copas con el contenido de una botella que ostentaba una etiqueta muy atractiva desde el punto de vista de Teeny Butler, el comisario de la Quebrada.Teeny consintió que el cocinero escanciase una terrorífica ración en su vaso antes de decirle «basta». El nivel del líquido de la botella bajó de un modo espantable.

Hank Brown, el capataz, abrió la boca de asombro, pero Cuthbert era demasiado bien educado para aparentar siquiera que se había dado cuenta.

Teeny hizo aún más grande la ración, añadiéndole agua; después se humedeció los labios, y se la echó entre pecho y espalda.

-Creo que esto me quitará el polvo que se me ha metido en los pulmones por el camino -murmuró.

Todos los demás, incluso el pequeño Hicks < Miserias>, tomaron una copa; pero Pete prefirió soda. No quería que nada pudiese estorbar el perfecto dominio de sus nervios. A eso debía el encontrarse todavía vivo. Y esa era también, probablemente, la razón de que sus comisarios disfrutasen de buena salud.

-Ha sido usted muy amable en venir, Rice -dijo Cuthbert después que hubieran servido las bebidas-. He oído hablar mucho de usted. Esos cuatreros nos tienen aterrorizados. La muerte de Jack Flynn ha colmado la medida. Era un buen muchacho. Habría dado mi ganadería por salvar su vida.

-¿No tiene usted ninguna pista? -preguntó Pete.

Cuthbert movió la cabeza.

-Ninguna en absoluto. Sin embargo, opino que aquí interviene una mano de casa. Parece increíble que nadie pudiera acercarse a un muchacho tan despierto como Flynn. Me atrevería a decir que conocía al individuo que le asesinó, y que le cogió completamente confiado.

»Me he convertido en una especie de espía. Sospecho que tengo un traidor... un homicida... en mi casa. Todos mis muchachos parecen muy honrados, pero...

Pete escuchaba atentamente... mas observaba con la misma atención a Teeny Butler, que manejaba con demasiada frecuencia la botella de whisky.

-Ten cuidado con eso, Teeny -le aconsejó Pete.

-Oh, no se preocupe -protestó Cuthbert-. ¿Por qué no permitirle que se «humedezca» un poco, si le gusta el licor?

-No se humedecerá -replicó Pete, soltando la risa-. Toda una botella no le haría el menor efecto a Teeny. A Pete no le agradaba parecer severo a los ojos de su amable anfitrión y añadió-: Puedes echar otro trago, Teeny.

-Muchas gracias, patrón. Me mojaré los labios solamente -contestó el corpulento comisario.

Y se echó en el vaso una rociada que habría quitado el sentido al tabernero más veterano.

George Duval se sirvió, también, otro vaso, y se encaró después con el propietario de Fiddleback.

-¿Qué es lo que ha conseguido usted averiguar del asunto de los cuatreros? -le preguntó-. Las cosas están poniéndose demasiado malas, y es preciso que marchemos todos de acuerdo. Primero Rimrock, después Flynn. ¿Quién será el siguiente? ¡Debemos juntar nuestras fuerzas para poner término a tantos crímenes!

-Opino lo mismo -convino Cuthbert-. Pero comprenderá usted, amigo Duval, que no debo hacer víctima a ningún inocente de mis aficiones detectivescas. La justicia en este país peca a veces de precipitada. Permita, pues, que me reserve mi opinión hasta que esté completamente seguro de que no me he equivocado.

Duval se dirigió a Hank, el capataz: -¿Tienes tú alguna idea, Brown?

EL veterano ranchero dejó escapar un gruñido.

-¿Qué entiende usted por tener alguna idea? ¡Ya lo creo que la tengo! Jack Flynn era mi compañero. Que me dejen echarle las zarpas al bandido que le quitó la vida y se verá lo que hago. ¡Esa es la única idea que tengo!

Pete Rice guardaba silencio mientras otros hablaban en coro. El joven sheriff deseaba encontrar la ocasión de hablar con Cuthbert a solas.

El inglés era un individuo perspicaz y observador. Pete deseaba su ayuda más que la de ninguna otra persona de Buffalo Ford.

Se podía confiar en «Miserias» y en Teeny, por muy «humedecido» que se encontrase este último, pero las lenguas de los demás presentes ya no eran tanto de fiar.

Y podría haber por allí oídos alerta que se apresurasen a comunicar cuanto oyesen al jefe de los cuatreros.

-Ahora que me acuerdo -dijo Pete, de pronto-. ¿Sería posible que nos prestase usted unos caballos, para que yo y mis hombres regresemos a Buffalo Ford? Nos conviene dar una vuelta por estos alrededores, y no podríamos hacerlo en el calesín de Warren.

-No hay inconveniente -contestó Cuthbert con su acostumbrada amabilidad-. Vaya usted mismo a las caballerizas, mientras estos señores apuran la botella. Tengo algunos ejemplares que, seguramente, le deleitarán los ojos. Entretanto, sus compañeros comerán algo. Lee Chun se lo está preparando ya. Los demás -añadió, dirigiéndose al grupo de la veranda-, pueden acompañarnos si gustan, pero no creo les interese.

La insinuación de Cuthbert fue, en efecto, rechazada. El no se propuso otra cosa. Evidentemente, el inglés quería quedarse con Pete a solas.

George Duval pareció disgustarse, pero no dijo nada, y ocultó su mal humor apurando una copa.

El ranchero y el sheriff acababan apenas de salir de la veranda, cuando se oyeron unas detonaciones a lo lejos. Los que estaban en la galería se apresuraron a ponerse en pie. Pete se detuvo, frunciendo el ceño, y clavó la mirada en la lejanía. Aquellas detonaciones, él lo sabía bien, eran de un 45.

-Parecen que vienen de la parte del río -dijo Pete, lentamente. El territorio de Buffalo Ford estaba atravesado por el río Bonanza, que bajaba serpenteando desde el mismo centro del gran valle, situado entre las montañas.

-Quizá sea alguien que ha disparado a una culebra o a un coyote -insinuó Hicks «Miserias».

-Bien pudiera ser eso -concedió Cuthbert, esperanzado.

Pete Rice volvió al porche y se acodó sobre la barandilla. Pudo ver a un jinete claramente. La distancia era engañadora en la transparente atmósfera de Arizona. El individuo parecía no estar a más de una milla, pero Pete comprendió, por la intensidad de las detonaciones, que quizá se encontrase a una distancia doble.

Estaba claro que el jinete venía perseguido. Llevaba, sin embargo, mucha delantera a sus enemigos, pues pasaron más de quince segundos hasta que apareció uno en lo alto de la colina.

Pistol Pete se dio cuenta de que aquel espacio de tiempo era suficiente para que el fugitivo se encontrase fuera del alcance de un 45.

Sin embargo, el jinete se volvía de vez en cuando para disparar. Las armas de sus perseguidores escupían también humo en respuesta.

Aparecieron tres jinetes más en lo alto de la colina, galopando como desesperados. Llegados allí lanzaron una rociada de plomo sobre el individuo que huía.

Era aquel un caso en que Pete y sus comisarios no podían hacer otra cosa que observar. Los caballos del calesín habían sido desenjaezados.

Cuando se consiguiese tenerlos ensillados, podrían haber ocurrido una de estas tres cosas: el jinete fugitivo habría caído herido o muerto, o habría llegado a la zona de seguridad que representaban para él los terrenos del rancherío.

Los ladridos de las pistolas se agudizaban. Se oía cada vez más claro el batir de los cascos de los caballos. Una vez a la vista del rancho, la persecución no tardaría en terminar.

Cuando ya fue bien visible la figura del jinete fugitivo, sus perseguidores refrenaron sus cabalgaduras. Dispararon todavía unos cuantos tiros, pero inmediatamente dieron la vuelta hacia el Norte, alejándose a toda velocidad.

-Que me cuelguen si me equivoco -exclamó, Hank Brown, el capataz-. ¡Pero si es Soapy Briggs! EL muchacho debe haber tropezado con la banda de cuatreros. ¡Apuesto a que Soapy tiene que decirnos algo interesante!

EL jinete era un ranchero de cuadradas espaldas y pecho poderoso. Cuando estuvo más cerca de la casa, refrenó su cabalgadura y la puso al trote.

Sus perseguidores se habían perdido ya de vista al otro lado de la colina.

-Soapy Briggs es uno de mis peones -explicó Cuthbert a Pete-. Es un buen trabajador, pero un poco camorrista. Más de una vez he pensado despedirle, pero no me decido a desprenderme de un hombre que no se hace repetir una orden dos veces.

Soapy Briggs detuvo su caballo al pie del porche y desmontó.

Pistol Pete le observó atentamente. Era uno de esos rancheros, decidió, que nunca llegan a capataces, y en la vejez se convertiría en un trampero o en un contrabandista.

Pete observó también que la desesperada carrera y el aparente peligro que había corrido no le habían hecho escupir la tremenda «mascada» que abombaba uno de los carrillos. Soapy trasladó el bulto a la otra mandíbula, y arrojó una bocanada de jugo de tabaco que hizo buscar apresuradamente cobijo a un lagarto que tomaba el sol.

-¡Los he encontrado! -gritó Soapy, hablando por la otra comisura de la boca-. ¡Los agarré con las manos en la masa entre aquellos tiemblos que hay cerca del río Bonanza!

-¡Espléndido, muchacho! - le elogió Cuhtbert-. ¿Quiénes eran?

-No he visto a ninguno en mi vida. Deben ser «gringos» o algo por el estilo. Iban conduciendo una manada de reses robadas en Fiddleback. ¡Me apresuré a poner tierra por medio! Eran demasiados contra mí. Pero si me da usted algunos hombres, les seguiré hasta su madriguera y les ahumaremos un poco.

-Yo te los proporcionaré, y... -empezó a decir Cuthbert.

Pero Pete le interrumpió bruscamente.

-¡No! Mis comisarios y yo nos ocuparemos de eso -dijo-. «Miserias», Teeny y yo, con Briggs, para que nos enseñe el camino, seremos suficientes. Pete se aproximó a Cuthbert y, con la espalda vuelta a la ventana, le empezó a hablar sin mover los labios.

-Déjeme obrar a mi manera -le dijo en voz baja-. Tengo una razón.

Y añadió, levantando la voz-: Sé que cuenta usted con hombres muy valientes, pero los rancheros deben ser para el rancho. Únicamente le pido que nos preste algunos caballos que puedan resistir una buena caminata.

Pete Rice tenía razón. El instinto y la experiencia le decían que aquello podía ser la clave que aclarase el misterio de los robos de ganado que venían cometiéndose en Buffalo Ford.

Antes de saltar a su caballo se cercioró de que la larga cuerda de su lazo iba bien enrollada en el arzón de su silla. No tenía propósitos de matar.

Se contentaría con poder llegar a unos cuantos metros de cualquier cuatrero para cogerle vivo. El capturado probablemente podría decir qué es lo que se ocultaba tras las matanzas y depredaciones que venían ocurriendo en aquel territorio.

CAPÍTULO VIII
LA TRAMPA

Los caballos que Cuthbert se apresuró a proporcionarles eran unos animales lustrosos y bien cuidados. Se veía que ni la hierba ni el grano se escatimaban allí. Parecían lo bastante resistentes para que Pete y sus comisarios no tuvieran que preocuparse de la clase de terrenos que hubieran de atravesar.

-¡Buena suerte! -les gritó Cuthbert cuando Pete espoleó a su caballo para desaparecer de la vista antes de que Cuthbert pudiera cambiar de modo de pensar y se le ocurriese mandarle más hombres.

El sheriff de la Quebrada del Buitre tenía motivos para no desear que le acompañasen los peones del rancho de Fiddleback.

Ni siquiera confiaba por completo en Soapy Briggs.

Aquella persecución sobre la colina tuvo trazas de ser una cosa preparada.

Soapy y sus perseguidores se habían cansado de tirotearse mientras estaban fuera del alcance de sus 45. Posiblemente habría sido debido a la ignorancia.

Pero era extraño que hombres que vivían de sus pistolas desconociesen el alcance de sus armas.

Además, a Pete le repugnaba el auxilio de vaqueros que no estaban acostumbrados a la caza del hombre, como a éstos les hubiera disgustado la ayuda en el acoso de reses de un señorito de la ciudad.

Tampoco impresionaba a Pete el que los muchachos de Fiddleback fuesen buenos tiradores. Podrían cazar un ciervo a la carrera y derribar un halcón al vuelo, pero cuando un hombre no ha recibido el bautismo del fuego, es mejor que se quede en casa componiendo las empalizadas.

El valor vulgar no es de gran ayuda cuando surge un caso de apuro en que la inteligencia ha de andar más lista que la mano. Teeny Butler e Hicks «Miserias» valían por una docena de aquellos ganapanes.

El cuarteto de jinetes avanzaba a todo galope. Pete Rice cabalgaba junto a Soapy Briggs, el peón del rancho de Fiddleback; Teeny y «Miserias» corrían unos cuantos largos detrás de su jefe.

Al llegar a la cumbre de la colina, Soapy tomó un camino oblicuo hacia el Noroeste. Atravesaron unos campos de grama que llegaban hasta los corvejones de los caballos.

Pete Rice se maravilló de la riqueza de aquellas tierras regadas por el río Bonanza. Los ganaderos habían estado acertados procurando no esquilmar aquellos terrenos. Había sitios en que la tierra parecía realmente cultivada, como se cultivan los campos de alfalfa. Se veía que los propietarios de Buffalo Ford tenían poco miedo a las sequías.

Aquella tierra estaba en buenas manos, y nunca se habían producido allí conflictos hasta entonces. Los rancheros establecidos en ella eran gente acomodada, pero no francamente ricos; ninguno de ellos disfrutaba de tal posición que pudiera excitar la codicia de nadie. Pete Rice conocía incontables regiones cercanas que podían ser más tentadoras para los cuatreros. Sin embargo, no había duda de que los bandidos se encontraban allí como en su casa. El rancho Sloane había perdido ganado suficiente para hacerle renuncias a la lucha; Randall estaba al borde de la bancarrota.

¿Cuál podía ser el objeto de aquellos robos? ¿Se trataría solamente de un pretexto para disimular mayores planes?

El hombre que se ocultaba tras de todo aquello parecía ser alguien no muy lejano al territorio. Posiblemente, uno de los rancheros de Buffalo Ford.

O algún sindicato establecido en Nueva York o Chicago, que operaba por mediación de renegados de la frontera, capaces de todo por dinero.

Pete recordó que Duval había mencionado como individuos de suerte a Bart Evans y Dan Woods, atribuyéndolo a que habían sido pistoleros en otros tiempos.

Quizá Duval tuviera razón al decir que los cuatreros respetaban a esos dos hombres a causa de su reputación.

Pete decidió, finalmente, no atormentar más su cabeza. Seguía una pista, y no era aquella ocasión para conjeturas.

Si tenía la suerte de capturar a otro de los de la banda, ya se cuidaría él de que nadie intentase matarle para cerrarle la boca.

Esperaba poder dar con Leach «Boca-torcida», cuyo nombre había pronunciado Juan González un momento antes de morir.

El sheriff tenía la sospecha de que Leach era algo más que un pistolero alquilado; creía que era un intermediario, un miserable que recibía órdenes de alguien, y las hacía cumplir, después, a muchos.

Pete tenía motivos para cabalgar junto a Soapy Briggs, el ranchero de Fiddleback. Quería estudiar el rostro de Soapy.

¿Les conduciría aquel hombre, a él y sus comisarios, a una emboscada?

Pete estaba casi seguro de que era así. Pero le convenía fingir la mayor inocencia. Cuando estuviese seguro de que se trataba de una trampa, ya tendría una pista, aunque no capturase a ninguno de los cuatreros.

El mismo Soapy Briggs le daría la clave. Soapy sí que podía ser capturado, y obligado a decir lo que sabía. El grupo cruzó una ancha llanura cubierta de hierbas. Luego el terreno empezó a elevarse otra vez. En lo alto de una loma pudieron ver, a sus pies, la suave corriente del ondulante Bonanza.

Soapy Brigs les guió directamente hacia el río, pasando por un corte entre dos montañas donde la tierra estaban tan removida como el suelo de una cuadra. Pete comprendió la razón, de pronto.

La ladera llegaba en violenta pendiente hasta la orilla del río. Durante la estación de lluvias la corriente debía ser allí muy violenta, pero entonces formaba como un remanso natural, muy apropiado para la aguada.

Había algún ganado bebiendo. Pete Rice, que había sido vaquero antes de convertirse en sheriff, calculó rápidamente el número de cabezas. Había cincuenta, la mayor parte añojos, recientemente marcados.

La costumbre permitió a Pete ir clasificando las marcas, mientras avanzaba por la orilla. Casi todas eran de la ganadería de Fiddleback.

Había unas cuantas «H» sobre « C», un par de «T» y «media luna», y unas cuantas «Flechas en arco».

-Tienen buena estampa -comentó Pete-. Otra temporada y valdrán de cuarenta a setenta dólares por cabeza.

Hizo la observación deliberadamente, para ver el efecto que producía en Soapy Briggs.

-Así es -convino el peón-. Pero los billetes no serán para los dueños de las marcas que llevan ahora esos becerros. Una manta húmeda y un hierro candente se encargarán de desfigurarlas antes de que se los lleve el ferrocarril.

-Para entonces, ya hará tiempo que los cuatreros se habrán columpiado de una cuerda -contestó Pete, sombrío-. El criminal cree que puede burlar la Ley. Pero mi misión es procurar que no sea así. ¡Y tan seguro como me llamo Pete, que todos llevarán su merecido!

Una vez más observó a Briggs atentamente. El rostro del ranchero hizo una mueca nerviosa. De allí en adelante, cada vez que habló, parecía tener la boca seca y apretada por el miedo la garganta.

Torcieron hacia el Este, alejándose del Bonanza, siguiendo un sendero serpenteante que ascendía por una loma cubierta de árboles.

La penetrante mirada de Pete no cesaba de pasear de un lado a otro del camino. El y sus comisarios se encontraban en un lugar excelente para una emboscada.

Pete no cesaba de observar los alisos, los álamos, los robles y los peñascos desparramados por el paisaje. Su mano derecha descansaba ligeramente sobre la cadera, presta a tirar de la culata de su 45.

Cambió significativas miradas con Teeny Butler y Hicks < Miserias». Pete se daba cuenta de que sus comisarios compartían sus sospechas respecto a Soapy Briggs.

Caminaban sombríos, silenciosos, pero muy lejos de sentir ningún miedo.

Nunca se les pasaba por la imaginación el que pudieran llevar la peor parte en una lucha.

Una vez más, Pete observó a Soapy con el rabillo del ojo. Se sentía ya casi seguro de que Soapy era un traidor... y un cobarde.

-¿Esperas estar presente cuando colguemos a los cuatreros? -le preguntó.

Los labios de Soapy Briggs se retorcieron de nuevo nerviosamente.

-No sé qué decir -murmuró.

-Pues a mí me gustaría que todos los jóvenes del Estado lo presenciaran -prosiguió Pete, cruel-. Las gentes honradas deben escuchar los gritos pidiendo clemencia de los asesinos. He advertido que, por regla general, los que más miedo tienen a morir son los que hicieron más daño en vida.

Fue un disparo a quemarropa para Soapy, pero Pete decidió no ir más lejos.

No tenía verdaderas pruebas de que Soapy fuese un traidor, aunque lo presentía intensamente.

Si Soapy marchaba de acuerdo con los cuatreros, sería por dinero. Pete se preguntó si les traicionaría a ellos también ofreciéndole mayor cantidad.

Y decidió arrojarle el cebo.

-Si cogemos a los criminales -le dijo amistosamente-, recibirás una buena recompensa, Briggs-. Cinco mil del fondo de los ganaderos, y lo que después añada el distrito, que no dejará de ser un buen puñado.

Aquella noticia pareció asombrar a Soapy, que miró fijamente a Pete, con la boca abierta, brillantes de codicia los ojos.

-¿Quiere usted decir -balbuceó-, que pueden ganarse cinco mil dólares? ¿Me los darían a mí, si cogiésemos a los cuatreros ahora? ¡Cinco mil dólares! ¡Dios! ¡Más de lo que yo podría reunir en veinte años!

-Me has entendido bien -le dijo Pete-. Es toda una fortuna, ¿verdad?

Soapy quedó pensativo, moviendo la cabeza y humedeciéndose de vez en cuando los labios.

Pete observó que miraba ansiosamente hacia adelante. Seguían en aquel momento un estrecho sendero bordeado por una densa cortina de árboles.

Y, de pronto, la mano de Soapy acarició la culata de su pistola. Un instante después, el arma salía de su funda en frenético tirón.

Pete Rice estaba preparado para una traición... pero no fue a él a quien disparó Soapy Briggs. Había apuntado hacia unos peñascos que se veían más adelante.

-¡Allí están! -gritó.

¡Ka-zung-g!

El agudo silbido de una bala cruzó sobre el hombro de Pete. El plomo atravesó la carne, pero sin interesar ningún músculo. Pete sacó los pies de los estribos sin soltar las riendas. Acto seguido se lanzó de la silla, aminorando el golpe de la caída con las manos.

Sus experimentados comisarios desmontaron de la misma manera. Y casi simultáneamente, sus pistolas empezaron a escupir plomo.

Zumbaban las balas en todas direcciones, como abejorros expulsados de su colmena por el humo. Soapy Briggs lanzó un grito de agonía. El ranchero soltó la humeante pistola y se desplomó de la silla.

Su pie derecho quedó enganchado en el estribo. Se encabritó el caballo. Y Briggs, colgado de la silla, fue arrastrado por el sendero. Tenía un balazo en un costado.

Pete y sus hombres corrieron a refugiarse donde pudieron. La mandíbula de Pete semejaba la escuadra de un carpintero.

Brillaban sus ojos con la dureza del pedernal. Comprendía que Briggs les había llevado a él y sus comisarios a una emboscada.

Pero Briggs había evidentemente decidido en el último instante que una recompensa de cinco mil dólares por parte de la Ley era preferible a lo que pudiera sacar de los bandidos.

Su decisión, sin embargo, llegó demasiado tarde.

La pistola de Pete Rice no cesaba de hacer fuego, alternando con las de sus comisarios. Estaban acostumbrados a luchar juntos en todas las circunstancias.

Tenían la seguridad de que sus armas no se encontrarían vacías al mismo tiempo. Parecía haber muchos cuatreros ocultos detrás de las rocas, y los representantes de la ley no tenían la menor intención de dejarlos atacar con probabilidades de éxito.

Sonó una detonación a espaldas de Pete y, en el mismo instante, uno de los malhechores lanzó un aullido. Pete sonrió para sí. Teeny Butler o Hicks «Miserias» habían encontrado su blanco.

Una bala pasó silbando junto a la oreja de Pete, pero instantáneamente tuvo su contestación. El proyectil voló la «tapa» de una cabeza que acababa de asomar sobre un peñasco.

Pete continuó disparando hasta que se le agotaron los cargadores de las dos pistolas. Entonces, cubierto por el fuego de sus comisarios, se agazapó en su escondrijo y rellenó los cilindros de su 45.

Sonó una descarga a la derecha. Pete miró en aquella dirección. Los cañones de unos rifles asomaban por encima de las rocas.

Pete concentró su fuego hacia ellos. Pero de la izquierda surgió otra rociada de balas...

El rostro de Pete no era en aquel momento una imagen de la belleza, precisamente. No veía otra posibilidad que la de sucumbir luchando.

El y sus comisarios podían considerarse perdidos, vencidos por el número.

Salieron gritos de triunfo del grupo de malhechores, allá detrás. Pete giró rápidamente. Un balazo había arrancado al pequeño «Miserias» su pistola.

Teeny continuaba haciendo fuego. Pero aquello no podía durar mucho tiempo. Más de una docena de forajidos iban estrechando su cerco alrededor del indomable trío de la Quebrada del Buitre.

Brilló un fogonazo junto a Pete.

Sintió como si alguien le hubiese golpeado la cabeza con la culata de un rifle. Instintivamente, trató de levantar su 45 para disparar.

Pero su cuerpo se dobló hacia tierra y perdió el conocimiento.

CAPÍTULO IX
EL "NIDO DEL AGUILA"

Cuando Pistol Pete Rice recobró el conocimiento, se encontró atravesado sobre la silla del bronco de Fiddleback. Sentía un dolor de cabeza espantoso.

Tenía los cabellos empapados en sangre. Le rodeaba la oscuridad. La bala que le hirió debía haberle tenido sin conocimiento por lo menos dos horas.

Dos jinetes cabalgaban a uno y otro lado de su montura. El grupo subía por un sendero tan empinado que los broncos trompicaban con frecuencia.

Las ropas de Pete estaban completamente mojadas. Aquello quería decir que habían cruzado el río Bonanza.

El sheriff iba atado con la cabeza hacia abajo, en cuya posición debía llevar mucho tiempo, pues el pulso de su cuello protestaba ya violentamente.

Pete descubrió que podía deslizarse hacia atrás un poco y enganchar una bota en la silla. Llevaba ambas piernas atadas, imposibilitándole de esparrancarse sobre el mesteño, pero podía apoyar un pie en el estribo.

AL fin consiguió levantar la aplomada cabeza un momento:

-¡Patrón! ¿Te encuentras bien? -Era Hicks «Miserias» el que le hablaba. El nervioso comisario cabalgaba junto al sheriff. Llevaba las manos atadas al pomo del arzón con una tira de cuero crudo.

Pete Rice sonrió tristemente en la oscuridad. Estaba muy lejos de <encontrarse bien>, pero se apresuró a tranquilizar a su comisario.

-Voy bastante bien, «Miserias». Celebro comprobar que respiras todavía. ¿Y Teeny»?

-Teeny ha escapado lo mejor que podía esperar -intervino el corpulento comisario. Evidentemente, iba atado a la silla del caballo que remolcaba el de Pete.

-¡Recoyote! -exclamó < Miserias» , -hace tiempo que no nos veíamos en un apuro tan gordo, -añadió, bajando la voz-: Nos llevan a un sitio que llaman el «Nido del Águila». Aquel <gazapo> de González lo mencionó antes de que se le acabase el aceite. ¿Lo recuerdas, patrón?

Pete recordaba. El «Nido del Águila» era el refugio de los cuatreros. Unas cuantas horas antes, el sheriff habría dado cualquier cosa por saber dónde se encontraba. Entonces le llevaban a él como prisionero, indudablemente para asesinarle.

Se acordó de su madre y se preguntó si habría encontrado las monedas de oro que le había dejado en el reloj.

La muerte en sí misma no era nada terrible. Pete Rice había visto morir a muchos hombres.

Y él también se había preparado muchas veces para recibirla. Su profesión le tenía siempre junto a ella, pero la vida parecía ser mucho más intensa en aquellas circunstancias.

No, no le temía a la muerte. Pero se le atravesó un nudo en la garganta al pensar en la viejecita de blancos cabellos que recibiría la noticia en una humilde casita, en las afueras de la Quebrada.

Pareció que Teeny Butler, atado sobre el caballo que iba detrás, adivinó sus pensamientos.

-Tenemos malos naipes en la mano, patrón -dijo el gigantesco comisario-. Pero el juego no ha terminado todavía.

Ningún juego termina hasta que se ha echado la última baza -replicó Pete.

Sus comisarios eran ases... buenos hombres para vivir con ellos y, si fuese necesario, buenos hombres para morir en su compañía.

Allá arriba, sobre la cumbre rocosa, Pete pudo ver el resplandor de la hoguera de un campamento. Salió una llamada de los riscos.

El jinete que iba en cabeza contestó en español.

Alguien encendió un fósforo y, a su llama, vio el sheriff que Soapy Briggs el ranchero de Fiddleback, cabalgaba un poco más adelante.

Soapy no iba atado. Pero sus pistoleras estaban vacías Ambos hechos tenían un significado especial para Pete Rice.

El no ir atado significaba que -como Pete sospechó- el peón había estado de acuerdo con los malhechores.

Pero, ¿por qué estaban vacías sus pistoleras? ¿Creían los cuatreros que Soapy había estado jugando con dos barajas?

Un sentimiento de repulsión invadió a Pete Rice. El habría preferido ser un criminal declarado, presto a jugarse la vida si fuese necesario, que un doble traidor como Soapy Briggs. Briggs había estado ganando su pan en la hacienda de Cuthbert, y ayudando al mismo tiempo a robar el ganado de Fiddleback.

Era más infame que un cuatrero o un coyote.

Pero Pete dejó de pensar en Soapy Briggs al ver que la cabalgata llegaba ya a la guarida de los bandidos. Los cuatreros desmontaron y desataron a los prisioneros de las sillas.

Ya no había probabilidad de escapar; parecía hasta ridículo tal pensamiento.

Las muñecas de los prisioneros fueron atadas con tiras de cuero. Se les introdujo en el círculo de luz de la hoguera.

Tres hombres astrosos, armados de pistolas, les ordenaron brutalmente que se sentasen y permaneciesen quietos.

Pete se alegró de poder estirar las entumecidas piernas. Llenó sus pulmones con el aire puro de la montaña.

El vigor volvía rápidamente a su cuerpo. Sentía ya recuperar la elasticidad de sus rodillas y la fuerza de sus brazos.

Allá a lo lejos, hacia el Sur, se veía el resplandor de las luces de Buffalo Ford. Unas millas más allá estaba la Quebrada del Buitre.

¿La volvería a ver? ¿Se sentaría otra vez tras la desvencijada mesa de pino de su despacho, oyendo la interminable charla de «Miserias», mientras afeitaba a algún parroquiano, sugiriéndole algún remedio para el reumatismo o los resfriados?

Tenía aún la cabeza muy pesada, y el calor de la hoguera le incitaba al sueño. No hizo ningún esfuerzo por mantenerse despierto.

Ya le despertarían antes de matarle. Los bandidos no dejarían de añadir la crueldad mental a la física. Eran sus procedimientos.

Pete bostezó. Había que resignarse. No es posible ganar todas las partidas en que se interviene.

Le pesaban los párpados como plomo. Cayó en una especie de sopor agitado.

Le parecía estar de regreso en la Quebrada del Buitre. «Miserias» daba vueltas por su establecimiento.

-Conozco un hombre -decía el pequeño comisario-, que tenía una miseria en la espalda. Tomó esta medicina, y ahora se encuentra como si tal cosa -y Teeny Butler entró en el salón, cogió la botella del «Bay Rum» y se sirvió un vaso entero de whisky- pero Teeny no tuvo ocasión de echarse al gaznate aquella desmesurada ración.

Un par de callosas manos sacudieron a Pete Rice despertándole.-¡Eh, abre los ojos! -le ordenaba en español uno de los bandidos-. ¡Pronto disfrutarás del sueño eterno, y no necesitas dormir ahora!

Pete abrió los ojos. Su visión de la Quebrada del Buitre se desvaneció. Los leños de la hoguera chisporroteaban ante él. junto al fuego le sonreía un hombre gigantesco... un americano.

Tenía los brazos cruzados sobre el abombado pecho, mostrando unos antebrazos potentes como los de un oso...

Pete se maravilló de la fuerza que revelaba aquellas espaldas macizas, estallantes de músculos. El cuello del individuo parecía capaz de resistir el topetazo de un toro.

El sheriff de la Quebrada estaba contemplando los ojos más malignos que había visto jamás.

La impresión de maldad les venía de la infernal inteligencia que parecía asomarse a ellos. En otros tiempos aquel rostro debió ser hermoso.

Entonces la boca se torcía en gesto repulsivo a causa de una cicatriz que cruzaba sus comisuras.

Pete comprendió que aquel debía ser Leach «Boca-torcida».

El atlético cuatrero miraba tranquilamente al atado sheriff.

-¿De modo que tú eres Pete Rice? -dijo-. Pistol Pete Rice, como te llaman... sólo que ahora sin pistola.

La voz era sorprendentemente suave, y su acento cultivado. Pete se imaginó aquel criminal condenando a los hombres a morir en un tono casi tan dulce como el de una madre que canturrea a su hijo.

No había duda de que aquel individuo era peligroso y siniestro hasta la monstruosidad.

-Yo soy, en efecto, Pete Rice -contestó el sheriff.

La torcida boca de Leach se torció aún más intentando sonreír.

-Ya hace tiempo que intentaba echaros el lazo, a ti y a tus hombres. No tengo nada personal contra ti, Rice; pero los negocios no tienen entrañas. Eres un hombre, Pete. El único en el mundo a quien yo pudiera temer... si estuvieses libre... cosa que no es probable. He tratado de tomarte por modelo, en cierto modo. Me propuse actuar fuera de la ley como tú actúas dentro de ella.

Pete estudió el rostro maligno.

-Te he visto por los alrededores de la Quebrada, Leach -le dijo-. Entonces te portabas bien, y no tuve motivos para interrogarte.

Leach sonrió con cierta amargura.

-Sí, mi rostro no es de los que se olvidan fácilmente.

-Eras un forastero -continuó diciendo Pete-, y yo busqué en mis boletines para ver si estabas entre los reclamados. Pero no figurabas en la lista. Frecuentabas el «Descanso del Vaquero», mas no recuerdo haberte visto nunca borracho.

Leach «Boca-torcida» movió la cabeza.

-No estoy en la lista porque sé guardarme muy bien. Y nunca me cogiste borracho porque no bebo licores fuertes. Eso es todo.

El bandido de la voz suave miró a Teeny y a «Miserias».

-Tienes una buena pareja para guardarte las espaldas.A ese individuo fuerte le vi una vez en una lucha callejera. Es pesadote, pero se mueve como una veleta.

-Yo también recuerdo -intervino «Miserias-, que te hice una vez un corte de pelo.

De nuevo acentuó una sonrisa el gesto espantoso de «Boca-torcida».

-La mayor parte de la gente me recuerda... en cuanto me ha visto una vez -murmuró.

Pete tuvo la sospecha de que la maldad de Leach arrancaba del día en que un cuchillo desfiguró su rostro para siempre. El bandido siguió hablando con dulzura, casi amistosamente.

Pero Pete Rice estaba muy lejos de abrigar esperanzas. El cuatrero se daba cuenta de que, mientras su 45 pudiese hablar alto y rotundo, no había necesidad de levantar la voz.

Era tan peligroso como una culebra que oculta los colmillos. Y Pete Rice no tardó en tener una muestra de cómo actuaba el bondadoso bandido.

Leach se volvió hacia Soapy Briggs, que se estaba vendando su herida al resplandor de la hoguera.

-Supongo que querrás la recompensa que mereces, Briggs -le dijo con dulzura.

Soapy Briggs levantó la cabeza. No adivinó la crueldad que se ocultaba bajo aquellas amables palabras.

-Creo, en efecto, que he trabajado bien por la banda -contestó-. Te traje a estas sabandijas a tus propias manos. Ahora sólo espero recibir el dinero y cruzaré la frontera para pasar allí una temporada.

-Muy bien pensado -convino Leach «Boca-torcida»-. Tendrás en seguida tu recompensa... y cruzarás la frontera.

El bandido dirigió una significativa mirada a Pete Rice y sus comisarios.

Pete Rice se estremeció. El ranchero era demasiado torpe para comprender lo que le habían querido decir.

Iba a cruzar la frontera... pero no la que separa los Estados Unidos de Méjico. El bondadoso Leach «Boca-torcida» acababa de pronunciar su sentencia de muerte.

Habría tortura. Leach era lo suficientemente perspicaz para comprender que Briggs había intentado un doble juego antes de que los cuatreros iniciasen su ataque.

CAPÍTULO X
LA RECOMPENSA DE SOAPY BRIGGS

Leach continuó hablando con Soapy Briggs. Disfrutaba en el juego cruel de insinuar las más halagadoras promesas al torpe vaquero. Pete Rice escuchaba tendido de costado, fingiendo dar descanso a su fatigado cuerpo.

Pero lo que realmente hacía era mirar a su alrededor en busca del menor detalle que le permitiese intentar la fuga.

La situación parecía absolutamente desesperada. La abrupta loma se extendía otros cien pies más allá de la hoguera. Después se interrumpía bruscamente para formar un precipicio de lo menos mil pies de altura.

Hacia el Oeste la montaña iba descendiendo hasta un valle; pero antes la línea de los riscos formaba otro despeñadero sobre la llanura de Buffalo Ford.

La mirada del sheriff se posó en el sitio donde estaban apiladas las sillas junto a un macizo de rocas. En cada silla había atado un lazo.

Con un lazo y libre de sus ligaduras, Pistol Pete Rice no dudaría en poner en práctica el audaz intento de descolgarse de roca en roca, con sus comisarios, hasta llegar a la base de aquellos riscos.

Pero tenía las manos atadas a la espalda tan seguramente como si fuesen brazaletes de acero los que sujetaban sus muñecas.

Un grito de Leach en español interrumpió sus pensamientos de fuga. Cinco mestizos se aproximaron a la hoguera en contestación a aquel grito. Aquello, por lo visto, había sido ensayado previamente.

Cada uno de los cinco hombres empuñaba una reluciente hoja en su mano.

Se sentaron en semicírculo, probando las navajas sobre sus botas.

-¿Se trata de un pequeño juego de asesinato? -preguntó Pete a Leach. El tono de su voz era frío y despectivo.

Si había que morir, no le verían la blanca pluma del miedo. Ni a Teeny ni a «Miserias» tampoco.

-Oh, esto no va con vosotros -contestó Leach, indiferente-. Realmente os admiro muchísimo. Pero la admiración nada tiene que ver con nuestras relaciones, ¿no es cierto? Estamos en lados opuestos de la cerca. Vosotros me mataríais si pudieseis y mi deber es corresponderos. Pero tendré que esperar un rato.

-Tú no eres la mano grande en este asunto -dijo Pete-. Tú obedeces órdenes.

-Es cierto -confesó Leach-. Uno de mis hombres se encuentra ahora en camino hacia el jefe. Pero me figuro, Rice, que mi jefe os respeta a los tres demasiado para dejaros vivir.

-Es una bonita lisonja -replicó Pete, secamente-. Dando por supuesto que tu jefe se encuentre en Buffalo Ford o en los alrededores, ¿podemos contar con continuar viviendo otras doce horas o así?

-Creo que tendréis que aguardar algo más de doce horas, Rice -contestó Leach, con tanta naturalidad como si hablase del tiempo y no de un asesinato-

probablemente las manecillas del reloj darán dos vueltas antes de que podamos decidir vuestra suerte. Lo más seguro es que el jefe ordene que vuestros cuerpos queden en la montaña. Será una buena advertencia para otros puritanos de la ley.

El impetuoso «Miserias» dejó escapar un grito de rabia.

-¡Miserable coyote! ¡Sí tuviese libres las manos, yo me encargaría de enderezarte la boca! ¿A que no te atreves a soltarme?

Leach mostró su horrible mueca otra vez.

-No debes perder la cabeza, hijito -le reprochó bondadosamente-. ¡Pete Rice, es necesario que le enseñes mejores modales!

Fue Teeny Butler el que entonces no pudo contenerse.

-¡Sí, tú los tienes muy finos! ¡Mucha manteca y poco nervio! Si eres lo que presumes, voy a hacerte una proposición. Desátame. Te dejaré tu cuchillo y yo me defenderé con los puños. Estoy seguro de que no serán entonces palabritas amables las que salgan de tu cochina boca.

Leach «Boca-torcida» miró al corpulento comisario fríamente. Durante medio segundo Pete Rice sonrió esperanzado.

Teeny Butler no era tan caliente de cascos como el pequeño Hicks «Miserias». Teeny quizá hubiera sugerido lo de la lucha como un medio de salvación.

Pero Leach rió gentilmente.

-¡No! No acepto tu amable proposición. Nunca he torturado a trescientas libras de hombre. Y debe ser interesante... casi una novedad.

Se volvió hacia los mestizos, sentados en semicírculo:

-¿Estáis preparados para hacer pasar a Briggs la frontera, muchachos? -les preguntó en español.

El rostro de Soapy Briggs mostró una palidez fantasmal al resplandor de la hoguera. Su embotado cerebro comprendió al fin de lo que se trataba.

Se puso en pie de un salto y se echó a temblar.

-¿Qué es lo que os proponéis? -dijo-. ¿Verdad que estáis bromeando?

-Sí, querido, se trata solamente de una broma -le contestó Leach, en su tono más suave-. Me parece recordar, Briggs, que disparaste en nuestra dirección cuando guiabas a estos apreciables representantes de la ley hacia nosotros. Algo te dijo Pete Rice -quizá una proposición-, que te hizo cambiar de modo de pensar en el último momento. Disponte a morir como un hombre y no como un cerdo chillón, Briggs. Después de todo, es muy sencillo.

Soapy Briggs intentó huir. Brillaba la desesperación en sus torpes ojos.

Encontró cortado el camino que daba al sendero. Volvió hacia Leach.

-¡Déjame marchar, patrón! -le suplicó-. ¡Dame un caballo y desapareceré en la frontera! No quiero dinero. ¡No quiero más que la vida!

-¿Nada más? -preguntó Leach, burlón.

-¡Piedad! Os hice aquel disparo para fingir mejor. ¿Verdad que tú me crees patrón?

-Claro que te creo. Comprendí lo que te propusiste desde un principio -Leach se volvió hacia sus hombres-. Mejor será que os deis prisa antes de que se nos desmaye. -se nos estropearía la broma.

Los cinco mestizos se pusieron en pie. Avanzaron con enloquecedora lentitud. Iban a ayudar a Soapy Briggs a atravesar la frontera.

La determinación brillaba en sus ojos.

Bailaba en el rostro de Leach una sonrisa cruel. Pete Rice presintió que Briggs no iba a morir rápidamente.

-¡No podéis hacer eso, Leach! -rugió-. ¿No nos habéis capturado? ¿Qué más queréis?

Un alma tan vengativa hubiera disfrutado con el cruel castigo de Soapy Briggs, doble traidor y cobarde.

Pero Pete Rice se rebelaba ante la sola idea de la brutalidad. Era un fanático de la causa del derecho y la ley.

Según su código, había que dar a todo hombre la ocasión de defenderse en proceso o en lucha.

Leach rió y animó a los mestizos a que empezasen su bestial tarea. La futura víctima apretó los puños en sobrehumana desesperación y huyó enloquecido del círculo de luz de la hoguera.

Trepó como ciego hasta el borde del precipicio. Vio el peligro a tiempo y corrió hacia la masa de rocas de la izquierda.

Los mestizos se lanzaron tras él. Uno le arrojó su cuchillo con terrible fuerza. Briggs se agachó. El cuchillo fue a dar en un peñasco.

Pete alargó un pie. Uno de los mestizos cayó al suelo de bruces. El otro trompicó, pero logró sostenerse.

Pete le dio un cabezazo en el estómago que le dejó sin sentido.

Los dos comisarios entraron también en acción, a pesar de encontrarse atados. Hicks «Miserias» se apoyó en sus paletillas, agitando las piernas, sacudió una patada en la mandíbula a uno de los asesinos en el preciso momento de ir a arrojar su cuchillo a Briggs. Teeny echó la zancadilla a un cuarto mestizo. Pero la lucha era demasiado desigual. El quinto asesino corrió tras Soapy Briggs, y no tardaron en reunírsele dos de los hombres derribados.

Pete se puso en pie para tratar de detener al tercero de los que habían rodado por el suelo. Pero el mestizo se revolvió y descargó un terrible puñetazo sobre la mandíbula del maniatado sheriff.

El bandido era hombre corpulento, y Pete se había lanzado a toda marcha sobre él. El choque fue espantoso. Pete se desplomó de cabeza. Chocó su rostro contra el suelo. Vio las

estrellas, y tragó una bocanada de polvo. Su lengua notó un sabor metálico. Brillaron de alegría sus ojos.

Rápidamente, sin que nadie le viese, cogió con la boca... algo que hizo renacer su esperanza. Se puso en pie.

-Eso es lo que se llama morder el polvo -comentó Leach «Boca-torcida»-. Habrás visto, Rice, que estos mestizos son lo suficientemente fuertes para torturarte si el jefe ordena que te matemos. ¡Mira a Briggs ahora!

Soapy Bríggs estaba acorralado. Le rodeaban los mestizos como perros a un ciervo. Uno le había lanzado ya su cuchillo.

El arma se le había hundido en la paletilla derecha. Sólo asomaba el puño.

Sin embargo, había todavía mucha vida en el cuerpo de Briggs. Se acercó tambaleando al borde del precipicio.

Se le doblaron las rodillas. De pronto, desapareció. Soapy Briggs había recibido su «recompensa». Cruzó la «frontera».

CAPÍTULO XI
BATIR DE CASCOS

Reinó el silencio en la guarida de los bandidos... en el «Nido del Águila», como le llamaban, aunque en aquel momento ni aun las aves de presa se atrevían a acercarse allí.

Al horror de Pete Rice sucedió una rabia fría. Briggs, al menos, había muerto sin grandes torturas.

Si no hubiese saltado al precipicio para ir a estrellarse en las rocas de abajo, los mestizos le habrían esculpido las carnes con destreza infernal.

«Miserias» apostrofó e insultó hasta que Pete le tocó con el pie, indicándole que se reportase.

Leach no se habría atrevido a matar al pequeño comisario sin una orden de su jefe, pero disponía de medios para hacerle pasar un mal rato sin necesidad de terminar con su vida.

Pete sabía que Teeny, más aplomado, estaría hirviendo de ira, pero ésta no acostumbraba a escapársele por la boca.

-¿Qué te ha parecido el espectáculo? -preguntó Leach, rezumando crueldad. ¡Lástima que haya resultado demasiado corto!

Pete Rice no contestó.

-No podrás decir que le hemos matado. Se mató él solo -continuó el bandido.

De los labios de Pete Rice continuó sin salir la menor protesta. Representaba el papel de un hombre que ha caído en mutismo sombrío. Leach <Boca-torcida> se encogió de hombros.

-¿De manera que no te agradó el espectáculo? ¡Bien! De gustos no hay nada escrito.

El cruel lugarteniente se acercó a la hoguera y lió un cigarrillo. Continuó así algún tiempo, fumando y contemplando las llamas.

Algunos cuatreros empezaron a extender sus mantas para pasar la noche.

Eligieron la parte Sur, donde el macizo de rocas les resguardaba del viento Norte. Unos cuantos se pusieron a jugar a las cartas a la luz de una linterna.

Los tres representantes de la ley fueron obligados a tenderse al pie de los peñascos. Pero tenían atadas las muñecas y los tobillos, y les sujetaron además, a unas estacas clavadas en tierra para evitar que se moviesen de aquel sitio. «Boca-torcida» no quería exponerse a ninguna contingencia.

Habían demostrado que eran peligrosos aún teniendo las manos atadas.

Pete Rice tenía una razón especial para desear que Leach lo dejase solo y fingió dormirse en seguida. Pero el amable bandido tenía, al parecer, ganas de conversación.

-¡Oye, Pete! -le gritó-. ¿Quieres que charlemos un poco? Te haré traer cerca de la hoguera, si sacudes ese malhumor.

La contestación del sheriff fue un gruñido.

-Vamos, vamos, Rice -le apremió el malhechor-. No te portas como debes. Nada se adelanta con preocuparte. Siempre te he imaginado como un hombre fuerte. Si te das a razones, quizá te suelte una mano y podrás fumar unos pitillos.

-¡Anímate, patrón! -musitó Hicks «Miserias» a Pete-. Quizá se te presente ocasión de hacer algo.

Pero Pistol Pete ni siquiera contestó. Tenía un plan. Deseaba hablar con sus comisarios, pero no se atrevía a hacerlo en aquel momento.

Sería mejor esperar a que Leach «Boca-torcida» se acostase. Dejaría seguramente un centinela.

Pero sería alguien menos alerta que el corpulento americano. Pete fingió caer profundamente dormido.

Habría pasado una hora, posiblemente más, cuando el fino oído de Pete, aplicado a tierra, percibió un ruido que apresuró los latidos de su corazón.

¡Cascos de caballo!

Alguien galopaba por la senda. Podría ser el jefe de los cuatreros. Podría ser el hombre enviado en su busca... con un mensaje de muerte.

Pete escuchó con ansiedad. Eran tres caballos. Posiblemente el mismo «jefe» en persona vendría a lomos de uno de los animales.

Habría considerado lo suficientemente importante la captura de Pete y sus famosos comisarios para tomarse la molestia de venir él mismo al «Nido del Águila».

Desde la oscuridad de su rincón, Pete vio cómo Leach «Boca-torcida» se ponía en pie dentro del círculo de luz de la hoguera

Leach oteó la senda. Después avanzó en dirección de donde venía el batir de cascos.

-¡Hallo, los del campamento! -gritó una voz en las tinieblas.

-¿Eres tú, Porky? -contestó Leach-. Habéis tardado mucho. ¿Hicisteis buena faena?

Pete Rice redobló su atención. Era indudable que el hombre llamado Porky no era el «gran jefe» tan esperado. El nombre no parecía ser muy apropiado para un personaje de tanta importancia.

Ese Porky venía acompañado de otros hombres, entre los que pro- bablemente no se encontraba el mensajero.

-¡Ya lo creo! -contestó la voz de Porky, en la oscuridad-. Soltamos al coyote entre un rebaño. También dejamos «arreglado» un buen lote de reses.

Se destacaban en la oscuridad las formas de los tres jinetes. Estos desmontaron. Desensillaron sus caballos, apilaron en el suelo las monturas y se dispusieron a extender las mantas para pasar la noche.

Porky aceptó un fósforo de manos de Leach para encender su cigarrillo.

-Es un verdadero destrozo el que estamos haciendo en el ganado -comentó entre bocanadas de humo- y la lástima es que sin beneficio para nadie.

-El jefe sabe bien lo que hace -dijo Leach, con acritud-. Desde aquí le hemos enviado buenas noticias. ¿A quiénes crees que hemos capturado? -el bandido se apresuró a contestar a su propia pregunta-. ¡A Pistol Pete Rice, sheriff de la Quebrada del Buitre y a sus dos comisarios!

Porky emitió un agudo silbido de sorpresa.

-Pues de esta hecha nos hacemos los amos -comentó.

-Así lo espero -convino Leach. Las palabras fueron convirtiéndose en un murmullo a medida que los dos hombres se acercaban a la hoguera.

El cerebro de Pete Rice funcionaba a toda velocidad. Por lo que había oído, la guerra en las praderas estaba en su período más devastador.

Y evidentemente no se limitaban a robar el ganado, sino que lo degollaban en inútil carnicería.

¿Por qué? Pete Rice no cesaba de hacerse esta pregunta. Recordó las palabras de Porky: «Es un verdadero destrozo el que estamos haciendo en el ganado».

Y la airada respuesta de Leach: «El jefe sabe bien lo que se hace».

Entonces, más que nunca, Pete se sintió seguro de que el robo de los animales sólo era un pretexto. Se ocultaba tras él algo más importante que un delito de cuatrería... algo que se relacionaba con la antigua línea S. P., como insinuó el moribundo Rimrock. Los verdaderos cuatreros no degüellan el ganado; le reúnen en rebaños para venderle después. Por lo tanto, el gran jefe que tiraba de los hilos de aquella trama no era un verdadero cuatrero; la cuatrería era solamente el eslabón que debía conducirle a empresas más elevadas.

¿Pero cuál sería aquella empresa?

Otra de las cosas que había oído preocupaba también a Pete Rice. ¿Qué significaría aquello del coyote?

El aparentemente dormido -pero en realidad muy despierto sheriff de la Quebrada procuró no perder detalle de lo que ocurría junto a la hoguera.

«Miserias» estaba durmiendo. Teeny Butler hacía todavía más: roncaba musicalmente.

Los nervios de Teeny eran tan buenos como los de Pete Rice. El corpulento comisario no prescindió de su sueño, aunque sabía que iba a morir a la mañana siguiente.

Y no hubiera dejado de beber también su Bourbon whisky, si le hubiese tenido a mano.

Hasta que Leach «Boca-torcida» y Porky se decidieron a tumbarse sobre sus mantas, dejando a un mestizo de guardia, Pistol Pete Rice no reveló que no había estado guardando silencio en balde.

Apoyó la punta de la bota contra el costado de «Miserias» y apretó ligeramente. Quería despertar al pequeño comisario, pero evitando que hablase.

«Miserias» abrió los ojos... y se quedó asombrado. A la luz de la luna brillaba una delgada hoja de acero firmemente cogida entre los dientes de Pete.

Pete no había hablado hasta entonces por temor de descubrir que ocultaba aquello en su boca. La hoja era un trozo del primer cuchillo arrojado contra Briggs, que fue a quebrarse contra la roca.

Pete le encontró cuando el cuatrero le hizo «morder el polvo» con aquel terrible puñetazo a la mandíbula.

«Miserias» no habló. Sabía ya lo que se esperaba de él. Tendiéndose de costado, alargó las atadas muñecas hacia su patrón.

Pete apretó firmemente el trozo de acero entre sus dientes. El borde de la hoja le cortaba la lengua. Un trozo retorcido le rozaba el paladar.

Pero Pete sabía resistir mayores dolores cuando era necesario. Había allí una probabilidad de salvación, ¡la única!, y se disponía a aprovecharla.

La tarea no iba a ser fácil. Pete se arrastró con la hoja entre los dientes y aplicó el filo a las ligaduras de su comisario.

Una buena cualidad tenían aquellos cuatreros: conservaban sus cuchillos bien afilados. El trozo de acero tenía el corte de una navaja de afeitar.

Cuando terminó el trabajo, le corría a Pete el sudor por la cara, segándole los ojos. Pero libres ya las manos de «Miserias» lo que quedaba por hacer no sería tan dificultoso.

Pete se apartó del lado de «Miserias» por precaución y levantó la cabeza.

Leach había ordenado al centinela que vigilase la senda por si alguien intentaba aproximarse al «Nido del Águila», al amparo de las malezas.

Había la posibilidad de que algunos hombres enviados por el sheriff Warren siguiesen las huellas del trío de la Quebrada.

Pero el bandido creía lógicamente que no había la menor probabilidad de que los cautivos escapasen. Después de todo, estaban atados de pies y manos.

Ya con las manos libres, «Miserias» cortó las ligaduras del sheriff, y después las de Teeny. Lo que tenían que hacer no ofrecía ya dudas.

Pete lo tenía decidido mucho antes de encontrar los medios de librarse.

Intentar apoderarse del centinela y de los caballos equivaldría a un suicidio.

Un grito del mestizo, y las pistolas comenzarían a ladrar en el «Nido del Águila».

Huir dando el peligroso salto sobre el muro imponente de riscos, era otro medio de suicidarse.

Las sillas de los bandidos estaban apiladas junto a las rocas, no lejos del sitio donde se encontraban los cautivos.

El sheriff empezó rápidamente a desatar los lazos que pendían de los cuernos de las sillas. Sus comisarios le imitaron.

Unos minutos más tarde tenían cada uno varias cuerdas al brazo y los tres se asomaban al borde del precipicio, calculando sus posibilidades.

La traidora pendiente distaba mucho de invitar a un descenso. Unos veinte o treinta pies más abajo sobresalía un poco una arista rocosa.

Pete no perdió el tiempo. Anudó el lazo de la cuerda para evitar que se escurriese y lo enganchó en el saliente de granito.

Hizo una seña a «Miserias» y el pequeño comisario dejó deslizar rápidamente la cuerda por el borde del precipicio y se descolgó por ella.

Teeny Butler le siguió.

Antes de desaparecer descolgándose por el precipicio, Pete Rice oteó el sendero desde lo alto. No había nadie a la vista, pero el ruido de unos pies indicó que el centinela se volvía.

Si el trío era descubierto, el bandido podía precipitarles desde el muro de rocas con la misma facilidad que un ranchero arroja una lata de conservas.

El sheriff indicó a sus comisarios que se asegurasen con pies y manos en los salientes y se ocultó bajo el borde del precipicio. Después dio una ligera sacudida a la cuerda y desprendió el lazo que pendía de la cornisa.

Dejar aquella cuerda hubiera sido lo mismo que desafiar a la muerte.

El siguiente acto de Pete fue anudar todos los lazos, extremo con extremo, excepto uno. Este se lo colgó Pete de los hombros.

Por debajo del borde rocoso había muchos salientes de los que podía suspenderse una cuerda. Pete aseguró a uno de ellos su largo rosario de lazos.

El extremo no llegaba a la base de los riscos, pero sí a unas rocas donde podían asentar el pie. Una vez allí, podrían franquear el resto de la altura sin necesidad de las cuerdas.

-Adelante, «Miserias» - musitó Pete.

El barberillo no sentía entonces el menor deseo de hablar. Ni siquiera hizo un gesto. Se deslizó por la cuerda y llegó al saliente de rocas.

Teeny Butler le siguió, descolgándose con una agilidad impropia de sus trescientas libras. Pete Rice inició a su vez el descenso.

Los próximos segundos iban a decidir de su vida o su muerte.

Estaba Pete a medio camino cuando sonó un grito salvaje en el «Nido del Águila». Fue un grito en español.

El centinela mestizo lo había descubierto todo. El rostro de Pete se entenebreció mientras continuaba el descenso. Habría tiros, naturalmente.

Los bandidos podrían no adivinar el punto exacto de las rocas elegido por los representantes de la ley. En ese caso, tendría una probabilidad de salvación.

Los comisarios trataban entonces de franquear la parte más pendiente del muro natural, agarrándose a los bordes de las hendiduras.

Podrían considerarse casi a salvo. El sheriff se ató a la cintura el lazo que pendía de sus hombros y le dejó colgar entre sus comisarios.

-Si resbaláis -les dijo en voz baja-, agarraos a la cuerda. Yo haré lo posible por sosteneros.

Reanudaba el descenso por la resbaladiza pared cuando empezaron a rugir los 45 en el «Nido del Águila». Una bala silbó junto a Pete, arrancando una lasca de granito.

CAPÍTULO XII
DESTRUCCIÓN

Otra bala estuvo a punto de hacer blanco en Pete Rice, lanzando una lluvia de pedacitos de roca por encima de su cabeza. Pero no era el dolor de las cortaduras lo que preocupaba al sheriff.

Lo que le preocupaba era si los bandidos podrían realmente verlos desde arriba, o se veían obligados a disparar a ciegas.

Sonó otra detonación en lo alto y Hicks «Miserias» ahogó un grito. Pete temió que el pequeño comisario estuviese herido.

La cuerda que colgaba de la cintura del sheriff se tensó de pronto. Pete se agarró a un saliente de la roca y buscó una hendidura donde meter el pie.

-No te preocupes -oyó que le decía «Miserias»-. No es más que un arañazo. Iba a apoyarme en un saliente cuando me rozó la bala. Perdí la cabeza y caí rodando.

Las pistolas continuaban tronando allá arriba. Pete levantó la cabeza. Rió entre dientes. A menos que les alcanzase una bala perdida, estaban salvados.

Las pistolas escupían llamaradas en todas direcciones. Aquello significaba que los cuatreros trataban de sembrar de plomo todo el precipicio.

¡Pero no les habían visto y se esforzaban inútilmente por localizarlos!

Se había ocultado la luna y Pete sólo podía ver las siluetas de los cuatreros a la luz de los fogonazos.

El sheriff rió otra vez. Se oían entonces las detonaciones al otro extremo del valle. El plomo barría la parte Sur y el sendero.

Disparaban completamente desorientados. Leach «Boca-torcida» hacía que sus rufianes cubriesen con su fuego todas las posibles salidas.

La granizada de plomo se trasladó al Oeste. Unos minutos más, y el trío de la Quebrada pisó las orillas del gran río Bonanza.

Corrieron rápidamente, en fila de a uno, hacia el Este. Antes de que los bandidos pudieran llegar al valle, se perderían los tres en los intrincados desfiladeros del otro lado del río.

Pete comprobó, sin embargo, que se encontraban todavía en la zona de peligro. Y carecían de armas.

Quedaban allá arriba hasta las preciadas boleadoras de Hicks «Miserias» y el látigo de Teeny Butler. Bastante habían hecho con poder escapar con sus vidas.

Pete llevaba su cuerda... esto era todo. ¡Pequeña defensa para un terreno probablemente vigilado por otros secuaces de Leach «Boca-torcida»!

No encontraron a nadie, sin embargo. Continuaron avanzando, corriendo unas veces y otras arrastrándose. Los tacones de sus botas no eran tan exageradamente altos como los de los vaqueros, ni estaban desacostumbrados a caminar.

Hasta Teeny Butler, a pesar de su corpulencia, podía recorrer largas distancias sin mostrar fatiga.

El sol asomaba por el Este cuando los tres representantes de la ley se detuvieron por primera vez. Hicieron alto en la cumbre de una colina. Se divisaban a lo lejos unos pequeños cuadriláteros.

Debían ser casas de rancheros. Pete Rice calculó dónde se encontraban.

Haría unas dos horas que habían cruzado el río Bonanza. Teeny Butler y Hicks «Miserias» se sentían tan alegres como si no hubiesen estado amenazados de muerte unas horas antes. Se habían enzarzado en una de sus eternas discusiones, en las cuales abundaban los insultos fraternales.

Teeny llamaba a «Miserias» «cañamón», y <Miserias> calificaba a Teeny de «gran búfalo», pero nunca llegaron a enfadarse.

Pete Rice interrumpió de pronto sus bromas.

-Sí queréis dejar ese floreo -les dijo-, podríamos ponernos de acuerdo para trazarnos un plan.

-Mi plan -contestó «Miserias»- es que vayamos ahora mismo a apoderarnos de Leach «Boca-torcida». Yo me comprometo a sacarle la miseria del cuerpo. El resto de mis días estaré exclusivamente dedicado a afeitar en seco a ese individuo. Voy hacerme fabricar otras bolas con dos pesos como balas de artillería. Cazaré a Leach como a un toro. Después ya veréis lo que haré. Le cortaré en pedacitos y los echaré a las hormigas. ¡Los lamentos de esa culebra sonarán como dulce música en mis oídos!

-Yo me encargaré con mi látigo de proporcionarte esos pedacitos -añadió Teeny-. ¡Va a ser algo divertido!

Pete sonrió, tolerante. Como consecuencia de los largos años pasados tras un sillón de barbero. Hicks «Miserias» siempre encontraba ocasión para enhebrar la charla.

Su tema favorito eran las horribles torturas, podríamos ponernos en camino hacia el rancho más Y, sin embargo, Pete sabía que «Miserias» era más suave que unas gachas, por dentro.

Y a Teeny le sucedía otro tanto. Los vaqueros borrachos encerrados en los calabozos de la Quebrada solían hablar maravillas de los dos comisarios.

-Comprendo vuestra sed de sangre -dijo Pete, riendo todavía-, pero si aplazáis un momento la ejecución de vuestras horribles torturas, podríamos ponernos en camino hacia el rancho más próximo. Necesitamos unos caballos para debajo y unas armas para nuestras pistoleras.

-Y comida para nuestros estómagos -añadió Teeny-. Tuve un sueño estupendo cuando estábamos prisioneros... Soñé que Wu Hu me regalaba un enorme pastel de gayuba. ¡Pero me desperté antes de que pudiera tirarle el primer bocado!

Teeny era un comilón de primera clase... tan de primera clase como comisario... y el pastel de gayuba, su medio favorito de disfrutar de la vida.

El Arizona Hotel era el establecimiento más importante en su clase de la Quebrada, y Wu Hu, su cocinero chino, un fanático de Teeny.

Teeny evitó una vez que los bandidos le robasen sus ahorros de toda la vida, y Wu Hu le demostraba frecuentemente su gratitud con obsequios culinarios.

-¡Siempre pensando en tragar! -comentó el barbero-comisario-. Si sigues así, te comerán las miserias antes de cumplir los treinta años.

Pete tuvo que intervenir una vez más para evitar una discusión.

-Hablemos en serio, muchachos -les dijo-. Mientras nos encaminamos al rancho más próximo, no dejéis de observar el ganado que vayamos encontrando.

-Sería capaz de comérmelo todo... incluso los cuernos -declaró el hambriento Teeny. Pero después se puso repentinamente serio-. ¿Oíste lo que aquel prójimo de Porky le decía a Leach anoche?

Pete afirmó con un gesto. Era precisamente en lo que estaba pensando.

Porky había informado a Leach que sus hombres habían «dejado arreglada» una buena partida de reses. Alguna mala faena se había hecho en los praderíos aquella noche... algo mucho peor que robar ganado.

¿Qué habría sido?

No habían recorrido muchas millas cuando Pete descubrió parte del misterio.

Fueron encontrando pequeños grupos de ganado. Salían de ellos lamentables mugidos; eran bueyes, vacas y terneros.

Otros animales estaban echados en tierra, sin pastar, aunque abundaba la hierba a su alrededor.

Pete Rice y Teeny Butler comprendieron en seguida.

-¡Cascos despalmados! -exclamó Teeny.

«Miserias» entendió sólo a medias.

-Si los cuatreros hicieron eso, ¿por qué no mataron a los animales y terminaron de una vez? -preguntó-. Se habrían ahorrado mucho trabajo.

-Sí -contestó Pete sombrío-, pero el trabajo no significa mucho para el hombre que se oculta tras todo esto. El matarlos hubiera sido ponerse en demasiada evidencia. Estos animales morirán de todos modos, pero no se sospechará la causa de su muerte.

-No podrán caminar sin sufrir grandes dolores y se dejarán morir de hambre y sed. Y el jefe que organizó la tragedia recogerá entonces su recompensa. Trata de arruinar a los rancheros, de arrojarles de estas tierras para apoderarse él de tan maravillosas praderas.

-¡Mirad aquel ternero! -dijo el pequeño comisario, señalando con la mano-. Parece como si tuviera la miseria.

Pete ya se había dado cuenta. El animal mugía de un modo extraño.

Manaba de su boca la sangre.

-¡Pobre animalito! -murmuró-. Le han partido la lengua.

El sheriff enrolló el lazo y lo lanzó al ternero. Después fue tirando de la cuerda hasta aproximarse al animal y le abrió la boca.

Le habían cortado brutalmente la lengua a partir del centro, imposibilitándole mamar. El torturado animalito estaba condenado a morir

de hambre.

-Si tuviera una pistola terminaría con tu agonía -dijo Pete, dejando marchar al ternero-. Y si tuviera a mi alcance al malvado que ha hecho esto...

Un gruñido que oyó a su espalda le hizo volverse rápidamente. Sus comisarios giraron al mismo tiempo.

Cada hombre se llevó instintivamente la mano al costado.

Pero comprobaron, una vez más, que tenían las pistoleras vacías.

Un coyote flaco y parduzco les hacía frente. Su piel parecía apolillada, tenía los ojos inyectados en sangre y la boca cubierta de baba.

Le temblaban las mandíbulas de aguzados colmillos, salía un gruñido sordo de su garganta y miraba a los tres hombres con todo su odio animal.

-¡Dios! -gritó «Miserias»-. ¡Un coyote hidrófobo!

El coyote es uno de los grandes cobardes de la Creación. No sale de su guarida durante el día, aunque le acose el hambre.

Rara vez se acerca a los hombres. Estos, por lo general, nada tienen que temer de él. Pero el animal que entonces tenían delante era diferente.

Hasta Pete Rice retrocedió unos pasos instintivamente.

No había duda de que se trataba de un coyote hidrófobo. Pete comprendió en aquel momento las palabras de Porky a Leach aquella noche.

Aquel era el coyote que «habían soltado» entre un rebaño.

El sheriff indicó a sus hombres que le siguiesen. Estaban en presencia del más temible azote de las praderas: una bestia salvaje atacada por la rabia, esa horrible enfermedad que enloquece a los perros y puede comunicarse a los seres humanos por una mordedura.

Pete sabía demasiado bien que un coyote hidrófobo, suelto entre el ganado podría causar destrozos por valor de muchos miles de dólares.

Cada una de sus dentelladas significaba un animal infectado... y en condiciones de infectar a los otros.

-Le han traído aquí para diezmar el ganado de estas praderas -observó Pete-. ¡No sé lo que daría por tener un 45 cargado!

-Si tuviéramos las «bolas» podríamos también... -empezó a decir «Miserias».

-¡Bastaría mi látigo para ajustarle las cuentas! -le interrumpió Teeny.

-¡Cuidado! -les gritó Pete-.- ¡Retroceder!- ¡No le perdáis de vista!

La furiosa bestia avanzaba hacia ellos casi arrastrándose sobre el vientre.

La locura le daba valor. Con uno de sus terribles saltos alcanzaría al sheriff .

Pete podría esquivar a la odiosa criatura una o dos veces. Pero un solo rasguño de aquellos aguzados colmillos significaba una muerte espantosa.

CAPÍTULO XIII
LAS MARCAS BORRADAS

Los comisarios estaban a unos seis pies detrás de su patrón. Se sentían casi hipnotizados por los ojos de la fiera.

Ante un bandido no habrían sentido el menor temor. Ni tampoco ante cualquier animal de los bosques o llanuras.

Teeny Butler, desarmado, no habría dudado en atenazarle con sus zarpas.

Pero Teeny se sentía entonces incapaz de hacer frente a aquel enemigo.

Sus fuerzas de Hércules eran una pobre defensa contra el veneno.

La bestia estaba ya muy próxima a Pete. Sus gruñidos iban aumentando en salvaje intensidad.

Dándose cuenta de que el coyote se lanzaría sobre él, si seguía retrocediendo, optó por pararse en seco.

Pero agitó el lazo de su cuerda y lo echó hacia atrás por encima de su cabeza. Al caer en tierra, Hicks «Miserias» se agachó para abrirlo.

-¡Quítate de ahí! -le ordenó Pete por encima del hombro-. Manteneos separados. ¡Es inútil que nos coja a todos si salta! ¡Id a refugiaros detrás de las reses! -los animales parecían atacados de pánico. Bramaban y mugían desesperadamente.

Por una vez, los comisarios de Pete Rice se resistieron a cumplir sus órdenes. Sabían que Pete se proponía arrojar el lazo si la bestia saltaba.

Si no la atinaba, ellos estarían allí para aplastarla a patadas.

Tenía algo de fantástica aquella aventura. Nunca se habían encontrado en otra parecida.

El ladrido de las pistolas y el silbar de las balas les dejaba fríos y serenos.

Pero aquella amenaza era algo siniestro y desacostumbrado que les ponía escalofríos en el espinazo.

La fiera se apoyó en sus cuartos traseros y se estiró. Salió de su garganta un pavoroso gruñido. ¡Y saltó como una flecha a la garganta de Pete Rice!

Pistol Pete se movió después de que la bestia hubo abandonado el suelo.

Lo hizo en el instante preciso, en un alarde de rapidez, de presencia de ánimo y de dominio de sus nervios.

Giró de costado. El lazo de su cuerda voló sobre la cabeza y fue a caer rodeando el cuello del enfurecido coyote.

La fiera se revolvió y Pete Rice retrocedió dando saltos de costado. Luego tiró enérgicamente de la cuerda y el lazo se cerró asfixiante sobre el cuello del coyote.

Un momento después, la vil criatura describía círculos en el aire, al otro extremo de la cuerda.

-¡Resopas! -gritó Hicks «Miserias»-. ¡El cochino va a saber lo que es el mareo!

De pronto, el sheriff dio un violento tirón a la cuerda.

Los gruñidos cesaron instantáneamente. Pete dejó entonces que el coyote cayese a tierra. La amenaza de sus terribles colmillos había pasado.

Teeny Butler se enjugó el sudor de la frente con una de sus callosas manos.

-¡Qué susto me he llevado, patrón! ¡Hubiera preferido que cazases muchos coyotes de dos patas en lugar de éste!

Era necesario llegar a algún rancho y traer algunos peones para inspeccionar el ganado. Los animales que hubiesen sido mordidos tenían que ser sacrificados.

Pete y sus comisarios dejaron al coyote en donde había caído, para que los rancheros no tuviesen dificultad en localizar el sitio.

Pete observó que parte del ganado llevaba la marca « H sobre C», pero la mayoría ostentaba el distintivo de las «Dos Flechas», perteneciente, según le parecía recordar, a la ganadería de un ranchero llamado Bart Evans, de quien Duval había dicho que fue un antiguo pistolero.

El trío estaba aún a unas cuantas millas del rancho más próximo, pero emprendió la marcha animosamente. Remontaron colinas, atravesaron desfiladeros, cruzaron arroyos.

Les corría el sudor por el cuerpo. Teeny Butler no tenía una pulgada seca en su piel.

Llegaron a un manantial y los tres hundieron sus rostros en el agua helada para beber. Teeny levantó al fin su cabezota chorreando líquido y lanzó un suspiro de satisfacción.

-¡Esta es la bebida más deliciosa que he probado en mi vida! -exclamó.

-¿Mejor que la que hay en aquella botella de «bay rum» ? -preguntó Pete.

-Oh, éste jamás renunciará a aquel veneno -predijo el barbero-comisario-. De día en día le noto más embrutecido a causa del aguardiente.

-¿Que entiendes tú de eso? -le desafió Teeny-. Ya sabes que yo nunca echo más que un trago de una vez. Moderación en todo... es mi lema. ¡Y en cuanto a renunciar al «bay rum», primero me dejo afeitar por ti!

A pesar de sus protestas, el corpulento comisario quedó pensativo; las palabras de «Miserias» parecían haber hecho alguna mella en su cerebro.

-Pete -preguntó-, ¿recuerdas haberme visto alguna vez borracho?

-Nunca -contestó Pete.

Y era cierto. Teeny Butler bebía a veces... se escanciaba vasos terribles... pero nunca se embriagaba.

Por otra parte, aquella pequeña debilidad jamás le había impedido cumplir sus deberes de comisario. Pero en aquel momento, y sin saber por qué, las palabras de «Miserias» le habían dejado pensativo. Pete lo advirtió.

-No te preocupes, compañero -le dijo el sheriff-. He conocido hombres que nunca bebieron, ni fumaron, ni mascaron, ni maldijeron, ni jugaron, ni bailaron... y, sin embargo nada útil hicieron en la vida. Sigue siendo como eres, Teeny; pero sin olvidar que moderación en todo es tu lema.

Una milla más allá, Pete Rice se detuvo y señaló hacia adelante. Salía una columna de humo de una quebrada.

-Puede ser que algún peregrino se esté guisando el desayuno -observó-.Pero es preciso asegurarse en este país de cuatreros.

-¡Qué bien nos vendrían ahora unos pedazos de tocino y una taza de café con bizcochos! -dijo Teeny, chasqueando la lengua.

-Quizá nos den balas para desayunar, si se trata de algún bandido -contestó Pete-. Es preciso andar con tiento, muchachos. Vosotros avanzaréis por cada lado de la quebrada. Yo daré un rodeo por el Sur. Cuando yo dé la señal del búho, nos reuniremos.

-Poned los sombreros en un palo y levantadlos por encima de las malezas. Si se trata de un hombre honrado, podrá sacar su pistola y ponerse en guardia, pero si es un malhechor... recordad que estamos desarmados.

-Verdaderamente -comentó Hicks < Miserias»-, un representante de la ley sin sus pistolas es como un maestro sin puntero, o como una muchacha de baile sin su borla de polvos. ¡Pero ojalá que ese desconocido nos plante camorra! Tengo ganas de agarrarme a los bigotes de alguno.

Los tres camaradas conferenciaron brevemente y se separaron. Pete dio un amplio rodeo hacia el Sur. Después retrocedió hasta el borde de la Quebrada.

Había por allí muchas malezas que le ocultaban. Los comisarios habían llegado ya a sus respectivos puestos. Pete observó atentamente al desconocido.

Era un mejicano, de robusto aspecto y de unos treinta años. Tenía atado un ternero junto a una hoguera, en la que se calentaban unos hierros.

Eran estos de los que se emplean para marcar reses y estaban ligeramente doblados en su extremo. Los ojos de Pete relampaguearon. Aquellos hierros iban a ser utilizados no para poner marcas, sino para «cambiarlas».

De haber habido alguna duda acerca del trabajo a que se dedicaba el desconocido, la hubiera disipado el pedazo de manta mojada que tenía en la mano. Con ese procedimiento la cicatriz de las ancas del ternero no sería tan fácilmente notada, descubriendo la falsificación.

La operación tenía por objeto el cambio de marcas. Esto podía servir de clave para descubrir los robos de ganado de Buffalo Ford.

Pete lanzó el graznido del búho. El cuatrero se revolvió alerta. Su mano sacó su 45 de la pistolera. Aquello convenía a Pete.

Utilizó el viejo truco de levantar su sombrero sobre las malezas en la punta de un palo. El peligro de ser alcanzado por una bala no era muy grande.

Estaba tumbado sobre su estómago y completamente oculto. No había que correr riesgos inútiles.

El cuatrero levantó su pistola.

-¡Sal de ahí! -gritó en español.

-Mejor será que tires al suelo tu cacharro -le contestó Pete, en el mismo idioma-. Desde donde estoy, ofreces un hermoso blanco.

Y lo hubiera ofrecido, en efecto, de no encontrarse Pete completamente desarmado.

El 45 del mejicano escupió unas llamaradas rojizas. Dos balazos perforaron el sombrero del sheriff, lanzándolo a considerable distancia.

De entre las malezas, al otro lado de la quebrada, surgió la voz de Hicks «Miserias».

-¡Manos arriba, cochino cuatrero! -le gritó-. Si no te entregas, te llenaré el cuerpo de tanto plomo, que tendrán que fundirte para meterte en la caja de pino.

El cuatrero, claramente espantado, giró en redondo y disparó hacia el sitio de donde había salido la voz. Su pistola vomitó fuego por tres veces.

De las malezas del otro lado un nuevo grito de guerra. Era Teeny Butler el que lo lanzaba.

El cuatrero envió otra bala en aquella dirección.

Pete Rice creyó llegado el momento de salir de su escondite.

Corrió hasta que el bandido estuvo al alcance de su cuerda. El lazo giró sobre su cabeza y salió disparado, para ir a caer sobre los hombros del cuatrero.

Pero el malhechor era rápido como el relámpago. Antes que Pete pudiera dar el tirón, se bajó el lazo hasta la cintura, libertó sus brazos, sacó un cuchillo de su faja y, agarrando frenéticamente el extremo de la cuerda, la cortó de un tajo mientras Pete se lanzaba sobre él.

Brilló en alto una hoja de acero. Pete retrocedió y descargó un terrible puñetazo sobre el rostro de su enemigo.

El bandido se tambaleó, tratando de levantar su cuchillo. Fue demasiado lento su movimiento. Pete Rice no tenía razón alguna para darle un respiro.

Le descargó un nuevo puñetazo en la mandíbula. El mejicano se desplomó de bruces.

El primer acto de Pete fue desabrochar la cartuchera del cuatrero y ceñírsela a su propia cintura. Cargó después el 45 y metió el arma en la pistolera.

Llevaba muchos años fiando su vida a las pistolas y se sentía medio desnudo cuando no le colgaba alguna de la cintura.

-Ahora ya me siento más sheriff -dijo a sus dos comisarios, que se apresuraron a salir de sus refugios en cuanto Pete derribó al cuatrero.

-¡Recoyote! -exclamó <Miserias>-. ¡Te has portado como si llevases veinte pistolas encima! -y añadió, mirando al mejicano-: Supongo que este individuo será también un candidato al calabozo. Se distraía borrando marcas.

-¿Cuál es la que estaba poniéndole a ese ternero? -preguntó Teeny.

Pete examinó cuidadosamente al atado animal. La marca original se componía de Dos Flechas, lo que demostraba que el ternero era propiedad de Bart Evans.

La marca falsificada era un Doble Diamante Barrado. Pete recordó que esa marca figuraba en los registros como perteneciente a Dan Woods.

Este individuo, junto con Bart Evans, era el que George Duval había calificado de antiguo pistolero.

-¡Menuda martingala! --exclamó Hicks «Miserias»-. ¿Es que los rancheros se revuelven ahora, unos contra otros? ¿No basta con tener una cuadrilla de bandidos en el país, sin necesidad de que los ganaderos luchen entre sí?

Pete no contestó. Libertó de sus ligaduras al ternero y las utilizó para atar al bandido. Después arrastró el cuerpo inmóvil hasta un grupo de chaparros.

El jefe de aquella banda de cuatreros debía ser un criminal avispado y lleno de recursos. Aquella era una muestra de su hábil trabajo.

De Bart Evans, el de la marca de las «Dos Flechas», y Dan Woods, el del «Doble Diamante Barrado», se sabía que eran amigos.

Ambos habían sido antiguos pistoleros. Sus ranchos estaban inmediatos. No era de presumir que ninguno de ellos tuviese motivos para cambiar las marcas de su vecino por las suyas.

Pete presintió que allí estaba el truco. El hombre que acababa de dejar fuera de combate no era criado de Dan Woods. Pete apostaría lo que se quisiera.

Se trataba de un malhechor al servicio del jefe de los cuatreros. Y lo que se proponía este jefe era lanzar a unos rancheros contra otros.

¿Quién sería aquel jefe? Pete Rice se propuso observarlos a todos, sospechar de todos, pero sin hablar a nadie del asunto.

CAPÍTULO XIV
LAS DOS "FLECHAS"

Lo principal era llegar al rancho más próximo. Pete conocía el país y creía que los edificios que había visto a lo lejos pertenecían a Bart Evans o a Dan Woods. Pero el propietario era lo de menos; es decir, fue lo de menos hasta que sonaron unos disparos junto a la casa del rancho a que se dirigían.

-Parece que nos reciben con salvas -dijo Pete a sus comisarios-. Pero para eso nos pagan; para cazar criminales. Y los criminales son más fáciles de cazar cuando meten ruido. Sigamos adelante.

Cogió el caballo del cuatrero desvanecido. Era un potro castaño, algo flaco, pero de fogosos ojos y capaz de desarrollar gran velocidad.

-Siento que tengáis que ir a pie, pero yo soy el único de los tres que estoy armado - agitó la mano en despedida, hizo arrancar al mesteño con un contacto de sus espuelas y desapareció en dirección al sitio, de donde habían partido los disparos.

No sabía lo que pasaba en el rancho, pero tenía razones para sospechar que aquello pudiera ser una nueva hazaña de los cuatreros.

Antes de la muerte de Rimrok Morley, causa de la presencia de Pete Rice en aquellas praderas, el misterioso jefe de los bandidos se había contentado, al parecer, con ir arruinando poco a poco a los rancheros, pero poniendo gran cuidado en disimular sus manejos criminales.

La presencia de los tres comisarios de la Quebrada le hacía mostrarse más al descubierto.

¿Quién podría ser aquel jefe?

Pete no cesaba de darle vueltas a aquel asunto mientras avanzaba a todo galope, Rimrock probablemente lo supo.

Pero Rimrock había muerto sin poder hablar. ¡La vieja línea S. P.! Esto era todo lo que Rimrock había podido decir.

¿Qué tendría que ver la antigua línea S. P. con el robo de ganado?

Pete se devanaba los sesos mientras corría. Rimrock había querido revelarle algo importante que había descubierto cerca de las líneas de la «Southern Pacific»

¿Viviría el jefe de los cuatreros por allí?

Quizás alguno de los habitantes de aquellas cercanías, conocido de Pete, pudiera ayudarle. Las memorias de algunos de aquellos viejos exploradores se remontaban a la época en que Arizona formaba parte del Estado mejicano de Sonora.

Había otros que se jactaban de haber trabajado en la construcción del ferrocarril «Suthern Pacific» que entonces llegaba hasta El Paso.

Pete se propuso realizar dos cosas lo más pronto posible. Una, tratar de averiguar la identidad del jefe de los cuatreros.

Pero aquello podría ser muy difícil. Si el lugarteniente era un hombre tan perspicaz como Leach «Boca-torcida», había que suponer que el patrón sería un hechicero, maestro en toda clase de artimañas y felonías.

La segunda cosa que tenía que hacer Pete era recorrer el distrito y examinar un mapa de la región. Había mapas que mostraban la perspectiva del país, levantados por Williamson en los días en que la diligencia de Butterfield llevaba el correo y los pasajeros, cuando los sanguinarios apaches Pimos y Maricopas corrían aún por las sendas.

La fecha de este viejo plano del proyectado ferrocarril quizá pudiera dar a Pete la clave de las misteriosas palabras del moribundo Rimrock Morley: « la antigua línea S. P.».

A medida que el sheriff se aproximaba al caserío del rancho iba haciéndose más vivo el tronar de los 45. ¿Cuál sería la razón de aquel tiroteo?

Pete tuvo que recorrer otra milla de accidentado terreno, cubierto de arbustos y malezas, para descubrirla.

Coronó una loma y tendió la mirada por el verde praderío que se extendía a sus pies. Continuaba el duelo de las pistolas en los alrededores del viejo caserío del rancho. Crepitaban las detonaciones más frecuentes cada vez.

Y, sin embargo, debajo de Pete, no muy lejos del pie de la loma, tres hombres en traje de vaquero reposaban tranquilos sobre sus cabalgaduras.

Dos de ellos fumaban plácidamente sendos cigarrillos. Todos estaban fuera del alcance de las balas... y no mostraban la menor intención de acortar la distancia.

Pete hizo galopar a su caballo loma abajo, y sólo le refrenó cuando se encontró junto a los tres vaqueros. Estos seguían atentamente el tiroteo y apenas se dieron cuenta de su presencia.

La penetrante mirada de Pete se hizo cargo de toda la escena.

Había un hombre agazapado a cada lado de la casa del rancho, resguardado por la veranda. Eran hombres viejos, de pelo blanco y espaldas encorvadas por los años.

Se disparaban tantas maldiciones como tiros, y se veía un arañazo sanguinolento en la mejilla de uno de ellos.

El primero apoyaba su 45 en el borde del piso de la veranda para disparar, después se agachaba para resguardarse y su enemigo le respondía a su vez con su Colt. La escena hubiera sido graciosa... de no llevar cada una de aquellas balas un mensaje de muerte.

Pete tocó en el hombro a uno de los abstraídos vaqueros.

-Oye, ¿por qué no tratáis de evitar que se acribillen esos viejos locos? -le preguntó.

El vaquero le miró fríamente.

-¡Porque yo soy un individuo que sólo me meto en mis propios asuntos! -le contestó-. Usted puede aprender algo viendo lo que yo hago y...

Una doble rociada de plomo apagó su última palabra. -¿Quieres decir que te propones presenciar cómo se asesinan? -preguntó Pete, secamente.

El vaquero le miró con fría calma.

-Llámelo usted como quiera -contestó-. Pero seria yo el asesinado si tratase de interponerme entre dos hombres como Bart Evans y Dan Woods. ¡Por mí que se los lleve el demonio!

¡Bart Evans y Dan Woods! Los grises ojos de Pete resplandecieron.

-La riña es por causa de unas marcas borradas, ¿no es cierto? -preguntó.

-¿Cómo lo sabe usted? - dijo el vaquero, asombrado, sintiendo repentino interés por Pete. Después clavó una mirada cargada de desconfianza en el sheriff-. ¡No se irá usted de aquí sin que nos explique cómo sabe eso de las marcas!

Pero sus amenazas no pusieron el menor terror en el camino de Pistol Pete Rice, que desmontó y corrió hacia la veranda.

-¡Basta ya de hacer humo, muchachos! -gritó.

Los viejos dejaron de disparar... más por su sorpresa que por otra cosa.

¡Da un paso más y te agujereo por el medio! -le gritó el ranchero de la derecha-. ¡Que nadie se mezcle en esto hasta que yo aplaste a ese cuatrero que creía mi amigo!

-¡O hasta que te aplaste yo a tí, miserable traidor! -le replicó el ranchero de la izquierda, levantando su 45 para disparar.

-¡Alto! -rugió Pete-. Sois un par de imbéciles. Ninguno de los dos sois cuatreros. ¡Yo lo sé! Os estáis engañando. Un jefe de miserables bandidos se propone lanzaros unos contra otros. Quiere que os matéis para apoderarse de vuestras tierras. Tengo las pruebas... si me

queréis escuchar un minuto. Acabo de sorprender a un individuo cambiando las «Dos Flechas» por un «Doble Diamante Barrado».

Los viejos agazapados a ambos lados de la veranda parecieron reflexionar unos momentos.

-¡Venid, venid aquí, muchachos! -les apremió Pete-. Buffalo Ford tendrá para reírse de vosotros durante cinco años. ¿No tenéis sesos suficientes para ver que alguien pretende erigirse en amo de estas praderas? El que os enzarcéis a tiros es un parte de su plan. Venid, os digo. Habéis sido buenos amigos durante muchos años. ¡No permitáis que un miserable cuatrero convierta en odio vuestra amistad!

Bart Evans rezongó unas palabras. Era el que había resultado herido en la mejilla. Bajo sus espesas cejas brillaban fieros unos ojos.

Pero la risa contenida ponía unas arrugas a su alrededor.

-¿Y quién diablos es usted? -preguntó.

-Mi nombre es Rice -contestó Pete-. He venido aquí con mis comisarios desde la Quebrada del Buitre y estamos dispuestos a hacer lo que podamos para...

-¡Pistol Pete Rice! -gritó el viejo Bart Evans.

-¡Le habla como si ya le hubiera conocido antes! -rezongó el viejo del otro lado de la veranda.

-¡Vamos, muchachos, salid de ahí y estrecharos las manos -les apremió Pete-. Os necesito a los dos para que me ayudéis.

Los dos viejos salieron de su escondite y se fueron aproximando como ovejas. Se veía que habían sido amigos íntimos durante muchos años.

-Tienes buena puntería para cazar montañas -dijo Bart a Woods-. Yo no quise atinarte por no pasarme haciendo solitarios el resto de mis días.

Dan Woods estrechó calurosamente la mano de su viejo amigo.

-Puedes dar las gracias a este joven por no encontrarte a estas horas hecho una criba -le replicó en el mismo tono de broma.

Pete notó que Woods tenía una pequeña mancha de sangre en el hombro derecho de la camisa.

-Tenéis que permitirme que os cure las heridas -sugirió-. Después trazaremos nuestros proyectos para que paguen sus culpas los criminales, y no los hombres honrados.

Los dos ancianos se dejaron conducir hasta la casa del rancho.

Pete caminaba detrás de los tres vaqueros. Se sentía feliz. Como sheriff de la Quebrada del Buitre se había visto obligado muchas veces a quitar vidas.

Pero no había emoción semejante a aquella de lograr salvarlas.

Cuando el sheriff terminó la cura, salió a la veranda y miró a lo lejos, Bart Evans había enviado a sus tres vaqueros a buscar al mejicano que Pete había dejado sin conocimiento bajo los chaparros.

Desde la veranda, Pete les veía regresar ya. «Miserias» cabalgando en la grupa del caballo que traía al cuatrero, Teeny Butler y uno de los peones venían a pie.

Los dos viejos rancheros se reunieron con Pete en la veranda.

-Escucha, hijo mío -le dijo Evans-. Yo y este carcamal de Dan Woods vivíamos haciendo fechorías por esas sendas antes de que el buen sentido nos impulsase a hacer penitencia sobre esta roca. Y ahora nos estábamos diciendo que fue suerte que tú no fueras sheriff por aquellos días. No dudamos de que sólo tú eres capaz de volver la paz a estas praderas. Cuenta con nuestra pequeña ayuda, si para algo te servimos. ¿Qué piensas hacer ahora, Pete?

-Si no ocurre nada, me propongo abandonaros pronto -contestó Pete-. Tengo que detenerme en el rancho de Fiddleback para celebrar una entrevista con Cuthbert.

-Podrás detenerte en ese rancho -dijo Bart Evans-, pero lo difícil es que celebres la entrevista. Por lo visto, ignoras que Cuthbert ha desaparecido. Anoche se encontró flotando su sombrero en el río Bonanza.

Pete se quedó petrificado.

-¿Quiere usted decir que asesinaron a Cuthbert? ¡Es inaudito! Parecía una buena persona. Pero quizá supiera demasiado, y...

-¡Ya lo creo que sabía! -interrumpió Evans-. Estoy por asegurar que J. B. Cuthbert es el jefe de los cuatreros. ¡Sí, señor! No hay quien me convenza de lo contrario. ¿No es el hombre más rico y elegante de Buffalo Ford? ¿No es también el más amable y educado? ¿Y por qué? Para disimular sus manejos. Nada más que para eso. ¡Juraría que su desaparición es otro truco de los suyos!

Antes de que Pete pudiera contestar llegaron los tres rancheros y los comisarios. Teeny se acercó a la silla de uno de los caballos, tiró de las ligaduras del cuatrero mejicano, y se lo puso bajo un brazo como un paquete.

-He aquí el pillastre causa de que intentaran asesinarse el uno al otro -explicó Pete-. Creo que podremos enterarnos por él de cosas muy curiosas.

Bart Evans se inclinó sobre la barandilla de la veranda para examinar el rostro del bandido.

-¡Pero si le conozco! -exclamó-. Es Pedro Montes. Acostumbraba trabajar para George Duval, pero le sorprendieron robando en una habitación y Duval le ajustó las cuentas.

El mejicano levantó la cabeza medio amodorrado.

-¡No, no! ¡Yo no trabajar para Duval! -chapurreó en inglés-. Leach «Boca-torcida» darme mucho dinero. Dijo que ningún «gringo» hacerme daño. Todos los gringos tener mucho miedo a Leach «Boca-torcida». ¡Ya estáis dejándome marchar!

-¿Dejarte marchar? -rió Bart Evans-. ¡Ya lo creo que te dejaremos marchar... pero será columpiándote por el aire en el extremo de una cuerda! Tu vida no vale una pulga en un rebaño de ovejas. ¡Lleváoslo, muchachos! ¡Estiradle el pescuezo como es debido!

Pistol Pete movió la cabeza.

-¡No! -ordenó-. Cualesquiera que sean sus delitos tiene derecho a que se le juzgue. Le llevaré a la población y le pondré bajo la custodia del sheriff Warren. Nada de linchamientos. No debemos luchar contra los sin ley prescindiendo nosotros de ella.

Bart Evans y Dan Woods trataron de argüir. Pero tuvieron que rendirse ante una voluntad más fuerte que la suya. Y los tres vaqueros, fueron enviados a Buffalo Ford acompañando al prisionero.

Pete había intentado averiguar por el preso la identidad del jefe de los cuatreros. Pero el miserable «borra-marcas» nunca había hablado al «gran jefe». Esto es todo lo que pudo poner en claro después de media hora de interrogatorio. Era un hombre estúpido, casi imbécil. Había hablado con demasiada ligereza de Leach «Boca-torcida», cosa que no hubiera hecho de tener sus sentidos cabales.

-¿Y ahora qué vas a hacer, Pete? -preguntó Dan Woods-. Lo que sea hay que ponerlo en práctica en seguida. En este país ya no se puede vivir tal como se han puesto las cosas.

-Voy a intentar resucitarlo -contestó Pete-. Caen asesinados los hombres. Muere a montones el ganado. ¡No puede seguir así! ¡Yo acabaré con tanta anarquía... o los cuatreros acabarán conmigo!

CAPÍTULO XV
LOS "CAPUCHAS PARDAS"

El trío de la Quebrada aceptó unos caballos de las cuadras de las «Dos Flechas» y se puso en marcha hacia el Sur, dejando a los dos viejos rancheros tan amigos como antes.

Bart Evans prestó a los comisarios sendos 45 y les aprovisionó de municiones.

Esperaban a los tres nuevos peligros... pero era su deber afrontarlos. Tras correr muchas millas y pasar por los ranchos de Randall y Fobe, se encontraron a la vista de la hacienda de Fiddleback.

Venían de aquella dirección grandes nubes de humo negro. Los tres camaradas supieron la causa en cuanto dieron un rodeo para alocarse en un altozano que dominaba los pajares.

Todo el caserío del rancho estaba envuelto en llamas.

Los tres hombres espolearon a sus cabalgaduras. Un individuo salió corriendo de la casa y disparó su pistola hacia el granero.

Un hombre apostado cerca del molino le contestó con otro disparo.

-¡Aquí hay jaleo! -gritó alborozado «Miserias»-. No hemos podido llegar más a tiempo.

-Así parece -dijo Pete, sombrío-. Veamos si podemos sacar un poco más de velocidad de estos potrancos.

Espoleó a su caballo y se lanzó a la cabeza del grupo. Estaba todavía a más de una milla de la casa incendiada.

Aunque espantoso, el espectáculo era, en cierto modo, tranquilizador. Dan Woods creía que Cuthbert era el jefe de los cuatreros. Pete se había reservado su opinión. Había emprendido aquella aventura sin sospechar de ninguna persona en particular... pero no se fiaba de nadie que no fuesen sus comisarios.

Le había sido Cuthbert simpático y le costaba trabajo creer que su amabilidad no fuese honrada y sincera.

Aquella casa en llamas parecía buena prueba de que Curthbert no era el jefe de los cuatreros, pues no iba a quemar él mismo su propio hogar, destru- yendo las riquezas en él encerradas.

Los representantes de la ley siguieron galopando. Teeny Butler, de pie sobre los estribos, miró a lo lejos.

-¡Mira aquello, patrón! -gritó de pronto-. ¡Tres bandidos atacan a un hombre solo! ¡Miserables, cobardes! ¡Lo han matado!

Y aquello era lo que había sucedido. Habían salido tres hombres corriendo de la ranchería y se habían lanzado sobre un vaquero aislado, probablemente uno de los peones de Fiddleback.

El desgraciado pudo disparar su pistola una vez, y después cayó hacia adelante.

-¡Malditos recoyotes! -exclamó Hicks «Miserias»-. ¿Pero qué es lo que llevan sobre las cabezas?

La penetrante mirada de Pete Rice se había dado cuenta de aquello. Los agresores llevaban unas capuchas que les cubrían hasta la barbilla.

Ya más cerca, Pete pudo ver que todas las capuchas eran pardas. AL parecer, los encapuchados eran los que habían pegado fuego a la casa y los pocos vaqueros que había en la hacienda trataban de resistirles desde los graneros.

Continuaba el tableteo de las explosiones. Pero cada vez salían menos disparos de los pajares. Los vaqueros debían estar llevando la peor parte.

Pete apretó las mandíbulas. A cada hora que pasaba iba haciéndose más cruel la guerra en Buffalo Ford. Era evidente que el jefe de los cuatreros trataba en aquel momento de limpiar de enemigos toda la región con audaz golpe de mano.

Unos cuantos días más como los dos últimos, y ningún ranchero de aquel territorio podría librarse del desastre económico. Era preciso que Pete Rice y sus comisarios aclarasen la situación de una vez.

Aparecieron de pronto dos jinetes encapuchados por el lado del edificio en llamas. Se lanzaron a todo galope en dirección a la ciudad, y desaparecieron tras una colina.

Pete reflexionó un segundo. ¿Debería darles caza? Decidió, finalmente, que su deber le llamaba a la lucha que se estaba desarrollando.

Sus 45 podían salvar las vidas de los apurados vaqueros de Fiddleback.

-Saltad de vuestros caballos cuando lleguemos a aquel infierno -gritó a sus comisarios-. Seguid después a pie por entre los árboles. Resguardaos cuanto podáis al aproximaros a los pajares. Hay que atacar a los encapuchados. No los matéis... si es posible. ¡Pero entre vuestra vida y la suya... que se pierda la de ellos!

Saltaron los tres de los caballos y los ataron fuera del alcance de las balas.

Pete avanzó hacia los graneros agachándose.

-¡Resistid, muchachos! -gritó a los que se defendían-. Somos amigos.

Salió un griterío del pajar. Partió una descarga cerrada de la parte del edificio del rancho. Dos balas pasaron silbando por encima de Pete.

Un instante después sus pistolas vomitaban plomo en aquella dirección, mientras seguía corriendo hacia los pajares.

Un vaquero asomado a una ventana del henil lanzó un grito y disparó hacia la casa. Uno de los Capuchas Pardas se hincó de rodillas apuntando al henil.

El vaquero cayó desplomado por la ventana.

Pete corrió hacia él y le arrastró hasta detrás del abrevadero. Le salvó así de ser acribillado por los Capuchas Pardas, refugiados entonces en el pabellón de los dormitorios.

Una vez agazapados tras el abrevadero, Pete apuntó a un encapuchado que asomaba por una ventana. El bandido tenía un rifle apoyado en el marco, con el que encañonaba a los vaqueros del henil.

Ladró la pistola de Pete. La encapuchada cabeza desapareció de la ventana como por ensalmo.

-¡Uno menos, patrón! -oyó gritar a su izquierda-. ¡Ese ya no padecerá más miserias!

Era la voz de Hicks, el vivaracho comisario. El y Teeny se habían agazapado tras una pila de leña y no dejaban enfriar sus pistolas.

Pete les vio abandonar su refugio para esconderse tras un calesín abandonado. Trataban de acorralar a un par de Capuchas Pardas que habían desertado del rancho y trataban de llegar hasta sus caballos.

Uno lo consiguió, saltó a la silla y desapareció al galope. El otro cayó de bruces bajo las patas del animal.

La lucha iba cambiando definitivamente. Al parecer, sólo quedaba un hombre en el pabellón de los dormitorios.

Y éste decidió también hacer una salida. Se lanzó de la casa a todo correr y trató de llegar a su caballo.

Corría dando la espalda a Pete Rice, pero éste nunca había matado a un hombre a traición.

El sheriff saltó de detrás del abrevadero y, en tres zancadas, alcanzó al encapuchado que se alejaba diagonalmente.

El bandido se volvió tratando de levantar su pistola. Pete le descargó un terrible puñetazo en la cabeza. El bandido se desplomó. Salió una granizada de plomo de detrás de la base de ladrillos de la bomba situada junto a la casa.

Una bala rozó el cuero del cinturón de Pete. El sheriff se volvió instantáneamente, pero ya Teeny y «Miserias» corrían hacia la bomba, pillando desprevenidos a los agresores.

Se oyeron unas detonaciones... y después la voz jubilosa de «Miserias».

-¡Aquí los tenemos a todos, patrón... excepto a los que se han escapado!

-¡Atadles bien! -gritó Pete, haciendo lo mismo con el hombre que acababa de dejar sin sentido. Después se aproximó al vaquero que había caído desde el henil.

Era un joven de cabellos muy rubios. Tenía un balazo en el hombro, y probablemente podría vivir.

Era el golpe de la caída lo que le había dejado sin sentido. Pete le arrojó un poco de agua sobre el rostro.

El vaquero se estremeció, abrió los ojos, y se le quedó mirando fijamente.

-No será nada, muchacho -dijo Pete, animándole-. Tus dolores son grandes, pero te repondrás en seguida.

Dos vaqueros refugiados en el henil corrieron a reunírseles.

-Le damos las gracias, compañero -dijeron a Pete-. De no haber sido por usted, nos habrían barrido a los pocos minutos. Nos mataron tres hombres... el que está junto al molino, y dos que quedaron en el pajar.

El vaquero de los cabellos rubios había vuelto a desmayarse.

-¿No quedó nadie en la casa incendiada? -preguntó Pete a uno de los «cowboys».

-No lo sabemos -contestó-. Este joven y Hank Brown, el capataz, eran los únicos que estaban allí. Nosotros nos refugiamos en la corralada cuando oímos los primeros disparos. El cowboy que estaba hablando chasqueó de pronto los dedos-. ¡Por cierto que no he vuelto a ver a Hank! ¿Qué habrá sido de él?

El vaquero de los cabellos rubios se agitó de nuevo y abrió los ojos. Se clavó su mirada en la casa ardiendo. Se había ya derrumbado una de sus alas.

Era inútil tratar de apagar el incendio, pues había pocos elementos para luchar contra él.

-¡Hank! -murmuró el herido, incorporándose a medias-. -¡Hank! Yo y Hank estábamos en la casa cuando llegaron los encapuchados. Tratamos de huir. Hank fue atacado por uno de los bandidos. ¡Yo pude escapar... pero no pude volver para salvar a Hank! Eran demasiados...

La voz del joven rubio se convirtió en un sollozo.

Pete Rice se puso en pie de un salto.

-¡«Miserias» ! ¡Teeny! -gritó-. ¡Y vosotros también! -añadió dirigiéndose a los vaqueros que le rodeaban-. Traedme todas las cuerdas, baldes y sacos que podáis encontrar. ¡Pronto, muchachos!

Teeny Butler adivinó el propósito del sheriff . Se disponía a objetar, pero una mirada de su patrón le hizo salir corriendo a cumplir lo ordenado.

-¿En qué parte de la casa estabais tú y Hank Brown? -preguntó Pete al herido.

-En la cocina... en el ala izquierda de la casa.

Pete contempló el edificio en llamas. Era un infierno rugidor, un horno estallante de brasas. Pero el muro de la izquierda se mantenía todavía en pie.

En cuanto cediese, toda la techumbre se desplomaría. Había, pues, aún una probabilidad de salvar a Hank Brown, a menos que el capataz estuviese ya muerto.

Y Pete Rice había jugado muchas veces partidas más desiguales... y había ganado.

Los cowboys de Fiddleback y los dos comisarios estuvieron ausentes menos de un minuto. Trajeron cuerdas, sacos y baldes.

Pete Rice se envolvió en los sacos de pies a cabeza. Las hábiles manos de los cowboys se los cosieron con cordeles de tripa.

«Miserias» hizo unas aberturas en los sacos a la altura de los ojos de Pete, Teeny Butler cogió los baldes y los llenó de agua hasta los bordes en el abrevadero.

Se elevó hacia el cielo una nube de chispas al desplomarse la fachada de la casa. Pete miró a través de las aberturas del saco que le cubría la cabeza.

El muro de la izquierda seguía en pie. Empalmó varias cuerdas, y se ató uno de estos extremos a la cintura.

-Arrojad sobre mí el agua de los baldes –ordenó-. Y volved a llenarlos otra vez. ¡Pronto!

«Miserias», siguiendo las instrucciones, anegó en agua a su patrón, y corrió a llenar los baldes en el abrevadero.

El sheriff avanzó hacia la casa incendiada llevando un balde en cada mano.

-No soltéis el otro extremo de la cuerda -fue su orden final-. En cuanto yo dé un tirón empezad a tirar de mí lo más de prisa posible.

Dicho esto, echó a correr. Llegó a la casa, penetró por la puerta trasera y se encontró en un estrecho pasillo.

El humo era asfixiante. Mil lenguas de fuego le lamían por todas partes. La primera bocanada que respiró a través de los sacos empapados, casi le desvaneció.

No había recorrido quince pasos, cuando ya tuvo que verterse uno de los baldes de agua sobre el cuerpo. Oyó un crujido. Algo le golpeó en la cabeza.

Sintió que iba a desmayarse.

CAPÍTULO XVI
INFIERNO

El mismo dolor le hizo conservar los sentidos. Era un leño ardiendo lo que había caído sobre él. Le chamuscó la parte posterior del cuello a través de los sacos humedecidos.

Se le doblaban las rodillas. Se sintió amodorrado como si hubiera tomado una droga. Pero había que seguir adelante. Jamás su voluntad había sido sometida a prueba tan difícil como aquella.

Tuvo que resistir a un terrible impulso de tirar de la cuerda para que sus hombres le sacasen de aquel infierno. ¡Con qué ansia deseaban sus pulmones unas bocanadas de aire puro!

Pero fue más fuerte que el dolor el recuerdo de la expresión del rostro de Hank Brown, cuando el asesinato de Jack Flynn, el peón de Fiddleback.

Brown había jurado coger a los asesinos de Flynn. Eran hombres como Hank Brown los que aquella desgraciada región necesitaba; sólo hombres como Hank Brown podían ayudar a la ley en su lucha a muerte con los malhechores.

No tratar de rescatar a Brown a toda costa sería como rendirse a los cuatreros.

Siguió avanzando. Rugía el fuego a su alrededor con clamores de tormenta.

Le cegaba el humo, pero pudo descubrir a su través una gran abertura, un poco más adelante. Aquella debía ser la cocina, donde el cowboy herido había dicho que estaba con Hank cuando éste fue atacado por uno de los Capuchas Pardas.

Penetró en la cocina, tambaleándose. Tropezó con algo que casi le hizo caer.

Tuvo la suficiente presencia de ánimo para hundir la cabeza en el balde que le quedaba.

El agua, aunque templada ya, aclaró un poco su cerebro. Palpó con las entrapajadas manos el objeto que le había hecho tropezar.

Era el cuerpo de un hombre.

El calor era espantoso. Derramó algo de agua sobre el cuerpo inmóvil, y alguna también sobre sí mismo.

Era preciso conservar la conciencia unos instantes más. Engarfió sus piernas alrededor del desvanecido Hank Brown, en la forma conocida en la lucha como una <presa de tijera>.

Introdujo una mano en la sobaquera de la chaqueta del capataz y empezó a retroceder por el pasillo. Se le iba la cabeza, se le doblaban las piernas, sintió que iba a desvanecerse. Pero tuvo tiempo de dar un violento tirón a la cuerda.

Cuando volvió en sí le habían despojado de los sacos. Estaba tendido a la sombra de un almiar, rodeado por Teeny y «Miserias».

-¡No sabes lo que me alegra volverte a ver abrir los ojos, patrón; -dijo Teeny Butler, mirándole con afecto.

-¡Vaya una hazaña maravillosa! -exclamó «Miserias»-. Maravillosa es poco... ¡Descomunal! Te sacamos de allí unos segundos antes de que se desplomase el techo. Echa un trago de este aguardiente, patrón. Me lo dio uno de los muchachos de Fiddleback.

«Miserias» vertió un chorro del ardiente licor en la garganta del sheriff.

Pete lo escupió instantáneamente.

-¡Esto quema más que las llamas! -exclamó-. ¿No quieres probarlo, Teeny?

-No bebo ya -contestó el corpulento comisario, recordando evidentemente la reprimenda que el vivaracho barbero le había echado por la mañana.

Uno de los muchachos de Fiddleback se destacó del grupo...

-Todos admiramos su acción, Pete Rice, y le damos las gracias -murmuró-. ¿Le duelen mucho sus quemaduras?

Pete hizo una mueca. ¡Vaya si le dolían! Pero se esforzó por ponerse en pie.

Ya se sentía bastante bien. Había que olvidar los dolores; su deber le llamaba a la senda.

-Los sacos me sirvieron de mucho -contestó-. Y también los baldes de agua. Pero, ¿cómo está Hank Brown? ¿Vive todavía?

-Sí -contestaron alegremente los vaqueros-. Está muy mal herido, pero creemos que vivirá. Tiene cama para unos meses. Un lado de su cara está achicharrado, pero eso no le impedirá seguir siendo el gran campero de siempre.

-¿Enviasteis a buscar un doctor?

-Sí... y también a la funeraria.

Pete guardó silencio unos momentos. ¿Cuándo terminaría aquella lucha a muerte? Volvía a resurgir en él su espíritu batallador.

No sentía el menor pesar por los Capuchas Pardas aniquilados. Sus vidas no habían hecho bien a nadie.

Pero habían muerto también tres hombres honrados: los vaqueros de Fiddleback. Sin embargo, los hombres honrados no tenían que morir, si se quería que la justicia prevaleciese sobre la maldad.

-Cogimos al mejicano que derribaste, patrón -dijo Hicks «Miserias»-. Le tenemos debidamente atado.

Pete se aproximó al prisionero. Teeny le había ya arrancado del rostro la capucha parda. Tenía una nariz ganchuda, y le cruzaba una espantosa cicatriz desde la mejilla a la barba.

-Verdaderamente, este coyote tiene una cara como para llevarla siempre tapada -observó Teeny Butler.

El mejicano se encontraba todavía medio atontado por el puñetazo de Pete, o lo fingía maravillosamente. Teeny Butler le cogió por los hombros y le zarandeó como a una rata.

-¡No te hagas el muerto! -le gritó-.¿Quién te ordenó pegarle fuego a la casa?

-No sé hablar bien el inglés- balbuceó el prisionero-. No puedo...

-¡Pues habla español! -le interrumpió Teeny utilizando aquel idioma-. ¡Di lo que sepas o te arranco la molleja!

Pete tenía la esperanza de que el aterrado bandido le revelase lo que necesitaba: el nombre de su jefe. Pero sus palabras fueron una completa decepción.

-Anoche me enviaron recado de que me presentase aquí con mi hermano -dijo el bandido-. Y se nos ordenó que trajésemos puestas las máscaras. Eso es todo lo que sé.

-Pero sabrías de dónde venía el mensaje -le replicó Pete-. De otro modo no habrías obedecido la orden. Tu responsabilidad no es menor por eso. Has intervenido en un asunto del que han resultado asesinatos. Te espera la cuerda. Nadie puede hacerte daño ahora, excepto la ley, de manera que lo mejor que puedes hacer es decir cuanto sepas. ¿De dónde vino aquel mensaje?

-De mi primo Pablo Sánchez. Pablo está en la ranchería con un balazo en la espalda.

Pistol Pete se dirigió al dormitorio de los rancheros. Un hombre, con la capucha cubriéndole todavía la cabeza, yacía muerto bajo la ventana.

Sus agarrotadas manos aprisionaban un rifle.

Un segundo individuo, un mejicano, gemía tendido en el suelo, unos cuantos pasos más allá.

Se había arrancado la capucha del rostro, que mostraba ya la expresión de la agonía. Había a su alrededor un charco de sangre.

-¿Eres tú Pablo Sánchez? -le preguntó Pete.

-Sí. -El herido se retorció, gimiendo-. Me han dado un balazo en la espalda y otro en el estómago. Voy a morir.

-Has dicho la verdad por una vez en tu vida. -Pete fingía una severidad no sentida. Sabía sufrir su propio dolor- en aquel momento, la quemadura del cuello le atormentaba terriblemente, -pero le repugnaba ver padecer a otros, aunque fuesen criminales.

-¿Quién te dio el mensaje que llevaste a tu primo anoche? -le preguntó en español-. Puedes considerarte muerto, Sánchez. Partirás para el gran viaje dentro de unos minutos... y lo mejor que puedes hacer es decirme la verdad.

El bandido guardó silencio un momento.

-Voy a morir, es cierto -murmuró en español-. Te diré el nombre del miserable que me ha traído a esta situación. ¡Espero que tú vengarás mi muerte!

El corazón de Pete latió esperanzado. Pero la decepción empañó otra vez sus ojos cuando escuchó las palabras del moribundo.

-Fue Leach «Boca-torcida».

-¿Pero quién se oculta detrás de Leach? ¿Quién es el jefe de los cuatreros? -insistió Pete.

-Leach es el jefe -contestó el herido.

Pete abandonó el ranchería. Una vez más tropezaba con un muro inexpugnable. El moribundo no podía haber tenido la intención de engañarle; realmente creía que Leach era el jefe.

Montes, el falsificador de marcas, creía lo mismo.

Pero Pete Rice sabía demasiado bien que Leach «Boca-torcida» no era el hombre que dirigía el siniestro plan de sembrar la destrucción en la comarca de Buffalo Ford.

Leach era el lugarteniente; el que ejecutaba los designios de un personaje más alto.

A Leach se le pagaba bien la obra cruel que tanto le complacía. Aquel homicida de la boca siniestra amaba el crimen por el crimen; odiaba a la Humanidad. Pero no era el jefe de los cuatreros.

El mismo lo había confesado en el «Nido del Águila», creyendo que los tres hombres de la Quebrada no podrían escapar con el secreto.

El jefe era alguien bien protegido, cuyo rostro no habían visto jamás aquellos mal aconsejados peones que le vendían su complicidad.

Su nombre nunca había estado en sus labios.

Pete Rice encontró en sus bolsillos una barra de goma, y se puso a masticarla con furia. Se sentó en los peldaños del rancherio y se dedicó a pensar. A Leach podría capturársele reuniendo un grupo de voluntarios.

Pero refugiado en una fortaleza natural, casi inexpugnable, sería como llevar a la matanza a unos hombres honrados. Y aunque se le cogiese y apresase, Leach no hablaría.

Era un homicida sanguinario, una fiera con figura humana, pero tenía el depravado valor de cierto tipo de criminales. Ni aun la tortura arrancaría el nombre del jefe de aquella boca torcida.

El sheriff de la Quebrada se puso en pie, se echó hacia atrás el sombrero, y se rascó la cabeza, pensativo.

¿Por qué había disfrazado el jefe de los cuatreros a sus homicidas alquilados con las capuchas pardas? La mayor parte de ellos eran peones. Apenas se conocían entre sí. El jefe los había disfrazado con las capuchas pardas porque algunos de ellos temerían ser reconocidos, en caso de que algún vaquero de Fiddleback escapase de la matanza planeada.

Pete se preguntó si Hank Brown, el capataz, habría reconocido a alguien, o alguna voz. Se aproximó lentamente a Hank, tendido a la sombra de un almiar, envuelto en una manta.

-Ya he enviado a buscar a un doctor, Hank -le dijo dulcemente-. Verás cómo pronto te encuentras bien.

Hank no contestó. Se le habría creído muerto de no ser por el acompasado movimiento del pecho bajo la manta. Tenía apretadas las mandíbulas y cerrados los puños.

Los grises ojos de Pete parpadearon interrogadores. Miró de soslayo hacia el pabellón de los dormitorios, y vio que Teeny y «Miserias» estaban hablando con un cowboy de Fiddleback.

Entonces abrió suavemente el puño derecho de Hank Brown y le sacó algo de él.

Lo examinó cuidadosamente. Su rostro tenía una expresión sombría cuando se guardó el hallazgo en el bolsillo. Pero brillaba una luz triunfal en sus ojos.

Se inclinó sobre el capataz herido.

-Gracias, muchacho -le dijo-. Siempre creí que eras el hombre que podría ayudarnos a limpiar este país. Pero nunca pensé que fuese de esta manera. Me has sacado de las tinieblas, Hank, y ahora camino bajo la luz del sol.

Pete se irguió y se dirigió hacia el grupo del cowboy y los comisarios.

-Tenemos que marchar, muchachos -anunció a sus camaradas. Y añadió, dirigiéndose al cowboy de Fiddleback-: Los Capuchas Pardas no volverán por aquí. No tiene objeto. Ya han hecho todo el daño posible. Apuesto, sin embargo, a que repetirán la hazaña en otro lugar antes de que se ponga el sol.

-¿Dónde vamos a ir, patrón? -preguntó Hicks, «Miserias».

-Vamos a ir a caballo -contestó, lacónicamente, Pete.

El cowboy se alejó hasta los graneros para echar un vistazo al capataz.

Hicks «Miserias» guardó silencio hasta que estuvo lejos. Pero el barberillo era hablador por naturaleza.

-Algo te bulle en el caletre, patrón -dijo-. Te conozco hace mucho tiempo para dudarlo.

-Es posible -fue todo lo que Pete contestó.

-Si has descubierto algo -continuó «Miserias»-, no creo que debamos temer nada de ese vaquero de Fiddleback. Es un muchacho honrado.

-Lo será probablemente -concedió Pete-. Pero tenemos que caminar sobre seguro. Es peligroso confiar un secreto a la mayor parte de la gente. Son como perros con un hueso. El perro hace gran misterio del sitio donde lo encierra, pero da tantas vueltas, que todo el mundo se entera.

-¿Busco caballos frescos? -preguntó «Miserias»-. ¿Va a ser largo el viaje?

Su natural curiosidad divertía a Pete Rice.

-Vamos a ver al sheriff -contestó a su comisario.

«Miserias» se había dado cuenta de la sombría expresión de los ojos de su patrón.

-¡Oye, Pete, no me irás a decir que Warren tiene algo que ver con este maldito asunto! ¿Verdad que has encontrado alguna pista, Pete?

-No quiero hacer predicciones -contestó Rice-. La única predicción segura es lo que oí en cierta ocasión a un viejo ranchero-. Miró hacia el cielo y dijo: -Quizá llueva, quizá no llueva. Ahora ya puedes buscar los caballos, «Miserias».

Le brillaban los ojos como pedernales pulimentados cuando se dispuso a partir del rancho de Fiddleback acompañado de sus comisarios.

La notable memoria de Pete y su asombrosa retentiva para los detalles, no le fallaron nunca. ¡Cuando llegase la ocasión, él y sus hombres correrían directamente hacia el cuartel general del hombre que estaba aterrorizando las praderas de Buffalo Ford!

CAPÍTULO XVII
MANUEL

Pete Rice se sentó en el despacho del doctor, en Buffalo Ford, mientras el médico, de rudas palabras y suaves dedos, le curaba las quemaduras.

-¿Verdad que estas heridas no son nada agradables, sheriff ?-preguntaba el doctor, mientras aplicaba un ungüento al atormentado cuello de Pete.

Pete hizo un gesto.

-Ciertamente que sus cosquillas no me dan ganas de reír, doctor -confesó-. ¿Está usted seguro de que Hank vivirá?

-Mucho más seguro de que vivirá usted -contestó el doctor, sombrío-. Se ha metido usted en un mal asunto, Rice. Le estamos muy agradecidos los habitantes de Buffalo Ford; pero a mí no me gustaría estar en su lugar.

-No se preocupe por mí, doctor. A mí, lo único que me atormentan son estas quemaduras. He recibido muchas veces puñetazos, tiros y cuchilladas, pero eran mordeduras de mosquito comparadas con esto.

Abandonó la casa del doctor y se dirigió al despacho del sheriff Warren.

Le preocupaba más el estado de Hank Brown, el capataz de Fiddleback, que la peligrosa misión que se había asignado. Hank había quedado hospitalizado en el domicilio del doctor, bien cubierto de aceite y de suaves vendajes.

No había recobrado el conocimiento, y le esperaba una larga temporada de reclusión. Pasados dos meses podría montar un caballo manso, pero debería renunciar a volverse a ver sobre la silla de un potro algo fogoso.

Se notaba un cambio extraño en la calle principal de Buffalo Ford.

Pete Rice lo percibió en seguida. Los transeúntes se mostraban nerviosos y desconfiados. La única persona tranquila de un pequeño grupo que charlaba a la puerta de la herrería era Hicks «Miserias».

En cuanto vio a su patrón, el barbero-comisario se reunió con él, y caminaron juntos hacia el despacho de Warren.

-La población está que echa chispas -dijo «Miserias», incapaz de seguir callado-. El forense ha salido para Fiddleback. El dueño de la farmacia, también. Llevaban una buena escolta de ganapanes. ¡Bonito país debe ser éste cuando necesitan que les guarden las espaldas hasta para retirar unos cadáveres!

«Miserias» señaló algo que llevaba enrollado al brazo.

-No he estado ocioso, Pete -continuó-. Tú te empeñas en cerrar la boca, pero yo me sospecho que no tardaremos en correr más aventuras. Y, por si acaso, me he proporcionado dos pesas y una correa, y me he confeccionado otras «bolas» con ayuda del herrero. Teeny tiene también un nuevo látigo. Y hemos aceitado las pistolas. Como ves, tenemos preparadas las herramientas. Todo lo que necesitamos ahora es algo en qué trabajar.

-No tardarás mucho en tenerlo -prometió Pete.

Antes de llegar al antedespacho del sheriff Warren, oyeron una serie de ruidos semejantes a los chasquidos del gatillo de una pistola. «Miserias» sonrió.

-Teeny está a salvo. Este grandísimo búfalo se está portando estos días de un modo muy extraño. Hemos pasado por delante de dos tabernas al ir a la herrería, y le invité a tomar unas copas. ¿Querrás creer que me contestó que me retorcería el pescuezo si volvía a proponérselo?

Pete abrió la puerta.

-¿Practicando, Teeny? –preguntó.

-Ya lo ves, patrón -contestó el corpulento comisario-. Me siento mejor desde que tengo el látigo en las manos. Mírame, patrón. Verás cómo no se me ha olvidado.

Teeny colocó una hoja de papel sobre el borde de la chimenea, al otro extremo del largo salón. Después se retiró hasta la parte contraria. Agarró el corto mango de madera, al cual iba unida la larga tralla de cuero.

Su manaza derecha describió un círculo. ¡Crack! Restalló el látigo. Una tira de papel de una pulgada de ancho se desgajó de la hoja y cayó, revoloteando, al suelo.

¡Crack!

El látigo arrancó otra tira, y aun Teeny la dividió en dos antes de que tocase el suelo.

-No se te ha olvidado nada, Teeny -felicitó a su compañero, mientras se buscaba los fósforos.

-Oye, patrón -sugirió Teeny-; no rasques el fósforo. Sostenle. Yo te lo encenderé.

Pete se colocó junto a la chimenea y sostuvo el fósforo como le habían indicado. Restalló otra vez el látigo de Teeny.

La punta de la tralla rozó la cabeza del fósforo. ¡Surgió la llama!

-Estoy satisfecho -confesó el corpulento comisario, dejando caer su humanidad en una silla-. Quiero confiaros un pequeño secreto, muchachos.

-Ha llegado a preocuparme lo que me dijo «Miserias» respecto al licor. Yo no me he emborrachado en mi vida, pero cuando este cañamón y yo perseguíamos a los bandidos que mataron a Rimrock Morley, tuve a uno de ellos al alcance de mi látigo. Le disparé un trallazo y creí haberle derribado de la silla. ¡Pero me falló la puntería! Esto me ha hecho reflexionar.

Pete Rice soltó la carcajada.

-Me parece muy difícil reformar la garganta de un hombre, pero sigue tu camino, Teeny. Yo celebro mucho que hayas dejado de beber. ¿Pero qué haremos con aquella botella de «bay rum» de la barbería de «Miserias»? ¿La reservaremos para las mordeduras de culebras?

Teeny Butler hizo una mueca.

-No te preocupes, patrón. La utilizaremos todavía.

Se puso en pie, se aproximó a la chimenea y bajó una jarra de barro medio llena de cierto líquido oscuro. Se acercó la jarra a los labios y bebió con avidez. Luego chasqueó la lengua.

-Quizá no sepa muy bien -murmuró-, pero sirve para quitar la sed. La señora Warren me vio aquí, esperando, y me la trajo. Es de sasafrás frío.

Se oyó en la calle el rodar de un calesín, y el sheriff Warren saltó a la acera y entregó las riendas a uno de sus comisarios.

El veterano sheriff de Buffalo Ford regresaba del rancho de Fiddleback.

-¡Hola, muchachos! -saludó-. Esta noche reuniremos a toda la gente de la ciudad. Tenemos en Buffalo Ford unos hombres que no temen que les agujereen la piel. Después de lo que he visto en Fiddleback, estoy dispuesto a lanzar a la senda una docena de <posses>. ¡Hay que acabar hoy mismo con los bandidos!

Se dejó caer en un sillón, y Pete se sentó en el brazo del mueble.

-Warren -dijo-, voy a pedirle que no organice ninguna «posee». La comarca de Buffalo Ford se convertiría en un matadero, y la funeraria necesitaría un regimiento de ayudantes.

Warren protestó con violentos puñetazos al sillón.

-¡Es la primera vez que veo que quieres obrar como un loco, Pete Rice! -tronó.

Pete Rice le dejó desahogar su ira. Los grises ojos del joven sheriff se fijaron en un hombre de mediana edad que atravesaba el pasillo con un bulto bajo el brazo y un gran caldero de hierro en la mano.

-Perdóneme por interrumpirle, sheriff . ¿Quién es ese individuo del caldero?

Warren se asomó al pasillo y llamó: -¿Eres tú, Manuel?

-Sí, señor, sí -contestó con muchas reverencias-. Traigo la comida para los presos. Siempre procuro venir a mi hora.

A Pistol nunca le pasaba inadvertido un detalle. La recelosa mirada y los furtivos modales del mejicano despertaron desde un principio sus sospechas.

Posiblemente, Manuel era un hombre adulador y servil por naturaleza, y él podía equivocarse. Pero también podía estar en lo cierto.

-¿Cocina para los presos? -preguntó Pete.

-Sí. Se cuida de eso -contestó Warren-. Lo que les da es bastante bueno para ellos. No les sirve banquetes, pero si quieren comer fantasías, que procuren mantenerse al lado derecho de la Ley.

-Parecía muy deseoso de alejarse de nosotros -observó Pete-. ¿Lleva mucho tiempo con ustedes?

-Nueve o diez años. Manuel es de confianza. Sé que vende algunos frijoles en el barrio mejicano. Mas lo hace a costa del hambre de los presos, nunca en perjuicio del presupuesto. Pero tenemos cosas más importantes de qué hablar, Pete. Si no organizamos «posees», ¿cómo vamos a coger a los cuatreros? ¡Resuélveme esa charada, Pete!- Warren consultó el reloj que colgaba sobre la chimenea, y continuó: -Antes de que termine la noche tendré reunidos bastantes hombres para emprender la caza. ¡Pero es hora de cenar! ¡Vamos a la mesa!

Los cuatro hombres atravesaron el pasillo para dirigirse a las habitaciones del sheriff y de la señora Warren. Pete se iba preguntando si era obra de su imaginación, o si realmente sentía un par de ojos que le observaban furtivamente desde la semi -oscuridad de la puerta del calabozo que se abría al otro lado del pasillo.

Había aceptado la invitación del sheriff Warren para cenar porque se daba cuenta de la variedad de recursos del hombre que aterrorizaba aquella comarca. El jefe de los cuatreros, por mediación de Leach o de cualquier otro cómplice, podía pagar a algún marmitón del hotel local para envenenar la comida de los tres representantes de la Quebrada. Y Pistol Pete Rice no quería correr ningún peligro innecesario.

Estaba convencido de que el sheriff era un hombre honrado.

Pero Warren era demasiado viejo para su cargo. Estaba agotado, y poco menos que inválido. Rimrock Morley, tan viejo como Warren, debía ser aún un hombre capaz, cuando los cuatreros le quitaron la vida.

Pero Morley se conservaba muy joven para sus años. Warren, en cambio, parecía más viejo de lo que realmente era. Y aquel golpe final -la muerte violenta de su comisario y amigo- parecía haberle dejado como alelado.

Warren se mostraba, sin embargo, tan hablador como Hicks «Miserias», y tan pronto como los cuatro estuvieron sentados a la mesa, volvió otra vez a su idea de la organización de la «posee».

-¡No sé por qué te opones a que persigamos a esos malditos cuatreros, Pete! Han caído muchos hombres honrados asesinados por la espalda. Mueren las reses a montones, arden las casas, y...

Pero Pete Rice ya no le escuchaba. Se había puesto en pie de un salto, y su mano empuñaba su 45. Su fino oído, siempre alerta para los ruidos extraños, había percibido un débil rumor por la parte de los calabozos.

Era como si estuviesen golpeando a alguien.

-Quédense aquí -dijo en voz bajo a los otros tres hombres-. Sigan hablando alto. Quizá hayan sido figuraciones mías, pero me parece que voy a descubrir algo. Levanten la voz. Hablen del tiempo, del robo de ganado... de cualquier cosa.

Saltó por la ventana abierta del comedor, y dio la vuelta al edificio en unas cuantas zancadas. AL llegar a la puerta de la prisión se quitó las botas, y se deslizó silenciosamente a lo largo del pasillo.

Si Manuel planeaba alguna trastada, era difícil que esperase un ataque por aquel lado. La charla de los que habían quedado en el comedor contribuiría a mantener su confianza.

Aguzando el oído, oyó cuchicheos en español, por la parte de los calabozos.

Repiquetearon unas llaves, y sonaron unos pasos furtivos que venían hacia él. Manuel y el preso, que sin duda acababa de libertar, iban a encontrarse de manos a boca con Pete.

Pero una sensación de peligro inminente le hizo volverse y tirarse al suelo.

En la puerta, un hombre le encañonaba con su 45.

Una llamarada iluminó un instante la oscuridad del pasillo.

CAPÍTULO XVIII
¡ELLOS SOLOS!

Pete disparó a su vez. El pistolero lanzó un grito de dolor. Se le desprendió de la mano la pistola. El bandido volvió la espalda y escapó corriendo.

Pasados uno o dos minutos podría encontrarse en el laberinto del barrio mejicano de Buffalo Ford.

Pete disparó de nuevo; el fugitivo cayó, atravesada la pierna por un balazo.

Pete se volvió y se encontró frente a Pedro Montes, el borra-marcas, que era el preso que Manuel había libertado.

Brilló un cuchillo a la débil luz que penetraba por la puerta.

Había furia homicida en los ojos de Pedro Montes. El cuchillo descargó su golpe, pero Pete retrocedió de un salto.

Un terrible mazazo de los puños del sheriff cogió al cuatrero en la barbilla.

Cayó hacia adelante.

El aterrado Manuel corría por el pasillo, intentando refugiarse en el comedor. Sonó un disparo, seguido de estrépito de cristales rotos, y el sheriff Warren lanzó un juramento.

El anciano había marrado el blanco.

Se lanzó al pasillo con la pistola humeante todavía.

-¡Rodeará la casa y huirá al barrio mejicano! -gritó-. ¿Qué ha sido de tus comisarios? ¡Saltaron por la ventana en cuanto oyeron el primer tiro!

Pete corrió por el pasillo a tiempo de ver doblar la esquina al zanquilargo Manuel. El mejicano llevaba una pistola en la mano y disparaba contra Pete por debajo del brazo, sin dejar de correr.

Una figura gigantesca surgió por el otro lado de la casa. Esgrimía un látigo de corto mango y larga tralla.

Dio tres largas zancadas y se detuvo. El látigo restalló.

-¡Crack!

El trallazo alcanzó a Manuel detrás de la oreja derecha. El fugitivo se tambaleó, pero se mantuvo en pie.

-¡Crack!

Restalló de nuevo el látigo. Y otra vez encontró su blanco. Manuel cayó a tierra. Un instante después, la figurilla de Hicks, <Miserias>, cruzaba diagonalmente al patio de la prisión, saltaba sobre las espaldas de Manuel y lo desarmaba.

Se había ido reuniendo la gente frente a la cárcel. Pete se preguntó cuántos espías del jefe de los cuatreros formarían parte de aquella multitud.

Teeny Butler trajo bajo el brazo a Manuel, rugiendo y pataleando, y le obligó a sentarse en una silla. El sheriff Warren se cuidó de volver a encerrar en su celda al inconsciente Montes.

Un comisario, atraído desde la calle principal por el ruido de los disparos, se hizo cargo del pistolero derribado por Pete.

El carcelero aporreado por Manuel recobró el conocimiento, y empezó a explicarse de un modo incoherente.

-Yo estaba hablando con Manuel -explicó-. Nunca desconfié de Manuel. Éramos buenos amigos. Hasta algunas veces me ha prestado dinero. De pronto me dio un golpe en la cabeza. Supongo que Manuel me cogería las llaves y que abriría la puerta a ese Montes. ¡Maldita sea! ¡Nunca creí eso de Manuel! ¡Nunca!

El viejo sheriff Warren movió la cabeza tristemente.

-Soy demasiado viejo -balbuceó-. ¡Ya voy perdiendo la fe en todo el mundo! Tenías razón en lo de Manuel, Pete Rice. Pero Manuel nunca me dio motivo para sospechar de él en todo el tiempo que llevaba aquí.

-Cuando la palma de la mano de un hombre se cierra para ocultar dinero -dijo Pete-, se parece al potro que no se ha montado... no se sabe de lo que es capaz.

Manuel fue encerrado en una celda. El anciano sheriff se sentó en su despacho, con la cabeza entre las manos y una mirada de desesperación en los cansados ojos.

-Ahora comprenderá usted por qué me opongo a que organice ninguna «posee». No quiero exponer a los honrados ciudadanos de esta población a que les suceda lo que a mí y a mis hombres cuando nos dejamos engañar por Soapy Briggs. Los cuatreros tienen una organización que lo abarca todo. Si usted organiza una partida, ¿cómo sabrá que son honrados todos los que formen en ella? Tome a Manuel como ejemplo.

Warren movió su blanca cabeza.

-Me estoy volviendo demasiado viejo...

-No es eso, compañero -replicó Pete-. Es cierto que usted tiene mucha más edad que yo, y también más experiencia. Pero como yo soy más joven, soy capaz de mayor esfuerzo. Decididamente, no organizaremos la «posse», Warren. Un solo criminal que formase en ella, sería lo suficiente para llevar al aniquilamiento a toda la partida.

-¿Pero es posible que haya tantos malvados en Buffalo Ford? -gimió Warren.

-No se sabe -contestó Pete-. Puede ser que Manuel no cometiera en su vida, hasta esta noche, un acto verdaderamente criminal. Algún esbirro del jefe de los cuatreros le habló, le untó la mano y... ya ha visto usted lo que ha sucedido.

-¡No sé ya en qué confiar! -siguió lamentándose Warren.

-Confíe usted en mí -le dijo Pete, palmoteándole en la espalda-. Antes de que yo naciera este país vivía en paz, gracias a usted. Si yo puedo hacer otro tanto, me consideraré satisfecho.

Bajó la voz y miró al pasillo. No había nadie a la vista.

-Escuche, Warren. Voy a darle una noticia que le rejuvenecerá veinte años. Dentro de unos minutos, yo y mis hombres iremos a celebrar un pequeño «corazón a corazón» con el jefe de los cuatreros! ¡Sé quién es!

-¡Cómo! -exclamó Warren, con la boca abierta de asombro-.¡Tú tratas de... de animarme, Pete!

-Nada de eso. Le estoy diciendo la verdad.

-¡Dios santo! ¿Y quién es? -preguntó Warren.

-Se sorprenderá usted al saberlo, compañero. Es un hombre que usted conoce, y muy respetado por estos alrededores. Ya sabe usted que el hombre que es respetado no siempre es respetable... pero la mayor parte de la gente no nota la diferencia... Usted, compañero, cumplió su misión cuando le correspondió. Ahora nos corresponde a mí y a mis hombres cumplir la nuestra.

El sheriff de la Quebrada del Buitre abandonó Buffalo Ford, sin revelar al viejo Warran el nombre del jefe de los cuatreros.

Warren era muy testarudo, y probablemente hubiera insistido en su plan de organizar una partida para rodear la casa del criminal.

En opinión de Pete, aquello sólo hubiera servido para que el cuatrero se pusiera en guardia y emprendiese la huída.

En la partida que pudiera organizarse, no dejaría de haber espías. Y en cuanto se pusiera en movimiento, empezaría a funcionar el telégrafo misterioso.

Había, además, otras dos buenas razones para no intentarlo. Tal «posse» estaba condenada a sufrir grandes pérdidas de vidas. Pete quería evitarlo.

Por otra parte, aunque Pete conocía al culpable, había que recorrer un largo camino hasta conseguir demostrarlo.

EL jefe de los cuatreros puesto frente a una partida podía ser lo suficientemente astuto para reírse y justificarse de toda sospecha. Pero enfrentado con tres representantes de la Ley solamente, era seguro que enseñaría la mano.

Hicks «Miserias» estallaba de júbilo. Llevaba su nuevo juego de boleadoras y estaba impaciente por ensayarlas en un combate.

Teeny mostraba su látigo colgado al puño. Llevaba también un frasco de té sasafrás frío, que le había sido regalado por la esposa del viejo sheriff.

Los tres camaradas cabalgaban entonces en sus propios caballos.

-Te oí decir, patrón -cuchicheó «Miserias»-, que íbamos a ir a casa del jefe de los cuatreros. Esto me extraña, porque nunca te he cogido en ninguna mentira...

Teeny cabalgaba en silencio. Este descendiente del héroe del Alamo -su nombre de pila era William Butler- no era curioso por naturaleza.

El se limitaba a seguir las pistas como un apache, y a luchar como un jaguar.

El pequeño Hicks «Miserias», pronunciaba diez palabras por cada una de su compañero.

-Me oíste bien, «Miserias» -contestó Pete-.No he querido deciros nada hasta que nos encontrásemos solos en la senda. El número aumenta la seguridad... pero no el secreto... ¿Os habéis fijado alguna vez en la manera de vestir de un hombre?

-Yo no soy postinero -contestó Hicks «Miserias»-, y, generalmente, no me fijo en cómo visten los demás.

-A mí sólo me llaman la atención las pistolas de los otros -confesó Teeny.

-Bien -rió Pete-; pues habéis de saber que no hace mucho nos hemos encontrado con un hombre mucho mejor vestido de lo que acostumbran los habitantes de esta región. Fingía mucha curiosidad e interés por los asuntos de Buffalo Ford. Desde un principio me llamó la atención. Pero no se puede acusar a un hombre porque vaya bien vestido y sea muy cortés.

-¿Te refieres a Cuthbert?

-No. Reconozco que mi descripción coincide con la de Cuthbert, pero el hombre a quien me refiero es otro. Yo tampoco entiendo mucho de ropas; pero voy alguna vez de tertulia al taller del sastre de la Quebrada. El traje de ese hombre es de un paño costoso. Y por esta razón se salía de lo ordinario. Hasta ahora lo que digo no tiene nada de particular. Si el individuo era elegante... ¡allá él!

Pete se metió una mano en el bolsillo.

-Encontré algo en el puño cerrado de Hank Brown cuando estaba sin conocimiento en la corralada del rancho. Es un trozo de ese mismo traje de que os estoy hablando. Ese hombre y Hank Brown debieron reñir en Fiddleback. Y Hank arrancó un trozo del traje del individuo encapuchado, antes de recibir el golpe que lo dejó sin sentido. El encapuchado debía tener demasiada prisa para darse cuenta. El pedazo de paño parece ser un trozo de esa tira que se cose en las chaquetas para formar el bolsillo.

Pete abrió la mano y mostró el fragmento de tela a sus camaradas.

-Como veis, tiene el mismo color y el mismo tejido que el traje que vi al hombre de que os estoy hablando.

Teeny Butler se levantó sobre los estribos.

-¡Duval! -exclamó.

-¡Acertaste a la primera! -admitió Pete-. ¡El jefe de la banda de los cuatreros es Duval!

-¡Recoyote! -gritó Hicks «Miserias»-. ¿Pero no es ese Duval un hombre muy rico? ¿Para qué quiere más? ¿Y para qué necesita arruinar a estos pobres rancheros?

Pete rió.

-«Miserias», hay mucha gente que disfruta más yendo en carruaje cuando ve que los otros van a pie. No sé por qué será. Pero es así. Sí, Duval es un hombre riquísimo. Pero quiere más riquezas y más poder. Lo único que se interpone entre él y su deseo, somos nosotros.

»Vamos a correr un gran peligro. Pero en una ocasión conocí a un cowboy mejicano que era una especie de filósofo. Acostumbraba citar un viejo proverbio español. «Cuando encuentres un peligro, atácale de frente y te salvarás». Esto es lo que vamos a hacer. Yo no siento la menor preocupación yendo acompañado de vosotros.

-¡Y atrévete a dejarnos atrás, patrón! -desafió «Miserias»-. ¡Recoyote! ¡Con las ganas que tengo yo de un poquito de jaleo!

Teeny Butler se atizó un espantoso trago de su té de sasafrás.

-Yo soy tu hombre, patrón -dijo, limpiándose la boca con la mano.

-Pero es preciso tomarlo con calma, muchachos -aconsejó Pete a sus comisarios-. Después de todo, no tenemos pruebas bastantes... aunque sí casi seguras, en mi opinión. Duval puede no ser el único que lleve trajes de ese paño. Y aunque lo sea, puede haber alguna excusa, alguna equivocación... ¡Lo mejor que podemos hacer es averiguarlo!

CAPÍTULO XIX
EL DESCUBRIMIENTO

Por conversaciones casuales y cautas preguntas, Pete había averiguado, en Buffalo Ford, que George Duval vivía en la Hacienda del Gallego, a orillas del río Bonanza. Condujo, pues, a sus comisarios hacia aquel sitio.

Sobre una alta loma de la izquierda, y casi una milla más adelante, descubrió a un jinete, cuya silueta se destacaba a la luz de la luna.

El solitario jinete, al parecer, vio también al trío al mismo tiempo, pues espoleó a su caballo y desapareció por un desfiladero.

-¡Recoyotes! ¡Un espía! -exclamó Hicks «Miserias».

Teeny ya había lanzado al galope su potranco.

-¿No vamos tras él, patrón? -gritó, volviendo la cabeza.

-¡No; detente! -le ordenó Pete, y corrió a reunirse con él-, Es inútil dar caza a ese hombre. Con la delantera que nos lleva llegará a la Hacienda del Gallego mucho antes de que podamos alcanzarle. Es mejor fingir que ni siquiera le hemos visto. Si nos damos por enterados, nos recibirán con una granizada de plomo. Es preciso que nada sospeche Duval.

-¿Y después, qué, patrón? -preguntó Hicks «Miserias».

-Después... ya veremos -contestó Pete. Lo más fácil es que tengamos jaleo. Vosotros seguidme a mí, muchachos. No nos metamos en un callejón sin salida por apresurarnos demasiado. Es seguro que le rodearán muchos asesinos pagados. Pero si conseguimos que no entre en seguida en sospechas, por mí ya puede tener cien hombres. En cuanto yo le aplique mi pistola en la barriga, sus secuaces ya tendrán buen cuidado de no disparar.

Caminaron un buen rato al trote, en silencio sólo interrumpido por el batir de las herraduras y el rechinar de las sillas de cuero.

Un par de millas más adelante vieron ya las luces de la Hacienda del Gallego, edificada durante la dominación mejicana en Arizona.

El río Bonanza pasaba tan cerca de la finca, que se hubiera dicho que atravesaba su corralada. Un sendero bordeado de álamos terminaba en el muro de riscos que servía de fondo a los edificios del rancho.

La casa elevaba su decadente grandeza en medio de un grupo de robles plantados cuando fue edificada. Tenía tres pisos, con balcones en los dos superiores y una amplia veranda debajo.

Pistol Pete Rice cerró los ojos y se imaginó las alegrías, los romances, las tragedias, que aquella vieja mansión había presenciado. Mujeres de negros ojos se habían reclinado en aquellos balcones mientras subían del patio el rasgueo de las guitarras y los ardientes cantos de amor españoles.

¡Qué lejos estaban aquellos días felices de los actuales, cargados de terror!

¡Qué distintos los primitivos moradores de aquella casa del desalmado criminal que entonces la habitaba!

El trío se aproximó a la casa, desmontó y colgó las riendas de las cabezas de sus caballos. No había nadie a la vista. Pero Pistol Pete tuvo la sensación de que les estaban observando.

Probablemente, en aquel mismo momento, los bandidos alquilados estarían apuntando sus pistolas sobre los visitantes. Pero era ocasión para diplomacias y no para violencias. Pete levantó la voz de manera que pudiera ser oído.

-Espero que mister Duval estará en casa -dijo a sus comisarios.

-Es de esperar, patrón -contestó Hicks «Miserias».

-Bonita hacienda esta de mister Duval -elogió Teeny-. He visto lugares como éste, allá en Texas.

Subieron los tres por los crujientes escalones de la amplia veranda. Pete tiró del cordón de una campanilla. Se oyó un repiqueteo en lo más lejano de la casa.

Mientras Pete esperaba, pensó que era sólo cuestión de minutos el que las cartas quedasen boca arriba. Había llegado la hora de medidas radicales y de acciones desesperadas. Podría haber rodeado la Hacienda del Gallego con todos los hombres capaces de Buffalo Ford.

Pero aquello hubiera originado muchas pérdidas de vida. Y, además, Duval probablemente tendría alguna salida secreta en aquella casona que había mandado reconstruir.

Un mejicano bizco y cargado de espaldas salió a abrirles la puerta, saludándoles con una inclinación de cabeza.

-Venimos a visitar a mister Duval -contestó Pete.

-Haz pasar a los señores, Miguel -dijo una voz jovial desde el fondo del recibidor-. Condúcelos a la biblioteca.

El criado lo hizo así. Duval apareció sonriente y cortés, como de costumbre.

Iba vestido con un traje de color oscuro.

-Bienvenidos, amigos -saludó-. Siéntense ustedes. Considérense en su casa. Miguel, trae una jarra de mi mejor vino. El sheriff Rice no es bebedor, pero quizá tome un traguito por complacerme.

-Es usted muy amable, mister Duval -dijo Pete, con toda naturalidad, y se sentó en un sillón ricamente tapizado, mirándolo primero, rápida pero cuidadosamente, en busca de algún truco posible.

Teeny y «Miserias» se sentaron también. Duval cruzó la habitación para traer una caja de cigarros y después se sentó frente a Pete.

-¿Trae usted noticias, Rice? -le preguntó, con disimulado interés-. Si puedo cooperar con usted en algún modo, no tiene más que decírmelo. Mis hombres, mi dinero y mi ayuda personal están a su disposición.

-Sí, tengo algunas noticias -contestó Pete, estudiando a su astuto adversario.

¿Sería el criminal? ¿Ocultaría aquellos amables modales el alma más negra de la creación?

-¿Y cuáles son esas noticias, sheriff? Espero que sean buenas.

-Lo son -contestó Pete, sacando su 45 con la rapidez del rayo, y apoyando su cañón en el costado de Duval-. ¡Pero para usted son malas! ¡Manos arriba, Duval!

Duval obedeció instantáneamente, pero sonriendo como si se tratase de algún amigo que le gastase una broma.

-Realmente, no comprendo...

-¡Pues tiene que comprender -le interrumpió Pete Rice-, que le detengo por asesinato, robo e incendio premeditados!

Se oyó un chasquido en el rincón de la habitación donde se había sentado Hicks «Miserias» y Pete, con la pistola apoyada todavía en el costado de Duval, se volvió para mirar en aquella dirección.

«Miserias» continuaba sentado en su silla, pero un ingenioso mecanismo de metal se le había enroscado a los brazos sujetándole al asiento. Teeny Butler había desenfundado su 45 y miraba a su patrón esperando órdenes.

Duval se echó a reír burlón.

-Me tiene usted en sus manos, Pete Rice -le dijo desafiador-. Pero nosotros tenemos a su comisario. Estamos iguales. Apriete el gatillo y moriré instantáneamente. Pero su comisario deseará morir mil veces antes de que suelte el aliento. ¡Mire hacia el techo, Pete! ¡Verá qué casa más curiosa la mía!

Cautelosamente, con su 45 apoyada todavía contra Duval, Pete dirigió una mirada rápida hacia arriba. Un panel del techo se había deslizado hacia atrás silenciosamente.

Y por la abertura asomaban cuatro rifles. Teeny Butler estaba encañonado.

-Está bien el truco, Duval -dijo Pete, sin perder la calma-, pero usted no puede ganar. Podrá usted acribillarnos, pero usted está vencido.

Duval rió otra vez. Había en su voz un dejo burlón.

-Yo no lo creo así. Es usted un hombre de temple, Rice; pero dudo de que tenga valor para oprimir ese gatillo, condenando a la tortura a sus comisarios. ¿Por qué no quiere que hablemos?

-Hable -ordenó Pete, sombrío-; pero no nueva las manos.

-Bien.Quizá lleguemos a entendernos. Empiece por ordenar a ese comisario grandullón que baje la pistola. Ahora no le sirve de nada.

-¡No te muevas, Teeny! -gritó «Miserias»-. ¡Dale la orden, Pete! Batíos en retirada. No os preocupéis de mí. No les temo. Estoy acostumbrado a ver coyotes menos cobardes que éstos.-¡Verán en cuanto me suelten las manos!

Duval volvió a reír. Sabía que Pete Rice no dispararía. Y Pete lo sabía también.

-Enfunda la pistola, Teeny -ordenó-. Pero no cambies de asiento.

-¡Buen consejo! -rió Duval-. Como ve usted, Rice, no se presenta todo tan fácil como se imaginaba.

El cañón de la pistola de Pete continuaba apoyado en el costado de Duval.

-Nunca pensé que fuese tan fácil -replicó-. ¿Qué le parece a usted, Duval, si una «posse» se presentase aquí dentro de unos minutos? ¿Cree usted realmente que podrá ganar esta partida?

-¡Estoy seguro! -exclamó Duval-. Usted no comunicó sus sospechas a Warren en Buffalo Ford. Mis espías de la ciudad me informaron de eso. No dijo usted nada a nadie. Sabia usted lo que sucedería si se presentase aquí una «posse». Tengo muchos hombres en esta casa y me sobran las municiones. Quizá no se haya usted dado cuenta de que este edificio está sembrado de trampas disimuladas. Me gusta jugar con estas cosas. Hacen la vida interesante.

-Pero no la muerte -replicó Pete.

-Fue una gran idea la de las capuchas pardas, ¿no es cierto? -prosiguió Duval-. Tengo el proyecto de que algún día lleguen a ser temidas esas Capuchas Pardas en todo Arizona. Pero puede apostar que no iré con ellos la próxima vez. Hasta ahora he sido un jugador y generalmente tenía un as en la baza. No vi que Hank Brown me había desgarrado la chaqueta hasta que estuve fuera de la casa. Pero aun entonces creí que Brown moriría calcinado por el fuego.

»Cuando uno de mis espías me dijo que había usted rescatado a Brown, me propuse jugar en adelante sobre seguro. Sé ahora que encontró usted el pedazo de paño de mi traje. Mi intención era recibirles a ustedes bien, darles bebidas y obsequiarles todo lo posible... pero, ya que usted se está portando de un modo tan poco razonable, dejaré que mis amigos de ahí arriba les hagan un recibimiento un poco más caluroso.

Miguel, el criado, volvió a entrar en la biblioteca. Pero no traía un jarro del mejor vino.

Hizo su aparición a través de un panel que se abrió a la izquierda del atrapado Hicks «Miserias», y empuñaba una escopeta, que apoyó en la sien del barberillo comisario.

-Ahora retire esa pistola de mi costado, Rice -dijo Duval cada vez más sereno-. Le doy un minuto para hacerlo. Si no me obedece, mi criado Miguel apretará el gatillo. No le vueles la cabeza, Miguel -añadió, dirigiéndose al criado, como si le ordenase algún quehacer doméstico-. Vuélale primero una pierna.-¿Está dispuesto a que hablemos como es debido, Pete Rice?

Como todos los buenos luchadores, Pete Rice sabía cuándo retirarse... o fingir que lo hacía. La trampa en que había caído Hicks «Miserias» anulaba la eficacia de la pistola de Pete Rice y Teeny Butler.

Pete Rice no dudaba en arriesgarlo todo cuando era necesario. Pero sólo cuando se trataba de sí mismo. El y Teeny podían abrirse camino hasta verse fuera de aquella siniestra casa.

Pero no podían llevar a Hicks «Miserias» con ellos. El ingenioso dispositivo que sujetaba a »Miserias» debía haber sido puesto en movimiento desde alguna otra parte de la casa... posiblemente por los bandidos que asomaban sus fusiles por la abertura del techo.

Duval tenía todos los triunfos en la mano.

-Bien -contestó Rice-, voy a hacerlo con una condición. Yo le tengo a usted tan absolutamente en mis manos como sus asesinos a Hicks «Miserias». Aunque me disparen, el

último acto de mi vida será oprimir este gatillo. Arreglemos, pues, este asunto; pero antes de nada haga que suelten a mi comisario.

-La petición es razonable -convino Duval, conciliador-. Pero fijaremos una condición más. Miguel desarmará a sus dos comisarios. Así cedemos cada uno la mitad. ¡Sigo encontrando esto muy interesante!

No había más opción para Pete Rice. Si titubeaba un segundo, Miguel oprimiría el gatillo de la escopeta. A juzgar por la maligna mirada de Miguel el criado encontraba muy agradable aquella misión

-Bien, quizá acepte también esa proposición -dijo Pete. Trataba simplemente de hablar algo para hacer tiempo y pensar, planear.

Había varias lámparas de brazo en cada una de las cuatro paredes. No podía apagar todas aquellas luces a tiros antes de que los hombres de allá arriba le cazasen con sus rifles. Indudablemente, Duval se daba cuenta de ello.

Duval mostraba su astucia en todo lo que hacía.

-¡Es usted muy amable! -contestó Duval, todavía con su tono burlón-. Pero necesito una decisión terminante.

Pete aparentó pensarlo. Y pensó, en efecto. Pero no en su decisión. Pensó que podría derribar de un salto las dos lámparas ornamentales que lucían sobre la chimenea.

Después él y sus comisarios intentarían escapar rompiendo los cristales de la ventana.

Todas las probabilidades eran que se llevasen algún plomo en el cuerpo.

Pero tal peligro era uno de los gajes de su profesión. Sus caballos estaban todavía allá afuera. Pete les oía patear y relinchar de vez en cuando.

Estaban desatados. Las lámparas volcadas podrían iniciar un incendio que entretuviese a Duval y sus hombres.

-¡Le quedan a usted quince segundos! -gritó Duval-. ¡Prepara la escopeta, Miguel!

-Acepto su proposición -dijo Pete prontamente-. Seguiré con la pistola en su costado hasta que Hicks «Miserias» esté libre. Después se la entregaré. Cualquier intento de engaño y George Duval será un jefe de cuatreros muerto. ¡Su dinero no le impedirá ir al infierno, Duval!

-Fuertes palabras son esas, Rice -se burló Duval-. Miguel desarma a esos comisarios.

Miguel lo hizo así, con evidente aire de decepción. Teeny Butler gruñó entre dientes, pero no se encontró más indefenso sin la pistola que lo había estado antes con ella.

Como Pete Rice, habría aprovechado cualquier ocasión, aún a costa de su propia vida. Pero una ocasión en que se jugaba la de «Miserias» ya era cosa de pensar.

-Esto ya es ponerse en razón -dijo Duval con las manos levantadas, pero vuelto el rostro hacia el techo-. ¡Eh, muchachos! ¡Soltad a esa pulga de la silla!

Se oyó un chasquido metálico y las bandas que sujetaban a Hicks «Miserias» se apartaron por encima de su cabeza.

El pequeño comisario se puso en pie. Sus ojillos azules echaban chispas.

Miraba a su patrón pronto a entrar en acción.

-Lo convenido es lo convenido -dijo Duval suavemente-. Miguel, acércate aquí y toma la pistola de este caballero. Ya sabe usted, Rice, que mis hombres tienen todavía encañonados a sus comisarios.

Pete afirmó con un gesto. Entregó su pistola a Miguel. El criado abandonó la habitación.

-Reconozco que tiene usted los triunfos en la mano, Duval -dijo Pete, empezando a caminar sosegadamente hacia la chimenea. Un zarpazo de sus manos derribaría al suelo aquel par de lámparas encendidas-. Supongo que...

El suelo empezó a hundirse bajo él. Dio la vuelta y vio que Duval se había plantado de un salto en el umbral. Pete intentó asirse a la chimenea, pero no lo consiguió.

Un instante después se sintió dando volteretas por el espacio. Su cabeza chocó contra algo y perdió el conocimiento.

Cuando volvió en sí estaba tendido en el suelo cubierto de paja de una bodega. Oyó la voz de Hicks «Miserias».

No había modo de dejar de oír aquella voz cuando «Miserias» estaba presente. Trampas, tiros, lazos... no eran suficientes para hacer callar al hablador barberillo.

-Nos ha dado usted la gran sorpresa -estaba diciendo «Miserias»-. Le creíamos ahogado y ahora le encontramos en una bodega encerrado con nosotros.

-Oh, una bodega no es un sitio malo del todo -le contestó otra voz-. Pero da la casualidad de que la bodega pertenece a ese maldito Duval, y la cosa cambia de aspecto por completo. ¡Deberían poner colchones para que uno no se hiciese daño al caer! ¿No les parece? El pobre Rice dio de cabeza en el suelo, y ahí le tenemos durmiendo todavía. Menos mal que Rice tiene los huesos muy duros y se le pasará en cuanto se rasque un poco.

Aquella voz era la del dueño del rancho de Fiddleback... ¡J. B. Cuthbert!

CAPÍTULO XX
PRESAGIOS DE MUERTE

Un débil rayo de luz que se filtraba por una rendija de la trampa, mostró a Pete Rice que él y sus comisarios habían sido precipitados desde una altura de dieciocho o veinte pies. Pete había chocado con la cabeza contra el piso de adobes cubierto solamente por una delgada capa de paja.

Oyó que alguien roncaba musicalmente unos cuantos pasos más allá.

El durmiente estaba fuera del rayo de luz. Pero no podía ser otro que Teeny Butler. El perfecto sistema nervioso de Teeny le permitía dormitar en cuanto se presentaba la menor ocasión.

-¿Es usted, Cuthbert? -preguntó Pete.

-¡Ah! ¿Despertó usted ya, Rice? Sus comisarios estaban muy preocupados por usted, pero, finalmente, le dejaron dormir.

-¿Te sientes bien, patrón?- preguntó «Miserias», ansiosamente.

-Bastante bien -contestó Pete-. La cabeza me duele como si me la hubiesen atravesado de oreja a oreja. Pero, fuera de eso, no me siento mal. He pasado cuartos de hora mucho peores otras veces. Creíamos que se había ahogado usted, Cuthbert.

-Eso me estaba diciendo su comisario -contestó el inglés-. Pero todavía conservo un hilillo de vida. Lo de la caída al río fue una treta de ese maldito Duval. Me invitó a su casa... y ya ve usted el modo que tuvo de obsequiarme. Bien es verdad que no estoy muy adecuadamente vestido para una reunión.

Se arrastró hasta colocarse bajo el rayo de luz, y Pete vio que iba sólo cubierto con sus ropas interiores. Pero no por eso se borraba la sonrisa de su agradable rostro.

-Vine a Arizona por sus aires y los estoy tomando a satisfacción -rió el inglés.

-¿Cree usted que Duval llegó a sospechar que sabía usted algo? -preguntó Pete.

-Eso me figuro -contestó Cuthbert-. Soy, como usted sabe, un amateur del detectivismo.

»Duval dejó un día escapar en su conversación el detalle de que había vivido en Montana. Yo ya sospechaba algo de él por entonces, y me las ingenié para obtener una fotografía suya y la envié a Elena. Las autoridades me informaron de que se trataba de un hombre reclamado por la justicia, conocido con el apodo de Duval «Buen-naipe», debido a su fama de jugador.

Pete le contó lo sucedido desde la última vez que vio a Cuthbert: la fuga del «Nido del Águila», el incendio del rancho de Fiddleback y el salvamento de Hank Brown.

El inglés recibió la noticia de la destrucción de su hacienda con toda calma.

Próximo a morir no había que preocuparse de los bienes de la tierra.

-Hicks me contó lo de Hank Brown -dijo-. Es un buen muchacho ese Hank. Yo tenía el proyecto de hacerle partícipe de los beneficios del rancho el próximo año, pero ya no saldré de aquí. Lo único que siento es no haberle podido avisar a usted, Pete, de que existía esta trampa. Sospeché que algo iba a suceder, pues esta mañana temprano bajó aquí ese miserable de Miguel y me amordazó. Oí todo lo que se decía allá arriba, pero no pude gritar para ponerle a usted sobre aviso. Ya es inútil lamentarse de lo que no tiene remedio, ¿no le parece?

-¡A mí no me importa morir! -intervino «Miserias»-. Pero antes me gustaría sacarle la miseria del cuerpo a ese Duval. Jamás vi un asesino con tanta sangre fría.

-¿Están ustedes hablando de mí, muchachos? -dijo en aquel momento una voz sobre sus cabezas.

Se había deslizado silenciosamente la trampa del techo, precipitándose un raudal de luz en la bodega. La voz era de Duval.

-No es de muy buena educación criticar a los ausentes.

Pete guardó silencio. Hicks «Miserias» lanzó los más espantosos epítetos sobre el rey de los cuatreros. Cuthbert permaneció imperturbable.

-Es usted muy bondadoso en venir a visitarnos tan a deshora --dijo a Duval con burlona cortesía.

-Oh, no me lo agradezca -contestó el bandido en el mismo tono-. Para mí es un placer. Hacía mucho tiempo que no hablaba con ustedes.

-Permítame una pequeña pregunta -dijo Cuthbert-. ¿Quién mató a mi ranchero Jack Flynn?

-Soapy Briggs -contestó el de arriba.

La flema de Cuthbert desapareció por un momento, y no pudo contener una maldición a la memoria del traidor Soapy...

-Me parece haber oído su voz ahí abajo, Pete Rice -siguió diciendo Duval-.

Lo celebro mucho. Temí que se hubiese marchado. Hubiera sido para mí una gran decepción. Va usted a morir... pero no de un modo tan sencillo. Había usted llegado a ser mi pesadilla, Rice. Era usted el único hombre a quien yo temía.

-Muchas gracias -contestó Pete, secamente-. Es usted un pájaro muy listo, Duval. Sospeché de usted desde que le vi por vez primera. Pero me despistó usted un poco cuando los pistoleros le dispararon al mismo tiempo que a mí... y, especialmente, cuando contestó usted y mató a uno de ellos.

-Ya me figuraba que eso tranquilizaría sus sospechas -contestó la voz de arriba. Fue un pequeño accidente muy afortunado para mí. Eran mis hombres, desde luego, pero no me habían visto entrar en el despacho de Warren por la puerta trasera. Usted despachó a uno de los hombres. Yo despaché a otro. Fue una estratagema muy hábil, ¿verdad? Bien, muchachos, que lo pasen ustedes bien ahí. Tengo demasiado que hacer para desperdiciar el tiempo hablando.

La trampa volvió a cerrarse y los cuatro hombres quedaron una vez más en las tinieblas, rotas solamente por el rayo de luz que penetraba por la rendija.

Esperaban la muerte... muerte que Duval había prometido no ser «demasiado sencilla».

Cuthbert recobró su flema rápidamente. Bajó la voz y reanudó su conversación con Pete.

Ya habrá observado usted que me faltan la mayor parte de mis ropas -dijo-. Es obra de Miguel, el criado de Duval. El tal Miguel es una hormiga. Sólo piensa en los negocios. Es él quien me baja los alimentos. Pero no como a menos que le pague con una parte de mi

vestuario. Primero me llevó las botas, después la chaqueta y así sucesivamente. Supongo que estas ropas interiores desaparecerán más pronto o más tarde a cambio de unos fríjoles.

Teeny Butler dejó de roncar y se incorporó rápidamente.

-¿Habla alguien de comer? -preguntó-. Tengo bastante apetito.

-De comer hablábamos -contestó Cuthbert-. Consuélese, por que tengo entendido que a los condenados a muerte se les permite elegir un excelente menú para su comida final.

-Entonces, que me traigan un pollo, una fuente de chuletas, tres pasteles de gayuba y un tazón de café -dijo Teeny-. En caso de que las gayubas no estén en sazón... consiento en esperar hasta la temporada próxima.

Pete Rice no tomó parte en la alegre conversación. No cesaba de pensar en la crueldad y astucia de Duval. Era sorprendente la lealtad que el bandido había sabido inspirar en sus secuaces.

Duval conocía la atracción del dinero. Y, sin duda, pagaba a cualquier miserable peón más de lo que pudiera ganar en un año de duro trabajo.

Duval tenía, además, una atención admirable para los detalles. Representó, por ejemplo, la comedia de despedir a Pedro Montes, el «borra-marcas», de su empleo; y después hizo que Leach «Boca-torcida» le contratase.

De este modo Montes ignoraba que seguía trabajando para Duval.

-¿Tiene usted idea de a dónde lleva Duval el ganado robado? -preguntó Pete a Cuthbert.

-Ni la más remota, mi querido amigo -exclamó el inglés-. Existe alguna salida secreta. Él me lo ha insinuado alguna vez, pero no me dijo nada en definitiva. Probablemente pensó que, si escapaba por algún milagro, sabría demasiado para su tranquilidad. Es un hombre muy astuto ese Duval. ¡Lástima que no haya dedicado su talento a fines más nobles!

El sheriff y el inglés siguieron hablando. Lo hacían en voz baja, casi como un susurro. De vez en cuando oían a Duval hablar con alguien en el despacho de allá arriba. Escuchando atentamente. Pete pudo coger algunas palabras. Se trataba de cosas sin importancia. Al parecer, Duval y algunos de sus hombres trataban de organizar una partida de poker para distraerse mientras llegaba otro de la banda.

Pete tuvo la sospecha de que el hombre esperado era Leach «Boca-torcida».

«Miserias« y Teeny estaban ya roncando y, finalmente, Cuthbert se preparó para dormir. Pete se tendió también sobre la delgada capa de paja.

Una idea se agitaba en la cabeza del sheriff. Empezaba a coordinar detalles.

«Una especie de salida secreta», había dicho Cuthbert.

Pete recordó las últimas palabras de Rimrock Morley. Y relacionó aquel enigmático mensaje con el hecho de que la casa de Duval estuviese situada en una vieja concesión española.

Antes de quedarse dormido creyó haber encontrado la solución al misterio de Buffalo Ford. Pero lo que no encontró fue la solución a su propio problema: el poder escapar para utilizar su secreto contra Duval, jefe de la banda de cuatreros.

Fue despertado unas horas más tarde por la luz que penetraba por la trampa abierta en el techo. Miguel, el aprovechado mejicano, descendía un cubo de agua al calabozo.

Pete fingió continuar dormido. Llegaban hasta él unas voces.

Evidentemente venían de la pequeña habitación situada a la derecha de la biblioteca. Uno de los que hablaban era Duval, el Duval «Buen-naipe» de los pasados tiempos.

Escuchó atentamente, y comprobó que la otra voz más dulce y reposada pertenecía a Leach «Boca-torcida», el bandido de los suaves modales.

-Mañana por la noche -estaba diciendo Duval-, podréis coger el mayor botín de ganado que hemos tenido hasta ahora. Lleváoslo todo: vacas, toros, añojos, terneros... Todo es dinero.

Pero tened cuidado de emplear los mismos métodos. Las reses deben desaparecer sin dejar rastro. ¿Entendido?

-¿No nos permitirá usted acosar con los caballos, patrón? -dijo la voz de Leach-. Emplearíamos mucho menos tiempo de ese modo. Los otros procedimientos sólo permiten que trabaje un hombre, porque sólo disponemos de un animal adiestrado en quien confiar.

-Sí, sí, ya lo sé -replicó Duval un poco impaciente-. Pero todo está en nuestras manos ahora. Y es preciso no dejarnos llevar de un exceso de confianza. Hay muchos hombres de valia en Buffalo Ford. Si llegan a darse cuenta, lo pasaremos muy mal. Dentro de unos cuantos meses, a lo mejor, todos los rancheros deben quedar arruinados.

»Después yo me encargaré de buscar testa-ferros que figuren como dueños de los terrenos que yo compre. El negocio será fantástico, Leach. En unos años seremos los amos de la mayor parte de los pastos de esta región.

-¿Qué hay de los prisioneros? -preguntó <Boca-torcida>.

-¿Dices que nadie sospecha de mí en Buffalo Ford? ¿Es seguro que Warren no se habrá dado cuenta?

-¡Esté tranquilo! -replicó Leach-. ¿Quién va a sospechar de usted, «Buen-naipe»? ¿No mató usted a uno de sus propios hombres, después que éste le tiroteó? ¿No ha fundado usted el premio de los ganaderos para el que detenga a los bandidos? ¿No es usted el ciudadano principal? Nadie sospecha nada... excepto los pájaros que están en la bodega.

-Está bien -dijo Duval con satisfacción-. Mañana por la noche, después de que cojáis el ganado, dispondremos la muerte del inglés, Pete Rice y sus comisarios. Ahora que me sonríe el éxito no es cosa de dejar vivo a un hombre tan peligroso como Pistol Pete Rice. Mi seguridad depende de su muerte.

-Yo no esperaría diez segundos para deshacerme de Pistol Pete Rice -aconsejó Leach-. Un hombre como Pete es de temer mientras aliente.

Duval rió.

-No alentará mucho tiempo, descuida. Pero tú ya sabes que yo siempre me reservo un as en la manga. Si por casualidad alguien de Buffalo Ford sospecha de nosotros y esparce la noticia, podría necesitar a Pete Rice y sus hombres como rehenes. Pero mañana por la noche el peligro habrá pasado. Rice abandonará la tierra en esa fecha. Definitivamente. Con un hombre como Pete Rice...

Las palabras murieron al cerrar Miguel la trampa.

Cuthbert se aproximó a Pete Rice.

-Buenas noticias las que ha oído usted, ¿no es cierto? -le preguntó.

-Sí -contestó Pete-. Mañana por la noche es la fiesta. Pero eso significa que podemos dormir tranquilamente esta noche.

-Parece que toma usted las cosas con mucha tranquilidad -dijo el inglés-.Yo nunca enseñé la pluma blanca, pero creo que no dormiré tan profundamente.

-¿Por qué no? -replicó Pete-. El gran arte de la satisfacción consiste en contentarse con lo que se tiene y con lo que no se tiene. Durante las próximas horas yo me sentiré tan satisfecho como un millonario... y quizá más que algunos.

Se tendió sobre la paja y un momento después dormía tranquilamente.

Pete Rice conocía ya el secreto de todo aquel asunto. Sabía lo que Rimrock quiso decir con aquello de <la antigua línea S. P.>.

Sabía igualmente que no eran sólo las reses, sino también las tierras, lo que Duval perseguía con su plan infernal.

Sólo una cosa no sabía Pete Rice... si podría escapar de su encierro para que le sirviesen de algo sus conocimientos.

CAPÍTULO XXI
LA CUERDA

A la mañana siguiente los cuatro prisioneros se encontraban de un humor sorprendente en hombres condenados a morir a la vuelta de las manecillas de un reloj.

Tenny había dormido como un oso en invierno. Su única preocupación era el desayuno. «Miserias» se mostraba tan hablador como si estuviera detrás del sillón de su barbería en la «Quebrada».

Cuthbert seguía con su flema habitual. Pete Rice tenía la serenidad del que se enfrenta, fría y lógicamente, con hechos brutales, pero que acomoda su conducta a la máxima de que « la esperanza no debe morir mientras haya vida».

Cuthbert miró bostezando al sheriff de la Quebrada.

-¡Este es el gran día, amigo mío! -le dijo.

-Sí -contestó Pete, lacónicamente-. Este es el gran día.

-Yo sólo deseo que ese bandido de mejicano entre pronto con el desayuno -dijo Teeny Butler-. No me importa morir. Pero morir de hambre es un poco aburrido.

-¿No habría medio de intentar la fuga, patrón? -preguntó «Miserias»-. Parece que está todo muy tranquilo por allá arriba.

-Quizás estén todos fuera, menos Miguel. Si nos pusiésemos unos encima de los hombros de los otros...

-Si tú crecieses dos pies de repente -le interrumpió Pete podríamos intentar hacer la torre y el que la coronase no se encontraría muy lejos de la trampa. Sería un ejercicio excelente para nosotros... pero a eso quedaría reducido todo. La trampa está sujeta por arriba. A un hombre tan cauto como Duval no le puede haber pasado inadvertida la altura que pueden alcanzar cuatro hombres encaramados unos sobre otros.

-Si siquiera fuese yo tan grandullón como Teeny... -murmuró < Miserias».

-Todavía te queda mucho tiempo para crecer -le interrumpió Teeny-. Yo estoy satisfecho con mi estatura, pero si tuviera un hada madrina, le pediría tres cosas. Primero, un buen desayuno, coronado por unos pasteles de gayuba de los que hace Wu Hu, el cocinero del Hotel Arizona. Después que me transportase al despacho del Hotel para comprar un buen cigarro. Y luego, que me llevase al salón de tu barbería, para que me hicieses un buen afeitado.

-¡No sea usted cruel, muchacho! -le suplicó Cuthbert-. ¡Un afeitado! ¡Pues no es nada! Yo me afeitaba todas las mañanas desde que cumplí los doce años. Siempre llevaba una navaja, y un pedazo de jabón cuando salía de casa. Esos de ahí arriba me quitaron la navaja, como es natural. Debieron pensar que podía suicidarme.

-¿Tiene usted todavía el espejo, Cuthbert? -preguntó Pete.

-Oh, sí. Pero no he tenido ocasión de admirarme en él en este negro agujero. Si a mí me concediesen esos tres deseos de que usted hablaba, Butler, pediría un baño, un afeitado y una camisa limpia. Es poco, ¿verdad? Pues tan poco como es, no espero conseguirlo ya en esta miserable vida.

-Si siquiera pudiéramos intentar algo -repitió «Miserias»-, correr un albur con mil probabilidades en contra, es mejor que estarse sin hacer nada. Es preciso discurrir algo, patrón. No disponemos de mucho tiempo. Tenemos que darnos prisa.

-La prisa da casi siempre mal resultado -replicó Pete-. Mucha gente se parece a los podencos jóvenes que se adelantan al zorro. Nadie puede coger nada de esa manera.

Pero Pistol Pete Rice no hacia más que pensar, planear, tratar de discurrir algo que pudiera salvarles.

El gran reloj de la biblioteca dio seis campanadas. Una hora más a lo largo de la sombría senda que sólo tenía un término.

Unos minutos después de las siete el aprovechado Miguel entró el desayuno. Se componía de tortillas correosas y frijoles cocinados con chiles.

Como en el caso del entonces casi desnudo Cuthbert, el mejicano esperaba sacar provecho de los nuevos cautivos. Pete tuvo que atar el sombrero a una cuerda que el bandido dejó colgando antes de descender los alimentos.

«Miserias» envió para arriba una cadena de reloj, que hizo brillar de codicia los ojos de Miguel, Teeny contribuyó con su cinturón.

-No tengo necesidad de ropas interiores -gritó Miguel a Cuthbert-. Tendrá usted que pasarse sin desayuno o compartirlo con esos gringos.

Teeny se despojó de su chaqueta.

-Yo le convido con esto -ofreció-. Baja el desayuno para el caballero, Miguel.

-¡No puedo consentirlo! -protestó Cuthbert-. Tengo una bolsita en un rincón y todavía me quedan unas piezas de oro...

Pete dio un codazo al inglés. Era una señal para que guardase silencio. El frugal desayuno de Cuthbert descendió también a la bodega. Después volvió a cerrarse la trampa, dejando a los cuatro presos en la oscuridad.

-No veo la ventaja a esto -murmuró Cuthbert, cuando oyó alejarse los pasos de Miguel.

-Es que se me ocurrió pedirle a usted prestado ese dinero -replicó Pete-. Pienso hacer un pequeño negocio...

-Será inútil -dijo Cuthbert-. Yo le he ofrecido una pequeña fortuna si me sacaba de aquí. Miguel no sabe lo que es honradez, pero el temor a Duval le hace cumplir con su deber sin permitirse más que pequeñas raterías como esta de cobrarnos los alimentos. Pero, de todos modos, puede usted disponer del dinero. Le aseguro, sin embargo, que mil libras no tentarían a Miguel. Sabe lo que haría con él Duval si nos dejase escapar.

-Sí, comprendo que usted tiene razón -concedió Pete.

Sin embargo, Pete aceptó la pequeña bolsa de cuero que Cuthbert había escondido en un rincón, bajo la paja.

Volcó su contenido sobre la palma de la mano; había un montoncillo de monedas de oro y plata, que brillaron a la luz que se filtraba por la rendija.

Le vino un recuerdo a la imaginación. ¿Habría encontrado su madre las piezas de oro que le dejó en el reloj?

En aquel momento, probablemente estaría la anciana ocupada en sus quehaceres caseros... fregando los platos del desayuno, limpiando, sacudiendo, cepillando, en su lucha de siempre contra la suciedad y el polvo.

Quizá estuviese cantando alguna vieja canción de las que arrullaron los sueños de Pete, veinticinco años antes.

¡Morir! No le asustaba. Todos los hombres tienen que morir. ¡Pero qué penoso pensar en el dolor de una madre anciana... !

-Nunca creí que supiesen tan bien los frijoles con pimientos -dijo Teeny Butler, mientras los devoraba-. Parece que tú no tienes mucho apetito, Pete.

Pete no contestó, sumido en sus reflexiones. Su fino oído percibía el acompasado «tic-tac, tic-tac> del gran reloj de la biblioteca.

El tiempo seguía avanzando implacable. Iban abriéndose las tumbas para los cuatro hombres honrados que conocían el secreto de George Duval, el rey de los cuatreros, ambición y crueldad personificadas.

A las cinco, cuando Miguel volvió a abrir la trampa, Pistol Pete se colocó directamente bajo la abertura, con la plata y el oro en la palma de su mano.

La luz que penetraba de allá arriba lo hizo brillar; pero no más que los negros ojos del codicioso mejicano, Miguel se humedeció los labios como el lobo que se dispone a devorar su presa.

-¡Oro! -exclamó-. ¡Dinero!

-Has visto bien, Miguel -dijo Pete, hablando en español-. ¡Oro! ¡Dinero! ¡Mucho oro y mucho dinero!

-¡No intente sobornarme para que les deje escapar! -dijo Miguel con firmeza-. Ni por mil veces esa cantidad consentiría en ello. Soy pobre, pero la vida es buena. El oro no les sirve para nada a los muertos...

-Eso es verdad -confesó Pete-. Sé que tú no puedes exponerte dejándonos escapar, Miguel. Pero tengo mucha hambre. Tortillas y frijoles... ¡bah! ... yo quiero un pollo, un pollo bien asado, doradito, relleno de nueces, hígados y pimientos. No tienes más que decir al cocinero que me prepare un pollo que le haga llorar al salir de sus manos. Y yo ataré a tu cuerda esta bolsa con las monedas. Podrás comprar mucha tequila, Miguel.

-¡Así se habla, patrón! -aplaudió Teeny Butler-. ¿Y qué me dices de un pastel de gayuba? Lo menos que pueden hacer por nosotros es darnos una buena comida de despedida.

«Miserias» y Cuthbert miraban extrañados a Pete. No era posible que el sheriff pensase únicamente en comer en un apuro como aquel.

-¿Un pollo, señor?

Miguel con voz temblorosa. La mera visión de las monedas infundía respeto a sus modales-. -No me es posible. El amo es muy severo. Me valdría cuarenta latigazos el robar un pollo de la cocina. Si fuese cerdo asado, ya sería otra cosa. O quizá ternera. Así y todo, podría ganarme los latigazos; pero el oro me haría resistir el dolor. Cerdo asado, señor...; es muy tierno. Se lo traeré en seguida. Ate la bolsa a la cuerda.

Pete movió la cabeza.

-¡No! -dijo, decidido-. Un hombre sentenciado a muerte tiene derecho a elegir su última comida. Pollo asado... o nada. Todo este dinero por un pollo. Con él podrás comprarte una pequeña granja, Miguel. Muchos pollos. Y, sin embargo, yo te lo ofrezco por uno solo.

-Es imposible, señor -insistió Miguel-. Pero seguían brillando de codicia sus ojos cuando cerró la trampa. Sus vacilantes pasos indicaron que se retiraba de allí de mala gana.

-¿Pero cuál es tu plan, patrón? -preguntó Hicks <Miserias> en voz baja-. No nos vendría mal un pollo asado, pero sospecho que hay algo más en tu imaginación.

-Estás en lo cierto --confesó Pete Rice-. Estoy tendiendo la red. No sé si dará resultado o no. En este momento, Miguel no hará más que pensar. Sabe que después que muramos no podrá apoderarse de estas monedas de oro. Alguien más alto que él cuidará de guardárselas para su provecho.

»Pensé en esto durante el desayuno... o lo que ellos llaman desayuno. Pero aplacé mi plan hasta el anochecer. Si logramos salir de aquí, tiene que ser amparados por la oscuridad. A la luz del día nos agarrarían sin ningún trabajo. Quizá me equivoque, pero la cara de ese hombre me dijo que volverá. Es demasiado dinero para un peón.

Pete había juzgado acertadamente al codicioso mejicano. Por tres veces abrió la trampa para suplicarle que aceptase el cerdo asado... y el propio bandido se relamía los labios. Se veía claramente que el puerco asado era el alimento que se servía a los criados en aquella casa. Miguel ambicionaba el oro. Pero deseaba conseguirlo con el menor riesgo posible.

Pete Rice se mostró inflexible.

-¡Pollo asado... o nada! -repitió-. Y date prisa, Miguel, si es que quieres este dinero. No oigo a tu patrón por ahí. Debe de haber salido. En una hora puedes tener el pollo asado... si es joven y tierno como el que yo quiero. Piénsalo bien.

-Es cierto que el patrón no está aquí ahora -confesó Miguel, y el corazón de Pete saltó de esperanza-. Pero si volviera y descubriese...

-Piénsalo bien, Miguel -le aconsejó Pete-. Jamás te dará tanto un pollo. Piénsalo bien.

Miguel movió la cabeza y cerró la trampa. Se oyeron alejarse sus pasos.

Seguía implacable el «tic-tac, tic-tac» del gran reloj de la biblioteca.

Pasaban los minutos. Una vez más Pete Rice aplicó el oído al muro de adobes de la bodega.

-Podré equivocarme -murmuró-, pero juraría que Miguel u otra persona está agarrando un pollo ahí afuera. El escándalo que arma el animalito revela la intención de sus perseguidores. Rogad que ello signifique lo que esperamos, compañeros. Y rogad también por que Miguel no se retrase demasiado.

El gran reloj de la biblioteca dio en aquel momento siete campanadas.

Eran un poco más de las ocho cuando volvieron a oírse allá arriba los cautelosos pasos de Miguel. Se oyó el ruido de un cerrojo al descorrerse, y la trampa se abrió una vez más, inundando de luz una parte de la cueva.

-¡Oiga! -musitó Miguel-. Cogí el pollo y lo hemos guisado. El amo está todavía afuera. Pero tiene usted que darse prisa.

Miguel dejó colgar la cuerda por la abertura.

-Mándeme usted el oro y yo bajaré el pollo -hablaba muy bajo y esto indicó a Pete que aun había en la casa sirvientes, centinelas y secuaces, encargados de guardar a los prisioneros.

-¿Crees que confío tanto en ti? -le preguntó Pete en español-. Baja el pollo, y después tendrás el oro.

Esperaba una objeción a esta proposición... y no se encontró decepcionado.

-¿Me toma usted por tonto? -replicó el bandido-. Estoy seguro de que si le doy el pollo usted no cumple lo prometido con el oro.

-¿Y cómo voy yo a saber siquiera que tienes el pollo? -replicó Pete-. Enséñamelo.

-Bien, pues va usted a verlo y no discutamos más. ¡Mire!

Miguel se echó hacia atrás, apoyándose en la mano que sostenía la cuerda, y levantó con la otra el pollo que tenia en una fuente.

-Huela, qué delicioso olor despide, señor...

Estaba al borde de la trampa abierta. La mano que sostenía el pollo no podía agarrarse a nada. Pete aprovechó el momento para tirar de la cuerda con todas sus fuerzas.

Miguel perdió el equilibrio. Y cayó dando volteretas a la bodega. El grito que acudió a sus labios quedó ahogado en su garganta por un puñetazo que le descargó Pete.

Otro espantoso golpe a la mandíbula dejó a Miguel sin conocimiento. Los puños de Pete estaban animados de una fuerza superior, pues no había olvidado el incidente de la escopeta de la noche anterior y le cegaba la ira.

-Y ahora, señores -apremió Pete a sus compañeros-, a trabajar de prisa. Por lo menos escaparemos de la tortura, pues si nos sorprenden ahora, nos matarán a tiros. Déjeme ese espejito de que habló, Cuthbert. Teeny, colócate debajo de la abertura. Creo que podrás aguantar el peso de tres hombres sobre tus espaldas.

No perdieron un instante. Teeny se colocó en la posición requerida.

Pete levantó a Hicks <Miserias> como una criatura, y le izó hasta los hombros del atlético comisario. El encaramar a Cuthbert sobre los de «Miserias» fue ya tarea más ardua, pero Teeny añadió la fuerza de sus brazos de gorila para ayudar a subir al inglés.

En el cuerpecillo de Hicks «Miserias» había más músculo de lo que podía sospecharse, y Cuthbert se vio, al fin, sobre sus hombros.

Lo más difícil fue encaramar a Pete sobre el que coronaba la torre humana.

Pero ni arañazos, ni patadas, ni dolores importaban ya...; nada excepto la fuga.

Pete cogió la cuerda entre sus dientes. Sus expertos dedos de cowboy habían hecho un lazo en uno de sus extremos.

Se encontraba todavía demasiado bajo para asirse al borde de la trampa. Ya lo había tenido en cuenta desde un principio.

Sacó el pequeño espejo de Cuthbert y lo mantuvo ante la luz que penetraba por la abertura. Le colocó en diversos ángulos.

Buscaba algo en la habitación de arriba a que poder arrojar su lazo. Era una acción arriesgada e insegura. Pero había que intentarla. Los brazos de las lámparas cederían. El grueso bolo de la barandilla de la escalera estaba demasiado lejos.

Las macizas patas de la mesa escritorio hubieran servido... pero no era posible engancharlas con el lazo.

-¡Firmes, muchachos! -advirtió Pete-. ¡Un minuto más! ¡Ya lo tengo!

Había encontrado algo. Pero era un blanco muy pequeño. Podría ceder cuando le sometiesen a la tracción. Pero era algo. Se trataba del tirador de la puerta que comunicaba la biblioteca con el cuarto inmediato. La puerta estaba cerrada.

Pete, sin dejar de mirar en el espejo, agitó la cuerda en un pequeño círculo por encima de su cabeza. El lazo partió. ¡Falló el blanco! El lazo chocó con la puerta, no lejos del tirador y cayó al suelo. Pete lo recogió rápidamente.

-¡Firmes, muchachos! ¡Sosteneos!

La cuerda sacudió de nuevo su golpe, como una serpiente ciega. ¡Y otra vez erró la puntería!

-No te preocupes por nosotros, patrón -dijo la voz de <Miserias»-. Resistiremos.

Pero la voz era jadeante. El cuerpecillo del barbero se derrumbaría en cualquier momento. Cuthbert -poco más que un inválido-estaba ya a punto de ceder también, deshaciendo la pirámide humana.

Sólo el gigantesco Teeny Butler resistía impávido, como un monolito hundido en la tierra.

-Sujete bien los pies, Cuthbert -rezongó «Miserias»-. ¡No se mueva!

-Lo único -contestó Cuthbert con voz débil- que temo es que no podré resistir más. Hace tiempo que no me alimento bien, que no tomo el aire. No puedo ya...

Pete sintió que la columna humana oscilaba bajo él. Miró en el espejo. Se movían los objetos reflejados en él. Parecía bailar el manillar de la puerta.

¡Juissss!

Una vez más salió disparado su lazo.

CAPÍTULO XXII
LA FUGA

La pirámide humana se hundió bajo Pete Rice como lo había hecho la trampa la noche antes. Pete sintió que faltaba el apoyo a sus pies.

Pero el corazón le dio un salto. Aquel desesperado lanzamiento final había hecho presa en el agarrador de la puerta.

Se tensó la cuerda. Pete se agarró a su extremo desesperadamente. Y empezó a izarse hacia la abertura de la trampa.

¡Si cediese el agarrador! ¡Si saltase el pestillo de la puerta! ¡Si alguien entrase en la habitación mientras él se encontraba allí suspendido!

La cuerda le quemaba las manos. Le dolía el debilitado cuerpo con la espantosa tensión. Pero continuó trepando.

Engarfió, al fin, una mano en el borde de la trampa; después, la otra. Hizo un último esfuerzo y se encontró de pie sobre el suelo de la biblioteca.

Se oyeron en el pasillo unos pasos que se aproximaban. En dos zancadas. Pete se plantó tras la puerta abierta.

Se detuvo un criado en el umbral. Llevaba una faja roja con un cuchillo en ella. Se dilataron sus oscuros ojos al ver la trampa abierta.

Se abrió su boca como para lanzar un grito: pero Pete surgió de detrás de la puerta en un salto felino.

¡Crack!

Toda la fuerza de su cuerpo juvenil se concentró en el puñetazo que Pistol Pete descargó sobre la mandíbula del criado.

Sólo tuvo tiempo de coger al pobre peón para evitarle caer al suelo; después le tendió suavemente en el interior de la habitación.

Era preciso obrar con la velocidad del rayo. Ató un extremo de la cuerda alrededor de la gruesa pata de la pesada mesa.

El sudor le corría por el rostro al arrastrar el mueble, todo lo silenciosamente que le fue posible, hasta el borde de la abertura.

Y arrojó en seguida el extremo de la cuerda a los que estaban abajo.

-Cuthbert primero -dijo en voz baja-. Que se suba en los hombros de Teeny. No perdáis un instante. ¡Listo, Cuthbert! Yo me agacharé para tenderle las manos.

Se tendió junto a la abertura, dispuesto a tender sus largos brazos cuando el inglés hubiese trepado y le tuviese a su alcance.

El fatigoso ejercicio terminó felizmente con el rescate de Cuthbert. El ranchero respiraba penosamente cuando Pete logró ponerle en el suelo.

Siguió «Miserias». Pete le entregó el cuchillo que había cogido al criado.

-Guarda esa puerta, «Miserias» -le susurró.

Le tocó trepar a Teeny, que lo hizo con facilidad. Tenía la fuerza de cuatro hombres, y la agilidad de un joven.

Pete y Cuthbert ayudaron a sostener la cuerda. El gran peso del comisario podría haber derribado la maciza mesa.

-¿Estás ahí, Miguel? -dijo una voz en español, por la parte de la veranda.

Pete titubeó durante una fracción de segundo. Teeny no estaba arriba todavía.

-Entre aquí un momento, amigo -contestó Pete, tranquilamente, en español ¿Te gusta el pollo asado? Entra y comerás un poco.

Creyó que su voz despertaría las sospechas del desconocido, aunque trató de imitar la de Miguel. Pero el bandido de allá afuera no debió sospechar nada, ya que le invitaba a entrar tan tranquilamente.

Pete oyó unos pasos en la veranda. El bandido aceptaba su invitación.

Teeny hizo un último esfuerzo. Sus manazas se agarraron al borde de la abertura. Pete corrió a la puerta, echó a «Miserias» a un lado, y ocupó su puesto.

Tan pronto como la sombra del bandido se movió ante la puerta, Pete surgió de un salto. Su puño de hierro chocó con un mostacho.

El otro fue todavía más seguro, pues alcanzó al mejicano en la mandíbula y le tumbó como un fardo.

Pete saltó instantáneamente sobre él. Le golpeó furiosamente con ambas manos. Era el mejor luchador de Arizona, y no llevaba la intención de acabar con un hombre que tenía derribado.

Pero aquel hombre era un bandido, posiblemente un asesino, y aquello significaba la vida o la muerte. Le golpeó hasta dejarle sin sentido y le arrebató el cuchillo que llevaba en la faja.

La operación no pudo realizarse sin hacer ruido.

-¿Quién es? -preguntó una voz, desde la veranda. Había en ella más tono de curiosidad que de sospecha-. ¿Por qué armas tanto barullo, Ernesto?

Antes de que Pete pudiera contestar, se oyó el chaclear de unos «huarachos» -sandalias mejicanas- en el porche. Y un joven peón penetró corriendo en el pasillo... para caer en los brazos de Pete.

Pete clavó una manaza en la boca del individuo y le aporreó sin piedad con la otra. El peón era de una complexión casi delicada, y resistió poco.

Pete arrastró su frágil cuerpo hasta la biblioteca, donde quedó exánime.

-Tenemos trajes para todos, menos para uno. Me temo, Teeny, que vas a tener que salir tal como estás. Ninguna de estas ropas te vendrá bien.

Aflojó rápidamente la faja de uno de los criados y, tirándole de los pantalones, se los entregó a Cuthbert.

El inglés no perdió momento para enfundar en ellos sus delgadas piernas.

Los «huarachos» de un peón y el sombrero del otro contribuyeron a completar su disfraz. Por lo menos se encontraba mucho mejor que ataviado únicamente con sus ropas interiores.

Pero no hubo tiempo para que Pete y «Miserias» cambiasen también de vestidos. Sonaban ya grandes voces allá afuera.

Evidentemente acababan de llegar algunos hombres de las praderas.

A juzgar por las voces, se encontraban todavía a unos cuantos metros de la veranda. El barullo de su sibilante idioma se convirtió al fin en palabras.

-Pues yo te digo que vi entrar a dos hombres en la casa -decía uno-. No es que crea que ha sucedido algo, pero...

-¡Pues corre y míralo, imbécil! -le interrumpió el otro.

Por lo visto no existían verdaderas sospechas. De haberlas habido, todos los hombres correrían ya hacia la casa. Pete oyó aproximarse los pasos de un hombre solo. Se agazapó detrás de la mesa de la biblioteca. Tenía el cuchillo del peón entre sus manos. EL individuo que se aproximaba no era, probablemente, un criado. Lo más seguro es que fuese un centinela... bien armado.

Pete sabía cómo arrojar un cuchillo. Despreciaba a los que se valían de tal arma... pero no dudaba en utilizarla cuando era necesario.

El centinela avanzó por el pasillo, confiado. Venía silbando. Se dio cuenta de la situación de un vistazo. Su mano derecha corrió a su pistolera. Pero no llegó a desenfundar el arma.

La hoja de acero saltó de la mano de Pete con un rápido movimiento del puño. Relampagueó a la luz como una trucha saltarina que muestra su lomo al sol. Y se clavó en la mano derecha del centinela, paralizando su movimiento.

La sorpresa le dejó también petrificado y, antes de que pudiera lanzar un grito, Teeny surgió de detrás de la puerta y quitó al bandido el dolor y el habla con un mazazo de sus puños.

Pete se deslizó hasta la cerrada ventana y miró hacia afuera. Había varios hombres delante de la casa. Pete se alejó de puntillas, se agachó y despojó al desvanecido guardián de su par de pistolas.

-Vamos a jugarnos el todo por el todo, muchachos --dijo a Cuthbert y a sus comisarios-. Ahí afuera hay cuatro hombres. No podemos dejarles ahí... y tampoco arriesgarnos a que alguien oiga los disparos. Probablemente no todos los guardas exteriores conocerán..a los criados de la casa. Déjeme ese sombrero un minuto, Cuthbert. Gritaré para atraer a esos individuos. Hay que intentar tomarlos por sorpresa. Si sacan sus pistolas, aunque no nos disparen... nos veremos en un gran apuro. ¡Golpead fuerte y bien!

-¡Recoyotes! ¡Ahora van a ver si soy capaz de sacarle a alguno la miseria del cuerpo! -dijo el barberillo comisario.

-Uno o dos corren de mi cuenta -prometió Teeny-. Hazlos entrar, Pete. Yo soy tu hombre.

Pete Rice cogió el sombrero, se lo puso muy echado sobre la frente, de manera que casi le ocultaba el rostro, y se echó un «sarape» sobre los hombros, para disimular sus ropas americanas.

Después avanzó decidido por el pasillo, con la cabeza inclinada.

Llegó a la semi-oscuridad de la veranda y vio que sólo había tres guardas.

-¡Escuchad, muchachos! -les dijo en español aprendido en su niñez-. Entrad en la biblioteca. Miguel ha desaparecido.

Habría ofrecido un excelente blanco, si alguno de aquellos hombres hubiese sospechado. Pero giró sus talones y se alejó, con el paso más natural, pasillo adelante. Los tres guardas subían ya por los escalones de la veranda.

«Miserias» y Teeny se habían escondido detrás de la puerta. Cuthbert, en traje mejicano y sin sombrero, se colocó vuelto de espaldas hacia el pasillo.

Pete se volvió de pronto y descargó un golpe terrible en el rostro de uno de los guardas. Teeny y «Miserias» surgieron de detrás de la puerta.

Esta se cerró con estruendo. Cuthbert y «Miserias» cayeron sobre el tercero, sujetándole las manos para que no llegasen a la pistolera.

Pete luchaba en el suelo con el hombre que había golpeado, esforzándose por doblarle el brazo que empuñaba una pistola.

Conseguido esto, le aporreó hasta dejarle insensible.

El desfallecido Cuthbert podía hacer poco... pero hizo cuanto pudo. Sus largos dedos llegaron hasta la pistolera de su enemigo, arrebatándole el arma.

«Miserias» llevaba la peor parte de la lucha, cuando Teeny se puso a su lado de un salto, esgrimiendo el martillo pilón de su puño.

Cuando lo dejó caer, el bandido se derrengó como un fuelle que se desinfla.

El ataque había durado solamente unos segundos. Fue una completa sorpresa para los guardas.

-Y ahora, Teeny -ordenó Pete-, colócate en esta puerta. ¡Aquí! Toma esta pistola. Y tú, «Miserias», desarma a esos hombres. Y por si alguno vuelve en sí, les dejaremos donde no puedan hacernos daño.

Al decir esto, introducía ya la cuerda del lazo bajo las axilas de uno de los guardas. Le arrastró después hasta la trampa, le descendió por la abertura hasta donde dio de sí la cuerda doblada y, soltando uno de los extremos de ésta, dejó caer la carga humana contra el suelo cubierto de paja.

El resto de la banda corrió la misma suerte. Terminada la operación, Pete cerró la trampa.

-Muy bien -murmuró-.Ahora hay que tratar de salir de aquí.Yo iré delante.

¡En marcha!

Los cuatro hombres, ya armados, cruzaron apresuradamente el pasillo, salieron a la veranda y atravesaron un sendero bajo los árboles. Sus caballos habían desaparecido, pero aquello ya era de esperar y no les cogió de sorpresa.

Se dirigieron hacia la orilla del río, temiendo un ataque a cada momento, pero sin que les ocurriese novedad. Los hombres encerrados en la bodega eran probablemente todos los guardas que habían quedado en la casa... número, por otra parte, suficiente si hubiesen cumplido su deber.

Los demás bandidos al servicio de Duval, estarían acompañándole en el gran robo de reses planeado para aquella noche.

-¿Sabe usted nadar, Cuthbert? -preguntó Pete al inglés.

-¡Como un tiburón! -contestó Cuthbert-. De lucha entiendo poco, pero en el agua, me encuentro en mi elemento. Tanto mejor -dijo el sheriff-. Deje que la corriente del río le lleve hacia Buffalo Ford. Cuando se sienta usted cansado, se arrima a la orilla. No hay mucha profundidad por aquí, como usted sabe.

Cuando llegue a Buffalo Ford, procure que no le vea el sheriff Warren. No quiero que sepa lo que ha sucedido... todavía. Organizaría una <posse> . Y eso significaría el luto de muchas familias. Mis hombres y yo arreglaremos esto.

El inglés era demasiado inteligente para protestar.

-¡Le comprendo perfectamente, Pete! Yo sería para usted un estorbo. Me gustaría desempeñar mi parte, pero carezco de experiencia en estos asuntos.

-Cuando llegue usted a Buffalo Ford -volvió a recomendarle Pete-, tome usted tres o cuatro hombres que sean de su completa confianza. Ármense ustedes bien, y recorran las tres o cuatro estaciones telegráficas más próximas a lo largo de la línea S. P. Envíen telegramas a Phoenix, Tucson, Bisbee, Yuma y Flagstaff; y también a Nogales y a otros dos o tres puntos de la frontera. Asegúrense bien de que se expiden los telegramas. Duval tiene espías en todas partes. Haga un relato por escrito de las hazañas de Duval en caso de que intente escapar... o en caso de que no regresemos nosotros.

La voz de Pete perdió algo de su premiosidad al añadir:

-Si no nos volvemos a ver, Cuthbert, desearía que visitase usted a mi madre en la Quebrada del Buitre. Dígale...

Se contuvo antes de terminar su menaje sentimental.

-Dígale que mis papeles están en la mesita de mi cuarto... y que no he cesado un momento de acordarme de ella.

Tendió su mano. Cuthbert la estrechó de todo corazón, así como las de Teeny Butler e Hicks «Miserias».

-¡Buena suerte, muchachos! -le dijo al despedirse-. El veros trabajar me da ánimos. Aquí mismo me meto en el río. ¡Buena suerte!

Penetró en el Bonanza. Tenía allí muy poca profundidad. Tuvo que dar algunos pasos hacia el medio del cauce antes que el agua le llegase hasta la cintura.

Dijo adiós agitando las manos y se sumergió, asomando solamente la cabeza. De aquel modo podría llegar a Buffalo Ford sin el peligro de encontrarse con algunos de los secuaces de Duval, apostados a lo largo de las sendas.

El cielo estaba nublado y la luna casi siempre oculta. Era una noche oscura, noche perfecta para las actividades de George Duval.

-Nuestro camino es río arriba, muchachos -dijo Pete Rice a sus comisarios-. La noche va ser demasiado divertida.

-¡Vamos allá, patrón! -dijo «Miserias», entusiasmado-. Nunca conté con salir de aquel agujero con vida. Los minutos que vivamos de aquí en adelante, me parecerán regalados.

-¡Cierto! -convino Teeny-. ¡Y cuanto antes los gastemos, mejor! Soy tu hombre, patrón. ¡Qué lástima que no se me ocurriese traerme aquel pollo asado!

CAPÍTULO XXIII
EL GRAN ALBUR

Pistol Pete Rice penetró en el agua seguido de sus comisarios. Los tres tuvieron buen cuidado de sostener sus pistolas y cartucheras en alto.

A Teeny y Pete les bastó con subírselas un poco más sobre sus cinturas. El pequeño «Miserias» se la puso en el cuello y mantuvo su pistola con la mano levantada.

Procuraron mantenerse en el vado. Aun allí tenían que luchar con la corriente, que era bastante violenta.

Pero en el río se encontrarían mejor que en la orilla; caso necesario, si aparecía algún sospechoso a la vista, podrían sumergirse en el agua hasta la barbilla.

Frente a la «Hacienda del Gallego» -residencia de Duval- las orillas del río estaban casi a nivel con el agua. Pero empezaban a elevarse a medida que el trío avanzaba hacia el Norte, siguiendo el serpenteante curso.

Pete Rice tenía el propósito de caminar así hasta llegar con sus hombres a algún ribazo saliente, bajo el que pudieran ocultarse.

Durante algún tiempo no se dirigieron la palabra. A los comisarios parecía intrigarles la razón de esa última maniobra de Pete Rice, pero no se atrevían a preguntársela a su patrón. Y caminaban en silencio.

El sheriff avanzaba siempre alerta, observando ambas orillas del Bonanza.

En aquel punto eran tan bajas, que estaban expuestos a que les descubriesen desde las praderas.

Aquella era la faja de terreno que Pete quería dejar atrás lo más rápidamente posible. No era que temiese la lucha, pues esperaba verse en ella antes de poco, pero encontrarse en aquel momento con alguno de los cuatreros sería estropear una ocasión de ver cómo trabajaban.

Atravesaron la faja peligrosa sin ver a nadie, ni observar la menor señal de vida. Pete creyó oír un grito aguas arriba, uno de esos gritos que los cowboys acostumbraban lanzar para azuzar al ganado.

A aquella distancia, sin embargo, podían confundirse con el de algún animal salvaje. Pete aceleró el paso, pues faltaba aun mucho para llegar a la escarpada orilla donde pensaba ocultarse. Las riberas iban elevándose cada vez más. El trío no estaba lejos del sitio donde se había detenido el día en que Soapy Briggs les llevó a la emboscada... y a presenciar su propia muerte. Pete había descubierto el refugio a donde se dirigían mientras cabalgaba junto al traidor del rancho de Fiddleback.

Más adelante las orillas empezaban a descender hasta volver a quedar al nivel del agua.

Allí era donde acudía a abrevar el ganado de aquella parte de Buffalo Ford.

El siguiente lugar más próximo apropiado para la aguada estaba muchas millas río arriba. El sheriff esperaba que los cuatreros estuviesen operando por allí.

Pudo ver por lo menos cincuenta cabezas cuando atravesaron la faja de terreno bajo. Excelente reunión para George Duval.

Pero, probablemente, ese número de reses no sería nada comparado con el que el bandido esperaba conseguir de su correría nocturna.

Bajo la escarpada orilla del río corría un borde largo y seco. El trío trepó hasta él. Avanzaron cautelosamente, agazapados, hasta un sitio desde donde podían abarcar todo el remanso sin ser vistos.

Hicks «Miserias» no pudo guardar silencio por más tiempo.

-Patrón -musitó-, tú probablemente tendrás un propósito al hacer todo esto. Pero que me cuelguen si comprendo cómo se puede robar el ganado sin dejar rastro. He vivido en un rancho el tiempo suficiente para saber que las reses no tienen alas.

-Ten paciencia -le contestó Pete-. Échate un lazo a la boca, «Miserias». No estás ahora detrás del sillón de tu barbería. No tardarás mucho en ver aclarado el misterio que tanto te intriga.

Pete basaba tal creencia en la conversación sostenida por George Duval y Leach «Boca-torcida» la noche anterior. Fue la frase «el procedimiento acostumbrado» lo que había dado a Pete la clave del secreto.

«Miserias» empezó otra vez a cuchichear, pero un empellón de Pete le redujo rápidamente al silencio.

Se oían las voces de unos cuantos hombres. Mugía el ganado. El pataleo y los relinchos de los caballos indicaron al trío que se aproximaba el rebaño.

Pasaron diez minutos. De pronto, en un recodo de la corriente, apareció una apretada manada de añojos. No hacía chapoteos, pues el agua les llegaba a los vientres.

Sólo un jinete cabalgaba por la orilla, para evitar que el ganado abandonase el lecho del río. Y aquel jinete cabalgaba sobre una extraña montura.

-Ahí tienes la explicación -musitó Pete, al oído de «Miserias»-. Ahora comprenderás por qué los ganaderos no encuentran rastro de los ladrones. El ganado robado por los hombres de Duval es conducido a los abrevaderos, y después por el lecho del río. Y ese hombre es el que lo guía.

¡El bandido de la orilla montaba sobre un ciervo ensillado!

No era extraño, pensó Pete, que los rancheros no hubiesen conseguido descubrir las huellas de aquellos cuatreros. El ciervo estaba adiestrado para maniobrar entre las reses.

Cumplía su misión tan bien como el caballo de un vaquero. Si algún animal se apartaba de la manada, el ciervo corría tras él, dando saltos como un potro.

Aquella, pues, era la explicación de una parte del misterio. Toda la conducción hasta el abrevadero había sido hecha por un solo hombre sobre un ciervo ensillado.

Los demás cuatreros habrían corrido con sus caballos un poco más hacia el Norte, atravesando alguna faja de terreno pizarroso donde no quedasen marcadas sus huellas, hasta penetrar en el río.

Y a medida que las reses entrasen en la corriente, las irían empujando hacia el Sur.

Pete Rice presenciaba la extraña maniobra brillándole los ojos. Sabía ya cómo Soapy Briggs asesinó a su compañero Jack Flynn en la corralada del rancho.

Sin duda Briggs cabalgó sobre el ciervo hasta el sitio donde cometió su crimen. La prueba era que ni Hank Brown ni ninguno de los peones de Fiddleback habían podido descubrir más huellas de cascos que las del caballo que montaba Flynn, ni tampoco pisadas humanas en algunas millas a la redonda.

El ganado empezó a desfilar ante el sheriff de la Quebrada del Buitre.

Avanzaba medio andando y medio flotando. Pete había contado más de cien cabezas cuando les tocó el turno de pasar ante él a dos jinetes.

A la débil luz de la velada luna pudo ver el desfigurado rostro de Leach «Boca-torcida» y las correctas facciones del de George Duval.

Pasó después otra sección del rebaño. Tras ella cabalgaban otros dos jinetes.

Venían todavía muchas más reses, pero no habían doblado aún el recodo del río. El cuatrero del ciervo adiestrado se había lanzado tras un añojo que se había salido del cauce y corría hacia un corte de la colina que flaqueaba el río.

El ranchero desapareció al otro lado. Había llegado la ocasión de Pistol Pete Rice.

-Teeny -dijo en voz baja a su comisario-, pon tu pistola y tu cinturón en este borde. Vamos a sumergirnos en el agua. Vendrán dos hombres a cargo de la siguiente punta de ganado. Cuando pasen ante nosotros, pega un salto y golpea a uno con todas tus fuerzas. Yo me encargo del otro. Pero ten cuidado de dejarle fuera de combate al primer puñetazo para que no pueda gritar. Ocúpate del que pase más próximo, y yo me las entenderé con el más alejado. «Miserias», estate preparado para agarrar las riendas de sus caballos.

Pete se había quitado ya su pistola y su cinturón. Los comisarios hicieron otro tanto. Pete y Teeny se acurrucaron en el agua, ocultos por el saliente del ribazo.

Las reses continuaban pasando; se aproximaba la pareja de cuatreros que las guiaban. El sheriff tocó a su compañero como señal. Los dos hombres se zambulleron en el agua sin hacer ruido.

Pete calculó su distancia cuidadosamente. Se deslizó por detrás del primer caballo; dobló las piernas, las flexionó contra el fondo del río y surgió disparado a la superficie.

Surgió junto a uno de los cuatreros y, antes de que éste pudiera lanzar un grito, ya estaba bajo el agua, tragando líquido a borbotones.

¡Plass! El terrible puño de Pete cayó de lleno en la mandíbula del bandido.

El golpe habría adormecido a un toro.

Pete jamás tuvo duda del éxito de la misión encomendada a Teeny. A pesar de su corpulencia, Teeny sabía obrar con la velocidad del rayo, y su puño era un verdadero narcótico.

No se sorprendió, pues, al verle arrastrar hacia la orilla a su prisionero. Los cuatreros quedaron atados, amordazados y ocultos -entre la vegetación, tras quitarles sus ropas exteriores. La chaqueta del más corpulento se ajustó bastante bien al cuerpo de Teeny.

«Miserias» se puso los pantalones del más pequeño, y Pete se hizo cargo de la chaqueta. Llevaba también el sombrero que había utilizado para disfrazarse en la «Hacienda del Gallego».

Los de los cuatreros acababan de dar a Teeny y «Miserias» el carácter apropiado para los azares de aquella noche.

Acto seguido, «Miserias» subió con su patrón a uno de los caballos, y Teeny ocupó el otro. Un momento después entraban en las aguas del Bonanza para incorporarse a la procesión que continuaba avanzando río abajo.

Cuando las orillas empezaron a descender, Pete refrenó su potro.

-Bájate ahora, «Miserias» -le ordenó-. Estas orillas estarán vigiladas y algún centinela habrá echado pie a tierra. Apodérate de su caballo. No dispares, a menos que no haya más remedio. Allá veo unos árboles, escóndete tras ellos. Si seguimos viajando dos en un caballo, acabarán por darse cuenta.

-All right, patrón -dijo alegremente «Miserias»-. Confía en mí. Dentro de unos minutos tendré un caballo.

Pete y Teeny siguieron su viaje. No tardaron en encontrarse a la vista de la «Hacienda del Gallego», la residencia de Duval. Tres cuatreros bloqueaban el río frente a la casa para que el ganado no se aproximase mucho. Otros dos, situados en la orilla izquierda, acosaban a las reses para que subiesen por la derecha.

Pete sonrió. Se había hecho una hipótesis y creía que iba ya a confirmarla.

El ganado saltó a la orilla y siguió por un ancho sendero hacia la corralada edificada contra el muro rocoso de los riscos.

Dos cuatreros, apostados a ambos lados de la senda, impedían que el ganado se desbandase.

El sheriff inclinó la cabeza. Se sentía más preocupado por Teeny que por sí mismo. La corpulencia de Teeny tenía que hacerse notar.

Pero la luz era escasa, y Teeny se encogía en su silla cuanto le era posible.

Los dos camaradas salieron del río detrás de las últimas reses.

Uno de los hombres que llevaban la cuenta avanzó hacia Pete.

-¿Cuántos vienen, Carlos? -le preguntó en español-. Supongo que unos doscientos o trescientos...

Pete se estremeció. Le habían confundido con uno que se llamaba Carlos.

Carlos debía ser el bandido cuyo caballo pinto montaba.

-Tres -se arriesgó a decir en respuesta. Y desapareció al trote, en dirección a la corralada.

En aquel momento jugaba con la muerte. Pero estaba también próximo a la victoria. ¡Al fin iba a quedar aclarado el misterio de Buffalo Ford!

El muro del fondo de la corralada había girado sobre unos goznes como una puerta gigantesca.

¡Y el ganado iba pasando por el túnel que atravesaba la montaña, para desembocar en un gran valle más allá!

Pete avanzó pegado alas paredes del túnel. A la luz de las linternas que llevaban algunos jinetes, pudo ver que aquel túnel era toda una obra de ingeniería.

Estaba sin revestir, mostrando la faz rugosa de las peñas. Se diría que no habían tenido tiempo de terminarlo después de pasar largos años perforando la roca.

Pete miró hacia arriba y vio que la bóveda estaba sostenida por entramados de vigas, al estilo de lo que había visto en algunas minas del Oeste.

Las últimas yardas del túnel habían sido excavadas, no por ingenieros experimentados, sino por «amateurs», que habían procurado evitar la roca viva dando un rodeo por terreno pizarroso.

Pete oía el golpeteo de unos cascos de caballo a su espalda. Al principio, creyó que el jinete era Teeny. Pero el hombre encendió un cigarrillo, y Pete vio que era un mejicano.

El sheriff espoleó a su caballo.

Metido en aquel túnel no le convenía ninguna compañía extraña. Ser reconocido entonces podría estropearlo todo.

Pero el mejicano procuraba acortar la distancia que le separaba de Pete, y éste volvió a espolear a su caballo.

-¡Carlos! -llamó el cuatrero.

Pete continuó sin detenerse y metió el caballo por entre los animales.

Llegaba ya casi a la mitad del túnel cuando le abordó el mejicano.

-No debes haber comprendido bien las órdenes, Carlos -le dijo-. Tenías que haberte quedado con los que llevan la cuenta. Esta noche no estabas designado para atravesar el túnel.

Pete se arriesgó a hablar, jugándoselo todo.

-Me dieron después contraorden -murmuró.

El cuatrero se aproximó aún más. Rascó un fósforo, y lanzó un grito, mientras echaba mano a la pistola.

-¡Pete Rice! -gritó-. ¡Jefe, Pete...!

No pudo terminar. Una llamarada rojiza perforó las tinieblas, y el cuerpo del cuatrero cayó bajo las patas de las reses.

-¡Corre, patrón! ¡Salta al valle!

Era la voz de Teeny Butler. Y Pete Rice corrió. Corrió sorteando las moles de carne que le rodeaban por todas partes. Se oían gritos en el túnel cuando surgió al aire vivificador de la noche.

Empezaron a rugir las pistolas. El valle de los cuatreros se convirtió en un campo de batalla.

CAPÍTULO XXIV
VICTORIA

Una bala disparada por detrás pasó silbando junto a Pete, y otra, que partió de uno de los flancos, le tocó la copa de su sombrero. Surgió, acto seguido, un fogonazo, y el cuatrero que estaba más próximo a Pete se desplomó de la silla.

Se oyó un grito de triunfo. ¡Era la voz de Hicks «Miserias»! Evidentemente, el barberillo había conseguido apoderarse de un caballo, y siguió a sus camaradas a través del túnel.

Pero se oyeron grandes gritos por el lado contrario, y los fogonazos de otra descarga rasgaron la oscuridad de la noche. El valle hormigueaba de cuatreros. Dos de ellos se aproximaron a Pete Rice, hasta que otra bala derribó a uno de la silla.

-¡Corre, patrón! -gritó a la derecha la voz de Teeny Butler-. Son nuestros. El ganado inicia la espantada. Dentro de un momento esos bandidos estarán demasiado ocupados.

Así era, en efecto. Las mugidoras reses empezaron a dar vueltas enloquecidas. Había centenares de ellas encerradas en el embudo del valle, resultado de muchas noches de rapiña.

De pronto, Pete vio que un jinete corría hacia él. Iba seguido por otro, y sus gritos no tardaron en revelar quiénes eran: George Duval y Leach «Boca-torcida».

Pete giró sobre su silla. Quería coger vivo a Duval, de ser posible.

-¡Teeny! ¡«Miserias»! -gritó-. ¡Apoderaos de Leach... el que viene sobre el caballo tordo.

Una pistola escupió una llamarada a la derecha. Pete descolgó el lazo que pendía del cuerno de su silla vaquera. Duval avanzaba por la izquierda, tratando de rodearle con sus hombres.

Pero Pete hizo girar el lazo sobre su cabeza. El lazo partió. Su potro vaquero se ahincó sobre las patas delanteras tensando la cuerda; Pete le clavó las espuelas, y el animal dio un bote hacia adelante.

Duval salió arrancado de su silla y empezó a dar tumbos por tierra. Pete iba recogiendo cuerda a medida que el caballo galopaba, esforzándose por izar al jefe de los cuatreros hasta su montura. Las manos de Duval luchaban por desembarazarse de la cuerda, pero Pete sacó su pistola y golpeó con la culata el cráneo de su prisionero. Duval se derrumbó como un saco de trigo.

Pete espoleó de nuevo a su potro, mientras una granizada de plomo silbaba tras él. Una bala arrancó un sonido metálico de su espuela derecha; otra le rozó el hombro.

Duval era ya suyo. Se trataba, pues, de escapar como fuese. Teeny y «Miserias» sabrían cuidarse de si mismos, como lo habían demostrado en muchas ocasiones.

El sheriff corrió a través de una manada de reses, que se desparramaron al empuje del fogoso caballo. Pete recargó sus pistolas, dejando al potro que corriese en libertad.

Cabalgaba agachado sobre la silla, pues le perseguían los cuatreros y se encontraba todavía al alcance de sus balas.

El caballo llegó a la entrada de un cañón. De pronto las pistolas dejaron de ladrar tras el sheriff.

Surgía una nueva amenaza, tan temible como el plomo caliente y mucho más espantosa. Se oyó a lo lejos un fragor de trueno. Retembló la tierra como agitada por un terremoto. Centenares de pezuñas batían contra el suelo.

El sheriff volvió la cabeza. La boca del cañón estaba obstruida por una masa compacta de animales enloquecidos.

Era como una avalancha de cuernos y carne. Las reses se habían espantado y corrían hacia el cañón, como un río viviente.

Por el momento, Pete tuvo la sensación del triunfo. Aquel muro de carne impedía la persecución de los bandidos.

Pete llevaba un buen caballo. Podría conservar fácilmente la delantera que llevaba a los enloquecidos animales.

Oyó gritos triunfales a su espalda y aquello le desconcertó un momento. De pronto descubrió un jinete a unas cincuenta yardas más atrás, y se volvió para dispararle.

-¡Soy yo, Pete! -gritó la voz de Hicks «Miserias»-. ¡Cúbrete! ¡Busca algún sitio tras una peña! ¡El ganado viene en tropel tras de nosotros!

Pete continuó intrigado otro instante. Los gritos de triunfo que se oían a su espalda eran muy claros para él. No había árboles en el cañón, y eran escarpadas sus paredes.

Comprendió el peligro que corría antes de que «Miserias» volviera a gritarle:

-¿Oyes a esos coyotes reír allá atrás? ¿Sabes por qué? ¡Es un cañón ciego! ¡No tiene salida! El sheriff refrenó su caballo un segundo para que «Miserias» se le acercase. Después se lanzaron los dos al galope, buscando alguna protección contra la riada de animales en fuga.

Antes de dos o tres minutos, probablemente menos, los bandidos tendrían aquella estampida en plena furia.

Evidentemente, no se figuraban que Pete llevaba a su jefe desvanecido sobre la silla de su caballo.

Si conseguían que todo el ganado penetrase en el cañón, Pete Rice y su comisario quedarían reducidos a una masa informe bajo sus patas.

Pete registró las pistoleras de Duval, le sacó las armas, y las arrojó a lo lejos. Cuando Duval recobrase el conocimiento, no quería tener que ocuparse más que de una cosa: desviar el ganado.

Galoparon hasta doblar un recodo, y vieron con desesperación que se levantaba un muro de rocas ante ellos.

El sheriff no quiso ni pensar en lo que sucedería si los frenéticos animales llegaban alcanzarle. Todo habría terminado en un par de segundos, pero tan corto tiempo encerraría toda una vida de horror.

-¡«Miserias»! -gritó Pete.

-¿Qué pasa, patrón? Estoy buscando dónde refugiarnos. Puede haber algún agujero en alguna parte del cañón, y...

-No podemos esperar a que lo encuentres -le interrumpió Pete-. Dame tu lazo... ¡pronto! ¡Dame tu chaqueta también! ¡Vivo, compañero!

<Miserias> entregó lo pedido. Pete pasó el inanimado cuerpo de Duval al caballo de su comisario.

Después saltó de la silla y se puso a anudar la cuerda de los lazos. Ató uno de los extremos al grueso muñón de un árbol que sobresalía de las peñas, y el otro a unos esquejes de roble al otro lado del cañón.

Los dos lazos, así empalmados y sujetos, atravesaban el estrecho desfiladero a unos tres pies del suelo.

-¡«Miserias»! -volvió a gritar Pete-. Mira a ver si hay algunos papeles en los bolsillos de Duval. Cartas, billetes... cualquier cosa. ¡Pronto!

Sabia que las cuerdas no resistirían el empuje del ganado que se precipitaba en catarata por el cañón. Los animales estaban ya a media milla escasa.

Se oía el chocar de los cuernos y el hollar de las pezuñas cada vez más cerca. Surgían de entre el estruendo los lastimeros mugidos de las reses caídas bajo las patas del enloquecido rebaño.

«Miserias» corrió hacia Pete mostrando algunos papeles en la mano.

-¡Carga tus pistolas, «Miserias»! -le ordenó Pete-. Cuando yo dé la señal, empieza a derribar a los guías de esa estampida. ¡Un animal por cada tiro!

Despojó al cuatrero de su americana y sacó un cordel de un bolsillo.

Esparció los papeles por la americana, la juntó con la de «Miserias», ató las dos con el cordel y dejó colgando una punta de éste.

Su esperanza era obligar a hacer la «rueda» al ganado incitándole a girar y girar como un remolino de carne. Detenerla era pretender demasiado.

La cuerda atravesada en el cañón no podría resistir el empuje. El fuego que se proponía encender tampoco paralizaría sus movimientos.

Pero ambos trucos combinados quizá hicieran girar al rebaño deteniendo su avance. Era la única posibilidad... muy pequeña... pero valía la pena intentarla.

-¡Recuerda que cada tiro una cabeza, «Miserias»! ¡Apunta a los guías!

Pete rascó un fósforo y prendió fuego a los papeles embutidos entre las dos chaquetas.

Llamearon los papeles. Humeó el paño. Era una tela delgada destinada a los climas calurosos y no tardó en prender.

Pete agarró el extremo del cordel y empezó a hacer girar el paquete de manera que formase como un círculo de fuego. El rebaño estaba ya a unos cien pies de la cuerda.

-¡Espera un segundo, «Miserias»! -gritó-. ¡Ahora! ¡Ahora!

Salió el plomo de los 45 de «Miserias» como agua esparcida por una regadera. A cada disparo caía una res ante la cuerda, y no tardó ésta en quedar sustituida por un muro de carne atravesado en el cañón.

Hubo una pausa en el tiroteo. «Miserias» se dedicó a recargar sus pistolas.

Algunos animales empezaban a patear sobre los cuerpos de los caídos. Pete sacó su pistola y derribó a varios de la primera fila.

Volvieron a tamborilear los 45 de «Miserias». Pete continuaba haciendo girar el paquete incendiado sobre su cabeza, cortando la oscuridad con un círculo de fuego.

Había sujetado el cañón de su Colt entre las rodillas y lo estaba recargando con su mano libre. Una res corrió hacia él. Pasó tan cerca, que sintió la brisa causada por la embestida.

¡El rebaño empezaba a girar! El círculo de fuego mantenido por Pete Rice había aterrado a los animales obligados a detenerse ante el muro de sus compañeros muertos.

El flamígero anillo era un espectáculo terrible para sus ojos. Todos los animales temen al fuego.

El olor de la sangre contribuyó también a enloquecerlos, precipitándose unos contra otros, chocando sus cuernos, mugiendo, bramando, agitándose en salvaje remolino, que podría continuar hasta llegar al agotamiento.

También era posible que se iniciase la estampida otra vez. Pero Pete Rice y Hicks «Miserias» tenían ya la oportunidad de alejarse algo, y buscar alguna hendidura en los muros del cañón donde ponerse a cubierto de las trituradoras pezuñas.

Encontraron algo más de lo que esperaban. AL fondo del cañón el agua había tallado, en el curso de los años, una serie de rugosidades que formaban como unos escalones naturales desigualmente espaciados.

Pete sacó de su bolsillo otro pedazo de cordel y ató fuertemente a Duval. Se echó luego al jefe de los cuatreros sobre los hombros y empezó la larga y peligrosa ascensión.

Hicks «Miserias» iba delante, guiando a su patrón peldaño tras peldaño.

Llegaban ya al borde del cañón, cuando Hicks «Miserias» lanzó un grito y echó mano a la pistola. Surgió un fogonazo de detrás de un peñasco, a unos veinte pies del borde del cañón.

-¡Debe ser uno de los cuatreros! -gritó «Miserias».

Pete Rice se descargó el cuerpo de Duval de los hombros y lo corrió hacia el peñasco. Una bala le silbó en la oreja; otra le arrancó un trozo del sombrero; una tercera le puso un dolor de quemadura en su brazo izquierdo.

Pero ya rodeaba el peñasco. Le salió al encuentro un nuevo fogonazo. A su rápido resplandor pudo reconocer el rostro.

¡Leach «Boca-torcida»! Y a su lado, otra figura.

Pete disparó su pistola al caer. Algo pareció estallarle dentro de la cabeza.

Estaba en una cama cuando recobró los sentidos. Abrió los ojos y vio a Teeny Butler, que estaba hablando con Hicks «Miserias».

Al otro lado del lecho estaban sentados Warren, sheriff de Buffalo Ford, y J. B. Cuthbert, dueño del rancho de Fiddleback.

-¡Al fin despierta usted! -exclamó el inglés-. ¡De buena ha escapado, amigo! Una fracción de pulgada y la bala le habría atravesado el cerebro.

-¡Magnífica hazaña, Pete Rice!

-¿Dónde estoy? -preguntó Pete-. ¿Estoy en la Quebrada del Buitre?

-Nada de eso, patrón -contestó Teeny Butler-. Estás en el salón del trono. Este es el lecho en el que George Duval ya no volverá a dormir.

-¿Ha muerto?

-No... pero le van a ahorcar. A estas horas está en los calabozos de Buffalo Ford, vigilado por tres de los mejores hombres del sheriff Warren. En cuanto a Leach, le dejaste bien arreglado. Tenía un agujero en el corazón. Jamás vi disparo más certero en mi vida. Los hombres de Warren llegaron en aquel momento y acorralaron a la mayor parte de los cuatreros. Pocos fueron los que consiguieron pasar la frontera. ¡Las reses podrán ya pastar tranquilas!

El doctor entró en la habitación. Su mano tembló ligeramente al tomar el pulso de Pete. Movió su nívea cabeza alegremente.

-Podrás ponerte en camino dentro de uno o dos días, sheriff -anunció.

Pete miró curiosamente al anciano.

-Doctor -preguntó-, ¿quiere decirme qué edad tiene usted?

El doctor se echó a reír.

-Ya lo creo, hijo mío. Cuando un hombre llega a mi edad, ya no oculta sus años. Cumpliré ochenta y seis el próximo mes. Y espero llegar a los ciento, viviendo como es debido -se echó a reír otra vez-. No la clase de vida que tú llevas, hijo mío.

-Se lo he preguntado porque me intriga una cosa, doctor -explicó Pete-. Usted lleva mucho tiempo establecido por estos alrededores: ¿las líneas de la «South Pacific» atravesaron alguna vez la «Hacienda del Gallego»?

-Cierto que sí -contestó el médico-. Yo era entonces muy joven y no recuerdo muy bien. Pero se hablaba mucho del asunto por aquella época.

Los terrenos formaban parte de una vieja concesión española y el dueño de la «Hacienda del Gallego» entabló un pleito cuando la compañía del ferrocarril empezó a perforar el túnel. La compañía siguió trabajando hasta que una decisión adversa de los tribunales la obligó a suspender los trabajos y tuvo que cambiar de ruta. A eso se debe el que Buffalo Ford figure en el mapa. Las nuevas líneas de la «South Pacific» tuvieron que cruzar esta población.

-Pues no faltó quien terminase el trabajo de la Compañía -intervino Hicks «Miserias»-. Esta mañana he recorrido todo el túnel para satisfacer mi curiosidad. La primera parte está cortada sobre roca viva, pero las últimas yardas parecen hechas por otras manos. Sin duda alguna, Duval y sus hombres trabajaron allí como Dios les dio a entender para terminar el túnel y utilizarlo para sus planes.

-Esta es la explicación -dijo Pete-. Las últimas palabras de Rimrock Morley fueron para mencionar la <antigua línea S. P.> . Yo creí que las dictaba el delirio de un moribundo, pero el pobre viejo trataba de comunicarme el descubrimiento que le costó la vida.

-Y por poco te cuesta lo mismo a ti, también -añadió el doctor-. ¿Por qué no te estableces en una profesión pacífica como la mía?

Pete miró a sus comisarios y rió. Volverían a recorrer las sendas juntos.

¡Ellos eran la Ley!

Habían descubierto el misterio de Duval. Era una gran hazaña el haber desenmascarado al bandido que se hacía pasar por amigo de sus vecinos.

Pero les quedaban otras muchas cosas que hacer para el futuro. Pistol Pete Rice y sus comisarios tenían que enfrentarse con peligros mucho mayores que los que habían corrido hasta entonces.

¡Y estaban dispuestos a seguir defendiendo la Ley!

FIN